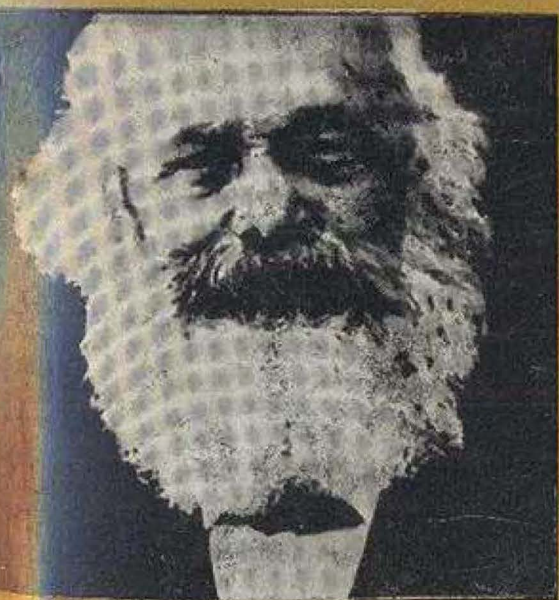


**MAURICE DOBB
GIULIO PIETRANERA
NICOS POULANTZAS
VITTORIO RIESER
RODOLFO BANFI**
**ESTUDIOS SOBRE
EL CAPITAL I**



BIBLIOTECA EL PENSAMIENTO CRITICO
EDICIONES SIGNOS



A más de cien años de su aparición,
El capital sigue siendo objeto
de denodados esfuerzos clasificatorios.
¿Es una obra de economía o más
bien un esbozo de sociología
marxista? ¿La fundamentación de una
filosofía radicalmente nueva, o una
metafísica hegelianizante de la
economía? ¿Pertenece al campo de
la ciencia o de la ideología?
Hoy, la querella de las interpretaciones
parece no tener solución si se quiere
resolverla anteponiendo a las
interpretaciones existentes, otras
que aparezcan como más valederas.
Todas ellas son integrables en una
historia del "marxismo", como
movimiento de transformación social,
y de sus relaciones con el corpus
teórico de Marx. A explicitar estos
temas dedicamos las antologías
de escritos sobre **El capital** que
iniciamos con el presente volumen,
y que será continuado por otros
referidos más estrictamente
a los Libros I, II y III, y a la
confrontación del pensamiento
marxiano con las concepciones de
los economistas modernos.

**MAURICE DOBB
GIULIO PIETRANERA
NICOS POULANTZAS
VITTORIO RIESER
RODOLFO BANFI**

**ESTUDIOS SOBRE
EL CAPITAL I**

Referencia de los originales:

Maurice Dobb, "Marx's *Capital* and its place in Economic thought", en *Science and Society*, New York, vol. XXXI. Traduc.: Ofelia Castillo

Giulio Pietranera, "La struttura logica del *Capitale*", *Società*, Roma, Nº 3 y 4, 1956. Traduc.: José Aricó

Nicos Poulantzas, "Brèves remarques sur l'objet du *Capital*", en *En partant du "Capital"*, Anthropos, Paris, 1968

Vittorio Riesser, "L'apparenza del capitalismo nell'analisi di Marx", *Quaderni di Sociologia*, Torino, vol. XV, 1966. Traduc.: José Aricó

Rodolfo Banfi, "Uno pseudo-problema: la teoria del valore-lavoro come base dei prezzi di equilibrio", *Critica Marxista*, Roma, Nº 3, 1965. Traduc.: Juan José Real

Preparación del volumen:

José Aricó

Diagramación de tapa e interior:

Carlos Boccardo

Primera edición: agosto de 1970

© EDICIONES SIGNOS S. R. L.

Viamonte 1536 piso 1º, Buenos Aires

Impreso en Quetzal, Callao 335, Buenos Aires.

Hecho el depósito que marca la ley

Printed in Argentina/Impreso en Argentina

A D V E R T E N C I A

A más de cien años de su aparición, *El capital* sigue siendo objeto de denodados esfuerzos clasificatorios. ¿Es una obra de economía o más bien un esbozo de sociología marxista? ¿La fundamentación de una filosofía radicalmente nueva, o una metafísica hegelianizante de la economía? ¿Pertenece al campo de la ciencia o de la ideología? A esta altura pareciera imposible arribar a un acuerdo de las partes. ¿Habrá llegado el momento de reconocer que el problema no tiene solución porque está mal planteado? La querrela de las interpretaciones no puede ser entonces superada anteponiendo a las interpretaciones existentes, otras que aparezcan como más acertadas, sino asumiéndolas en lo que puedan tener de históricamente justificadas desde el punto de vista del movimiento socialista. Todas ellas son integrables en una historia del “marxismo” como movimiento de transformación social.

Si partimos de la consideración —en manera alguna caprichosa— de que todo Marx está en *El capital*, y de que sus propósitos al escribirlo era legar al proletariado la fundamentación teórica de su acción práctica, la historia de *El capital*, de su elaboración y publicación post mortem de los tomos subsiguientes por Engels y Kaustky, la historia de sus “lecturas”, la desventurada historia de los manuscritos publicados tardíamente o aún vedados al lector, constituiría de ese modo la espina dorsal de una historia nueva del “marxismo”. Ya a comienzos de siglo Rosa Luxemburg señalaba que la obra de Marx sobrepasa las exigencias directas de la lucha de clases proletaria. Tanto en el análisis de la sociedad capitalista como en su método de investigación histórica, Marx nos legó un arsenal teórico que no puede ser absorbido sino parcialmente por

el movimiento revolucionario; “sólo en la medida en que nuestro movimiento atraviesa estadios más avanzados y afronta nuevas cuestiones prácticas, nos remontamos nuevamente a la reserva conceptual marxiana, para elaborar y valorizar nuevos fragmentos particulares de su doctrina. Pero dado que a nuestro movimiento, como a cualquier tipo de lucha práctica, le siguen prestando utilidad viejos esquemas de pensamiento aunque hayan agotado su validez, la valorización teórica de las elaboraciones marxianas sólo se opera con extrema lentitud”. Desde este punto de vista, ¿puede sorprender que la socialdemocracia haya menospreciado los tomos II y III de *El capital*? A su vez, ¿no es fácilmente explicable que las necesidades planteadas por la construcción de una sociedad socialista en la Unión Soviética, haya desplazado el interés del libro I, a los libros II (en las décadas del 30 al 50) y III (en la etapa actual de “libermanismo” y de preocupación obsesiva por los niveles de “productividad”) ? Por último, el creciente interés por los *Grundrisse der Kritik der Politischen Öconomie*, primer esbozo de una “crítica de la economía política”, en la que Marx ofrece una visión más amplia del sistema capitalista en su conjunto que la que aparece en *El capital*, ¿no deriva en gran parte de la necesidad de explicar de modo más satisfactorio el funcionamiento actual del capitalismo y los nuevos fenómenos que se operan en la relación entre países capitalistas centrales y países periféricos, necesidad planteada por la expansión de los movimientos revolucionarios en el “tercer mundo” y el surgimiento de una oposición con rasgos nuevos en los países capitalistas maduros?

*
* *

La “economía” de Marx, como señala Rubel, es el fruto de una larga obsesión, la sumisión total a una idea, a una intuición genial de sus primeros años. La clave para comprender la sociedad burguesa debía ser buscada en su “anatomía” y en la ciencia dedicada a estudiarla: la economía política. Pero esta ciencia, nacida de la extensión y generalización de la producción de mercancía, pretende clausurar la realidad social dentro del esquema de un modo particular de funcionamiento, al que considera como “natural”. Por partir de lo dado, sin someterlo a una crítica develadora, no puede menos que considerar al obrero como un mero factor

de la producción, a los “valores” como relación entre cosas, a lo “económico” como una sustancia real y primaria. Es la ciencia de una *apariencia* que no está sólo en la cabeza de los economistas (que no es meramente “subjetiva”), sino que pertenece al campo de la propia realidad, porque ha aparecido en la historia una forma de sociedad donde lo económico aparece recortado, como una región aparte y se antepone con una objetividad “natural” a los hombres. El trabajo productor de valores de uso, que independientemente de toda forma de sociedad es la condición indispensable para la existencia del hombre (“es una necesidad eterna”, dice Marx), en el capitalismo deja de ser la prolongación natural del hombre para quedar sometido a una fuerza ajena; el proceso de trabajo queda subsumido en el proceso “de valorización”, o sea de producción de plusvalía para los capitalistas. La producción ya no está orientada ni definida por el valor de uso sino por el valor de cambio, deja de obedecer a las necesidades de la vida social para convertirse en “económica”. Las relaciones sociales que establecen los hombres entre sí para asegurar su continuidad histórica aparece ahora bajo la forma objetiva de cosas y de procesos entre cosas. Estas formas constituyen las categorías de la economía política burguesa. “Son formas aceptadas por la sociedad —dice Marx—, y por tanto objetivas, en que se expresan las condiciones de producción *de este* régimen social de producción *históricamente dado* que es la producción de mercancías. Por eso, todo el misticismo del mundo de las mercancías todo el encanto y el misterio que nimban los productos del trabajo basados en la producción de mercancías se esfuman tan pronto como los desplazamos a otras formas de producción... La forma del proceso social de vida, o lo que es lo mismo, del proceso material de producción, sólo se despojará de su halo místico cuando ese proceso sea obra de hombres libremente socializados y puesta bajo su mando consciente y racional” (*El capital*, I, pp. 41, 44). Y esto último sólo puede ocurrir cuando la sociedad burguesa sea destruida, vale decir con la revolución. La problemática económica de Marx aparece entonces como un análisis que penetra el campo de lo económico como tal, concebido como un mundo objetivamente fetichizado, para encontrar las relaciones sociales que lo sustentan, la “estructura” de la sociedad burguesa. Su análisis no es verdaderamente “económico”, pero tampoco “filosófico”, sino *crítico*. No intenta fundamentar una nueva economía política o una filoso-

fía distinta: quiere hacer, y lo repite constantemente, una "crítica de la economía política" que sea a la vez una teoría de la revolución. No sólo la crítica de una *representación* dada de la realidad, sino la subversión de la propia *realidad*. La economía política, en cuanto ciencia separada de una región específica de la sociedad burguesa, es superada críticamente por una ciencia del desarrollo de la producción material y de la lucha de clases, por una "ciencia de la revolución". Ya no es posible detenerse en el estudio de las relaciones internas del sistema capitalista, hay que avanzar hacia la crítica del sistema mismo. El primer camino sólo puede ser encarado científicamente a partir de la adopción del *segundo*, puesto que si la economía política se empeña en considerar a la fuerza del trabajo solamente como elemento del capital, esto no puede menos que provocar una deformación interna del sistema teórico que se construye. La sociedad capitalista es un Jano bifronte constituido por dos clases fundamentales y antagónicas y sólo puede hacerse ciencia a partir de este reconocimiento. El marxismo aparece entonces como una forma de conciencia de la necesidad de su destrucción: es el punto de referencia teórica de la crítica práctica realizada por el proletariado. Más que una ciencia *positiva*, es una ciencia social crítica, *no reductible* a ninguna de las ciencias sociales modernas. Es una manera radicalmente nueva de encarar el problema del conocimiento porque la reconstrucción analítica del modo de funcionamiento de la producción capitalista (ciencia), es hecha desde el punto de vista de la clase obrera. Y esto aparece ante los científicos burgueses, pero también ante gran parte del movimiento socialista, como la introducción injustificada de juicios de valor, es decir de elementos "ideológicos", en el campo científico. Sin embargo, dicho punto de vista es factible porque aún cuando la teoría tiene la capacidad de absorber dentro de sí el momento de la práctica, nunca puede lograrlo total y definitivamente. La teoría, en cuanto se presenta como "teoría de la práctica", aparece sólo como el acto sintético respecto del momento analítico de la práctica revolucionaria, y en ese sentido cae dentro de la práctica misma. La clase obrera no puede ser analizada a partir del movimiento del capital. Tanto si opera como fuerza de trabajo (en sentido conflictual y por tanto interna al sistema capitalista), o como clase (elemento antagónico y por tanto anticapitalista), requiere de una observación científica absolutamente *aparte* de la aplicada al estudio del capital. La

clase obrera no es un producto de la naturaleza. Es un punto de llegada, el producto de una acción histórica, que incluye las condiciones materiales, pero también la *conciencia política*. Y esta conciencia aunque sólo puede derivar de una ciencia, a su vez la realimenta y le da sentido.

*
* *
*

A explicitar los temas arriba sugeridos dedicamos las antologías de trabajos sobre *El capital* que iniciamos con el presente volumen. Este primero reúne artículos referidos a los problemas de metodología que suscita la obra de Marx. Aquí se expresan distintas corrientes interpretativas, algunas ortodoxas como la de Maurice Dobb, otras dellavolpianas (Pietranera) o althusserianas (Poulantzas). Los trabajos de Rieser y de Banfi constituyen planteos más originales y rompen con las concepciones habituales acerca del concepto de "apariciencia" y de la existencia o no de una teoría del valor en *El Capital*. Para facilitar la lectura del texto banfiano, hemos agregado una nueva traducción de las conocidas "Glosas a Wagner" de Marx, y una síntesis de los principales descubrimientos que el propio Marx considera que deben serles atribuídos, y que fuera preparada por Maximilien Rubel.

A este primer volumen le seguirán otros dedicados a cada uno de los tomos que componen *El capital* y a la confrontación entre el pensamiento marxiano y las concepciones de los economistas modernos. De esta manera deseamos contribuir a una mejor lectura de los manuscritos inéditos de Marx, que nuestra editorial está encarando por primera vez en español. Nos referimos a los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (Grundrisse) y *El capital*, Libro I, sección VI (inédita), de próxima aparición bajo nuestro sello.

EDICIONES SIGNOS

**EL CAPITAL DE MARX Y SU LUGAR EN EL
PENSAMIENTO ECONOMICO**

MAURICE DOBB

I

El capital es tal vez la obra más discutida que se haya escrito nunca sobre economía política. Fue objeto de una polémica más aguda aun que los *Principios* de Ricardo, y suscitó probablemente mayores excesos de injurias y elogios que ninguna obra de su tipo. Refutada con mayor frecuencia que la casi totalidad de las teorías económicas —y, cuando no refutada, fue con la misma frecuencia ignorada en los círculos académicos— ha sobrevivido y llegado a ser aceptada en una gran parte del mundo contemporáneo como la más autorizada interpretación de la sociedad capitalista. Ya en la última década del siglo diecinueve, un destacado crítico dijo que “Marx se ha convertido en el apóstol de un vasto círculo de lectores, incluyendo a muchos que no se sienten inclinados, por lo general, a la lectura de libros dificultosos” (Böhm-Bawerk). Sin embargo, y a pesar de la pasión que sus doctrinas provocaron, algunos de sus críticos académicos han estimado su contribución intelectual más ajustadamente. Joseph Schumpeter, por ejemplo, en su monumental *History of Economic Analysis*, dice de Marx que “la totalidad de su visión, como totalidad, hace valer sus derechos en todos los detalles y es precisamente la fuente de origen de la fascinación intelectual que experimentan todos aquellos, amigos o enemigos, que lo estudian”; y agrega en otra parte: “en el momento en que apareció su primer volumen, no había nadie en Alemania que pudiera comparársele, ya en vigor de pensamiento ya en conocimiento teórico”.

Los dos conceptos sobre los cuales se ha centrado especialmente la polémica han sido el de la propiedad de la renta como plusvalía y el del desarrollo histórico de la sociedad capitalista

hacia el socialismo, a través de la transformación revolucionaria. El primero podría ser considerado, tal vez, como un desarrollo de la "teoría de la deducción" de la ganancia, que puede encontrarse en Adam Smith (y donde no había más que una teoría embrionaria de la plusvalía o, según afirman algunos, sólo un atisbo de ella) o, posiblemente, como una versión más rigurosa y sistemática de ideas que ya eran corrientes entre los llamados socialistas ricardianos. El segundo, que constituye en sí mismo una aplicación de la concepción general sustentada por Marx acerca de la historia y del papel de la lucha de clases como fuerza motriz del cambio histórico, contrastaba agudamente con los puntos de vista predominantes sobre el progreso económico; estos puntos de vista, aun cuando teñidos a menudo de temores por el advenimiento de un "estado estacionario", no asignaban a la clase trabajadora ni el más leve indicio de papel histórico. Tal posibilidad resultaba extraña a las concepciones burguesas; su introducción fue al mismo tiempo transformadora y, para las nociones tradicionales, francamente chocante. La adecuada comprensión de ambos conceptos depende de la apreciación que se haga de los límites de la economía política tal como los veía Marx. La tendencia del análisis económico moderno desde el último cuarto del siglo diecinueve ha consistido en reducir su enfoque a un estudio del proceso de intercambio, es decir, del mercado y del equilibrio del mercado bajo diversas condiciones hipotéticas. Al ser formulado con mayor precisión, el análisis económico ha sufrido también un estrechamiento bastante considerable en cuanto a extensión y alcance. Las condiciones de producción se han reducido hasta convertirse en la asunción de suministros dados (o condiciones de suministro) de factores productivos aislados y de coeficientes técnicos dados o de así llamadas funciones de producción; y hasta donde es aparente en cualquier proceso de producción, lo hace implícitamente como una afluencia unidireccional de factores primarios en las mercancías del consumidor último (sólo en función de lo cual la llamada imputación de precios a las mercancías y factores intermedios —el *Zurechnung* de la escuela austriaca— tiene sentido). Todo lo que se refiere a la propiedad, o toda distinción entre propietarios y desposeídos es relegado a la categoría de factores sociales o sociológicos, que son excluidos del dominio de la teoría económica *per se*, y no afectan la estructura formal de aquella teoría sino que afectan, tal vez, el valor de algunas de las varia-

bles implicadas. Como es bien sabido, la forma que asume un modelo teórico es en sí misma una selección de los hechos y los acontecimientos a estudiar; de allí que, a pesar de lo impecable o elegante que su lógica pueda ser, puede representar una selección tendenciosa que distorsione nuestra visión del mundo real, en vez de iluminarla. Uno de los resultados de la creciente formalización de la teoría económica en las últimas décadas ha consistido en dar a su análisis del equilibrio de mercado un carácter casi enteramente cuantitativo, dejando poco o ningún margen para las *differentia* cualitativas, y por cierto ninguno para las *differentia* del llamado tipo socio-económico. De esta manera, lo que Marx llamó el “fetichismo de las mercancías” puede madurar detrás de esta imponente fachada hasta un grado monstruoso. Difícilmente puede sorprender que una relación tal como la “explotación” o la caracterización de la ganancia como “excedente” deje de tener significado alguno dentro de este contexto, y que aun algunos críticos benévolos hayan desechado las nociones de explotación y excedente económico como juicios morales disfrazados de conceptos económicos.

Marx, por el contrario, concibió de manera más amplia los límites de la economía política; como sucedía, por cierto, con la economía política clásica, sin que en este caso tal formulación fuese explícita. Para él, estaban incluidas en ella las “relaciones sociales de producción” como así también las “fuerzas productivas” y las condiciones de intercambio. Esto era consecuencia de su enfoque histórico del análisis de la producción capitalista y de su concepción histórica del modo de producción como base de una sociedad dada y como “la verdadera fuente y el verdadero escenario de toda la historia”. La caracterización cualitativa de las relaciones era tan importante como lo era una solución de los problemas cuantitativos de valor y de la derivación de los precios de los valores. Desde el punto de partida de la causación, especialmente del movimiento y el cambio, tal caracterización era esencial; y era una preocupación constante en su análisis “penetrar a través del disfraz aparente hasta la esencia interna y la forma interior del proceso capitalista de producción”, detrás de la apariencia de mercado con la cual estaban satisfechos los *epigoni*.

Si tomamos los términos “explotación” y “trabajo no pagado” como la descripción socio-económica de una relación (y no como un epíteto moral *per se*) resulta difícil entender por qué ha de discutirse su corrección. Difícilmente podría alguien cuestionar que

se describa a las rentas de los señores feudales como beneficios que tienen su origen en la apropiación de una parte de lo producido por otros: como el producto de "un campesinado sometido", para usar la frase del historiador Marc Bloch. (Marc Bloch dice: "Cualquiera sea el origen de sus ingresos, el noble vivió siempre del trabajo de otros hombres"). Sin duda, quien quisiera negarlo estaría ocultando o distorsionando un rasgo importante de una economía basada en el trabajo servil. Aplicar una caracterización similar a las ganancias de una sociedad capitalista es lo mismo que afirmar que, en este aspecto, ella acusa una gran semejanza con tipos anteriores de la sociedad de clases, a pesar del hecho de que todas las relaciones económicas tienen una forma contractual gobernada por el mercado. En otras palabras, los dueños del capital continúan "viviendo del trabajo de otros hombres", aun cuando la compulsión político-legal a trabajar para un amo haya sido remplazada por la compulsión económica que una situación de desposeimiento implica.

¿No son acaso aquellos economistas los prestidigitadores de las palabras y los oscurantistas que han tratado de negar tal proposición, con ayuda de diversos tipos de teoría de la "productividad", escamoteando al mismo tiempo su negativa al imputar las actividades de una máquina o las propiedades químicas de la tierra al *rentier* pasivo que las posee?

Algunos han supuesto —equivocadamente, me parece— que la caracterización de la ganancia como plusvalía se deriva de alguna manera de la teoría del valor-trabajo, y que ambas se encuentran en la misma relación que la premisa y la conclusión en un silogismo. Así, las dos teorías son consideradas a veces como herederas de las nociones lockianas de derecho natural: el derecho natural a poseer el producto del propio trabajo. Creo que esta interpretación es incorrecta. Tampoco se trataba (como el mismo Marx lo explicó en *Salario, Precio y Ganancia*) de reconciliar el hecho de la plusvalía con la noción clásica de que en un régimen de libre comercio y libre competencia, todas las cosas se intercambian según sus valores. Marx logró esta reconciliación separando la fuerza de trabajo del trabajo: siendo la primera una mercancía que tiene un valor en sí que depende del valor de lo que se necesite para remplazarla o para su subsistencia. Si existió alguna premisa de la cual se derivó la noción de plusvalía co-

mo conclusión, esta premisa fue la definición de "productor" y "productivo" en función de la actividad humana.

II

La teoría del valor de Marx se asentó esencialmente en la tradición clásica, aunque en la formulación que de ella hicieron diferentes escritores de la escuela clásica hubiera ambigüedades y cierta falta de claridad, como así también las conocidas diferencias entre Adam Smith y Ricardo sobre este tema. Ricardo fue, sin duda, el que más se aproximó a Marx y podemos apreciar mejor esa afinidad ahora que conocemos su trabajo sobre *Valor absoluto y valor en cambio*.¹ Lo que esta teoría del valor hizo, esencialmente, fue explicar las condiciones del intercambio en función de las condiciones de la producción y en consecuencia presentar, en el análisis final, los precios de producción como determinados (en el "caso normal" y en condiciones de libre y perfecta competencia) por la cantidad de trabajo que su producción insume, junto con las condiciones técnicas de su producción, tal como está expresado en lo que Marx denominó la "composición orgánica del capital". Esta manera de hacer derivar las relaciones de intercambio de las condiciones de la producción estaba, una vez más, en total consonancia con su concepción general de la historia y con el importante papel que el modo de producción desempeña en ella. Se trató, por cierto, de una aplicación directa de esta concepción histórica, que representa el vínculo orgánico entre ambas que nos permite afirmar que su teoría económica es, en este sentido, *histórica*, y que ilustra la unidad esencial de su pensamiento.

Es precisamente esta afirmación de que la estructura de los precios puede ser derivada de las condiciones de la producción, la que ha provocado las más enérgicas negativas por parte de los economistas de la escuela subjetivista. Y la acusación de que la

1. Publicado en el vol. II de *Works and Correspondance of David Ricardo*, ed. Sraffa, Cambridge, 1950 [véase *David Ricardo. Obras y correspondencia*, FCE, México, 1960, vol. IV, pp. 273-311]. Este trabajo quedó inconcluso a la muerte de Ricardo.

tentativa de Marx de demostrar ésto (y por lo tanto, su teoría de la ganancia como plusvalía) se fundaba en una crucial contradicción, fue lo que permitió a su más relevante crítico, el austriaco Von Böhm-Bawerk, proclamar con fiadadmente “el fin del sistema marxista”, dejando así el campo libre para intentar una explicación simultánea de precios y ganancias en función de la utilidad (véase la conocida teoría de Böhm-Bawerk acerca de que el interés sobre el capital depende de la diferente valuación subjetiva de las mercancías presentes y futuras). En el Libro I de *El capital*, Marx abordó el problema de la plusvalía a partir de la suposición de que las mercancías se intercambian según sus valores. En este estadio, su análisis se refiere sólo a los rasgos más *generales* del capitalismo, y es sobre éstos que fija su atención. Expresándolo con terminología moderna, podría decirse que, en este estadio, el análisis es realizado a nivel macroscópico. No se preocupa Marx, en este punto, por los productos e industrias individuales, sino por las “relaciones sociales de producción”, que determinan la forma en que el producto total, considerado como un todo, se divide entre las clases. Recién en el Libro III, en un estadio posterior de su examen, se preocupa más por los detalles del cuadro, introduce condiciones que afectan a las relaciones entre las diferentes industrias y se aproxima a las *differentia* que se tornan visibles e importantes a un nivel microscópico de examen. Particularmente, tiene en cuenta las diferencias de las condiciones técnicas y de la llamada composición orgánica del capital en las diferentes líneas de producción, combinadas con la necesidad (con condiciones dadas de la movilidad del capital entre las industrias) de una tasa uniforme de ganancia sobre el capital, independientemente de dónde se utilice éste. En estas condiciones, por razones que son suficientemente conocidas, los “precios de producción”, considerados como los precios normales (o de equilibrio prolongado) a los cuales se intercambian los productos, difieren de los valores, siendo la ganancia nivelada por un proceso de “redistribución de la plusvalía total” entre las diferentes ramas de la industria.

En la crítica posterior, la atención se centró sobre la relación entre estos precios de producción y los valores del Libro I. La teoría de la plusvalía fue elaborada sobre la suposición de que las mercancías se intercambian según sus valores; sin embargo, se evidenciaba en el Libro III que el intercambio, en la sociedad capi-

talista, no se realizaba sobre la base de los valores sino de los precios de producción, que diferían de aquellos. ¿Qué quedaba, entonces, de la teoría de la plusvalía y de todo lo que dependía de ella? Esta era la “gran contradicción” que, según Böhm-Bawerk, existía en el corazón mismo del sistema marxista y que constituía la fuente de su inevitable disolución. (“El sistema marxista tiene un pasado y un presente, pero no tiene un futuro perdurable”). ¿Qué sentido tenía hablar de dos niveles de aproximación, de dos estadios de análisis, si el segundo no podía ser derivado (dados los datos adicionales introducidos en este segundo estadio) del primero? Era imposible hacerlo de la manera indicada por Marx; y si era imposible, entonces la teoría de Marx no proporcionaba una teoría de las ganancias ni una teoría de los precios; y por lo tanto, era necesario buscar una explicación de ambas en otra parte. Era demostrablemente falso que las condiciones de producción determinaran las condiciones del intercambio.

En discusiones posteriores, el problema de derivar los precios de producción de los valores (o de la última aproximación a partir de los datos esenciales postulados en la aproximación anterior) fue denominado “problema de la transformación”. Esta discusión fue tanto intermitente como secreta; se desarrolló entre un grupo de *cognoscenti* y fue muy poco conocida entre los economistas tanto marxistas como no marxistas. Pero su resultado puede decirse que revirtió la fuerza de la aparentemente eficaz crítica de Böhm-Bawerk a la estructura teórica elaborada en los tres libros de *El capital* y especialmente en el primero y el tercero. En la publicación a que hacemos referencia² Böhm-Bawerk, generalmente tan perspicaz, se había conformado con desechar desdeñosamente la solución particular indicada por Marx, y no se había detenido a preguntarse si el carácter del problema era tal que hiciera probable o improbable encontrar para él una solución alternativa.

Es evidente, por cierto, que el método de argumentación de Böhm-Bawerk era demasiado simple para la naturaleza del problema en cuestión, y que él no tenía realmente noción alguna de la compleja determinación implícita en la proposición de que “los valores están detrás de los precios de producción” y “en última

2. Traducido al inglés con el título de *Karl Marx and the Close of His System*, New York, 1898.

instancia, los determinan". Es cierto que los ejemplos aritméticos que Marx utiliza para ilustrar esta derivación son inadecuados e incompletos y que él había advertido ese hecho (según se evidencia en un pasaje de *Theorien über den Mehrwert*³). Además, la simple afirmación de que "como término medio", los precios de producción y los valores, la ganancia y la plusvalía resultaban iguales, era bastante insuficiente. Al igual que muchas páginas de los libros II y III, es éste un trabajo inconcluso, y como tal, justifica al menos algunas de las objeciones que Böhm-Bawerk y más tarde Bortkiewicz, le hicieron. Es un trabajo inconcluso debido al hecho de que sólo los productos fueron transformados en precios de producción, mientras que todos los insumos (incluida la fuerza de trabajo) continuaron expresándose en términos de valor. Evidentemente, ello no basta: como Marx mismo lo advirtió, los insumos mismos deben ser también expresados en término de precios (los elementos del capital constante y los salarios como precio de la fuerza de trabajo, la que depende del precio de la subsistencia del trabajador, o de las llamadas mercancías-salario). Si se transforma así a los insumos, tanto la tasa de ganancia como los precios de los productos serán afectados como consecuencia. Se sigue de ello que la tasa de ganancia no será igual (excepto en un caso especial) a la tasa de ganancia constituida por la plusvalía de la situación de valor (como término medio); y en los ejemplos aritméticos de Marx, esta tasa de ganancia sería diferente de la tasa de ganancia con la cual él elaboró sus precios de producción. Pero no se deduce de ello que la nueva tasa de ganancia no pueda tener una determinada relación con la anterior (es decir, la de la situación de valor) y, de allí, con la tasa de plusvalía tal como es definida en la teoría de la plusvalía. Ni se deduce tampoco que en esta situación de compleja interdependencia —donde los precios de venta dependen de los precios de costo y los primeros influyen recíprocamente, sobre los segundos— no se pueda encontrar para todas las variables una sola serie de magnitudes que satisfaga las condiciones postuladas. La solución, si es posible encontrarla, será semejante a la solución de una serie de ecuaciones simultáneas, y la posibilidad de encontrar una dependerá, formalmente, de condiciones similares.

3. *Theorien*, vol. III, pp. 200-201, 212; véase también *Capital*, vol. III, Kerr ed., Chicago, pp. 190, 194.

Fue mérito de Bortkiewicz, en la primera década de este siglo, haber demostrado que tal solución era posible, en el caso simplificado de tres sectores de industrias, que producen respectivamente: elementos de capital constante (la Sección I del esquema de la reproducción, al final del Libro II de *El capital*), mercancías-salario y mercancías suntuarias, consumidas exclusivamente por los capitalistas.⁴ Bortkiewicz llevó a cabo su demostración con ayuda de la condición (una condición de la llamada reproducción simple) de que los egresos de cada categoría fueran iguales a los ingresos dedicados a su adquisición (a saber, gastos de reposición sobre el capital constante, total de los salarios y plusvalía total). Un rasgo curioso de esta solución es que era independiente de las condiciones de producción del tercer sector, que producía para el consumo de los capitalistas: dependía exclusivamente de las condiciones de producción de los otros dos sectores.⁵ Esto, afirmaba Bortkiewicz, no era sólo un resultado formal, sino que demostraba que la ganancia era fruto de la explotación (o, como él prefería expresarlo, a la manera de Adam Smith, tenía la naturaleza de una "deducción") y no tenía nada que ver con la productividad del capital. ("Si es cierto que el nivel de la tasa de ganancia no depende en modo alguno de las condiciones de producción de aquellas mercancías que no entran dentro de los salarios reales, entonces el origen de la ganancia debe ser buscado, evidentemente, en la relación-salario y no en la capacidad del capital para aumen-

4. De L. VON BORTKIEWICZ, *Marx's Fundamental Theoretical Constructions in the Third Volume of Capital*, y *Value and Price in the Marxian System*, en *Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik* y en *Archiv für Sozialwissenschaft*, 1907, (ambos artículos aparecieron en el mes de Julio); traducidos al inglés, respectivamente, en *Karl Marx and the Close of his System*, de Böhm-Bawer, edición de Paul M. Sweezy (New York, 1949) y en *International Economic Papers*, n. 2, (New York, 1952). Sin embargo, la solución de Bortkiewicz había sido anticipada (como él mismo lo ha reconocido generosamente) por el economista ruso W. K. Dmitriev en una obra poco conocida, de 1904; "obra destacable" que presenta "algo realmente nuevo", según Bortkiewicz. A Sweezy le corresponde el mérito de haber iniciado una discusión acerca de esta solución entre los lectores de habla inglesa, con su *Theory of Capitalism Development* [en castellano: *Teoría del desarrollo capitalista*, FCE, México, 1945].

5. O, más estrictamente, "de las cantidades de trabajo y de los períodos de reposición que conciernen a la producción y distribución de los mercancías, que forman la verdadera tasa de salario" (Bortkiewicz).

tar la producción. Porque si esta capacidad fuera pertinente aquí, entonces sería inexplicable por qué ciertas esferas de producción podrían tornarse no pertinentes con respecto a la cuestión del nivel de ganancia").⁶

La solución ofrecida por Bortkiewicz en función de tres sectores era, en esencia, una solución para tres industrias y para tres productos. Alternativamente, se podría considerar que proporcionara el precio *medio* de producción para cada sector y demostrara, por lo tanto, que estos precios medios podrían ser derivados de los *datos* de la situación de valor (es decir, de las condiciones de producción medidas en términos de trabajo), al mismo tiempo que dejara indeterminados los precios individuales de los precios particulares *dentro* de cada sector. Intuitivamente era evidente, por supuesto, que si era posible una solución para el caso de tres productos, también podría encontrarse una para un número mayor de productos. Sin embargo, durante cierto tiempo faltó una demostración real de esta posibilidad; falta que tal vez pueda ser considerada como un reproche al "marxismo creador" de los pensadores económicos marxistas de la época. La primera demostración (según el conocimiento del autor) de que era posible una solución más general para cualquier número de mercancías —para el caso de n productos— fue proporcionada por Francis Seton.⁷ La conclusión fue que su análisis había demostrado que la "superestructura lógica" de la teoría de Marx era "suficientemente profunda"; demostración de la que algunos pueden pensar que adquiere un poder de convicción adicional a partir del hecho de que al autor le dolía disociarse de las implicaciones de la teoría de la plusvalía de Marx.⁸

Tal demostración (que por cierto había sido llevada a cabo, en lo fundamental, muchos años antes) está también implícita en las

6. *Value and Price in the Marxian System*, traducido al inglés en *International Economic Papers*, n. 2, p. 33; véase también del autor, *A note on the Transformation Problem*, en *On Economic Theory and Socialism*. London and New York, 1955.

7. *The Transformation Problem*, en *Review of Economic Studies*, XXIV, 3, 1956-57, pp. 149-160.

8. Seton considera que la negativa a aceptar la existencia de contribuciones de otro factor que no fuera el del trabajo, negativa sobre la que descansa la doctrina de la plusvalía, es "más un acto de *fiat* que de verdadero conocimiento". (*Ibid.*, p. 160).

ecuaciones que constituyen lo fundamental de la derivación de los precios de las condiciones de producción y de la relación entre ganancias y salarios en la Parte Primera de *Producción de mercancías por medio de mercancías*, de Piero Sraffa (ver especialmente el Capítulo II). Por consiguiente, el resultado de una discusión sostenida a lo largo de más de medio siglo es que Marx estaba acertado al suponer que los precios de producción, como reales "precios de equilibrio" de una economía capitalista competitiva, podían ser considerados como determinados por las condiciones y las relaciones de producción, incluyendo en estas últimas al grado de explotación básica que, en términos de valor, se expresa como la tasa de plusvalía. La estructura lógica del análisis que hace Marx de la producción capitalista, y el despliegue de este análisis que comienza con el nivel de la teoría del valor del Libro I y abarca la teoría de los precios del Libro III, permanece intacta después de un siglo de crítica vehemente, aguda a veces pero más frecuentemente alejada de una verdadera comprensión. Y en cuanto a su caracterización cualitativa de los elementos fundamentales de la sociedad capitalista ¿puede dudarse seriamente de que ella proporciona una visión que ningún escrito económico de otras escuelas ha proporcionado?

III

No es posible hacer justicia aquí a los numerosos aspectos de estos tres volúmenes que merecen comentario, y el presente artículo se tornaría tedioso si lo intentara. Sin embargo, se puede hacer una observación general acerca del método de Marx: que mientras su interés y su propósito al escribir esta obra eran principalmente teóricos, recuerda sin embargo a Adam Smith por la medida en que mezcló la generalización teórica y el razonamiento abstracto con datos históricos de carácter concreto y detallado. Este rasgo formaba parte evidentemente del esquema general de la obra y estaba en total consonancia con su actitud general hacia la relación de la teoría con la realidad. La combinación de ambas sirvió para revelar lo general en lo particular y para establecer las categorías de su pensamiento como representaciones de la esencia de la actividad real y no como vacías abstracciones de la vida. Así,

en ciertas partes del Libro I encontramos ricas incursiones dentro de lo concreto en forma de relatos acerca de los inspectores de fábrica de principios del siglo diecinueve y verdaderos "Libros azules" sobre las condiciones de trabajo y el pago de salarios y los efectos de la maquinaria; y encontramos también los conocidos datos históricos sobre los métodos de "acumulación primitiva" de la Sección VII. En el Libro III se incursiona históricamente en las diferentes formas de renta y los tipos característicos de relación social de las cuales son éstos expresión; en el Capital-Mercancías, con riqueza de sugerencias y expresiones (es aquí donde encontramos la breve referencia a las "dos vías" de transición hacia los métodos burgueses de producción como así también la densa frase acerca de "la manera en que la plusvalía es extraída de los productores directos", constituyendo siempre la explicación de la "relación entre gobernantes y gobernados"); hay también en este Libro datos acerca del interés y el crédito, con referencias a las famosas obras de Thomas Tooke *History of Prices* y *An Inquiry into the Currency Principle*, a estudios oficiales sobre la crisis financiera de 1847-48 y a las pruebas presentadas ante el Select Committee on Bank Acts.

Pero no se puede proseguir sin mencionar tres temas que, además de su teoría del valor y la plusvalía, han sido objeto de comentario y controversia. En primer término, sus referencias al empobrecimiento de la clase trabajadora, en el Capítulo XXV de Libro I, titulado *La Ley General de la acumulación capitalista*. Este es el origen de la llamada tendencia al empobrecimiento absoluto de la clase trabajadora que ha provocado tantas discusiones y controversias, tanto con respecto a su interpretación correcta como con relación a su concordancia con las pruebas estadísticas acerca de la tendencia de los salarios.⁹ En segundo lugar, los capítulos del Libro III sobre la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y sobre las tendencias contrarrestantes. Estos capítulos ocasionaron un copioso debate acerca del lugar que le corresponde a esta tendencia —si es que le corresponde alguno— en su teoría de las crisis periódicas y en su concepción del vasto destino histórico del sistema como un todo; se discutió

9. El autor ha expresado su opinión acerca de tal interpretación en "Marx and the So-Called 'Law of Increasing Misery'", *Keizai Kenkyu* (Tokio) VIII, 1 1957, y por lo tanto, no hará aquí ningún comentario.

además si Marx creía que esta tendencia sufría necesariamente la influencia de las tendencias opuestas (problema éste sobre el cual Marx guarda silencio, además de no ofrecer, de todos modos, prueba alguna de que la tendencia en cuestión deba ser la más poderosa en todos los casos). Finalmente, tenemos el famoso esquema de la reproducción, en la tercera parte del Libro II: una serie de tablas aritméticas que describen, en dos secciones, las relaciones de equilibrio que deben ser observadas bajo las condiciones de "reproducción simple" y "reproducción ampliada" respectivamente, y que al hacerlo indican la improbabilidad de que tales condiciones se mantengan, excepto "por accidente", en un sistema caracterizado por la "anarquía de la producción". Los dos sectores o ramas producen respectivamente medios de producción y medios de consumo; los primeros para la reposición (o, en la reproducción ampliada, para la acumulación) del capital constante dentro de cada sector (es decir, para satisfacer las necesidades del "consumo productivo") y los últimos para proveer al consumo personal de los capitalistas y los asalariados. En cada sector, el producto neto fue dividido en sus elementos de valor, a saber: utilización de capital constante, materias primas, instalaciones y maquinaria), gastos de salarios (capital variable) y plusvalía. Se deducía de ello, por supuesto, que en la reproducción simple (con un ahorro igual a cero) el egreso neto del Sector I (medios de producción) debía ser igual a la suma de los capitales constantes utilizados en ambos sectores. De la misma manera, el egreso neto del Sector II (medios de consumo) debía ser igual a la suma de los salarios y la plusvalía de ambos sectores. Por lo tanto, el intercambio entre los dos sectores debía consistir en una cantidad de medios de producción de I igual a las necesidades de reposición del capital constante en II contra los medios de consumo de II igual a la suma de los salarios y la plusvalía en I. A menos que esta igualdad sea mantenida ($pl + v$ en I $= c$ en II), habrá exceso de producción en uno de los dos sectores, sin mercado en el otro. Las condiciones de equilibrio para la "reproducción ampliada" constituían una extensión más compleja de estas condiciones. Desde la publicación de *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie (Rohentwurf)* de 1857-58, que contiene una versión preliminar del esquema, sabemos que esta noción de establecer las interrelaciones estructurales de producción en forma tabular estaba presente en el pensamiento de Marx en un estadio relativamente

temprano, antes de la publicación de *Zur Kritik der Politischen Ökonomie* (en 1859). Es interesante destacar, además, que el esquema de los *Grundrisse*, en su división en sectores, clasifica la producción de materias primas y de maquinaria entre los medios de producción, y entre los medios de consumo, la producción de medios de vida necesarios para trabajadores y productos excedentes (o *surplus-produzent*) para el consumo, fuera de la plusvalía.

Se puede advertir rápidamente que el esquema constituye una forma embrionaria, para dos sectores, de una moderna matriz input-output, en la cual los totales de las filas y las columnas guardan entre sí una relación necesaria. Este análisis es, por cierto, el antecedente real de tal matriz, dado que inspiró directamente el método soviético de los balances en la década de 1920; además, como sabemos ahora, la idea básica de la más compleja matriz input-output de Leontiev fue derivada de estos balances. Se podría decir, por supuesto, que gran parte del pensamiento actual sobre los problemas dinámicos no sólo representa un retorno muy tardío al enfoque desde el cual los problemas económicos fueron contemplados por los economistas clásicos y por Marx, sino que se inspira directa o indirectamente en el método marxista, en particular en su análisis estructural de la reproducción.

El esquema de la reproducción constituyó también el centro de atención de las diversas discusiones entre interpretaciones rivales de la teoría de Marx acerca de la crisis, sobre todo en la teoría de Rosa Luxemburg, que partió de una crítica a la teoría de la reproducción ampliada y enfatizó el llamado problema de la "realización" de la plusvalía; otro tanto sucedió con la teoría marcadamente opuesta de Tugan-Baranowski, que acentuó la posibilidad de un proceso no contradictorio de reproducción ampliada. En cierto sentido, es verdad que el subconsumo, enfatizado por ciertas teorías, es simplemente otra faceta de la superproducción. Esto sería aplicable, por ejemplo, a la relación de equilibrio entre los dos sectores, que hemos mencionado: desde un lado la no observancia de esta relación podría ser considerada como deficiencia de demanda, y desde el otro, como exceso de oferta. Pero ésto es lo mismo que decir que toda transacción de intercambio tiene dos aspectos. Lo que es realmente importante es la *fuerza* en la cual se origina toda ruptura de las condiciones de equilibrio del intercambio. Si se la fuerza, la noción de las dos facetas puede constituir una manera ilusoria de reconciliar lo que son diferencias

reales de énfasis, considerando los factores originales, y puede tender a confundir los rasgos esenciales del enfoque de Marx. Tal como en otras partes de su teoría, el rasgo latente en su análisis consistía, también aquí, en centrar la atención sobre los factores causales dentro de la estructura y las relaciones de producción antes que sobre los factores internos del proceso de circulación o intercambio *per se* o sobre los factores de la demanda que tienen sus raíces en las inclinaciones psicológicas de los consumidores individuales.

IV

En Noviembre de 1866 (según nos dice Franz Mehring) el “primer paquete de manuscritos” del Libro I de *Das Kapital* fue enviado a Hamburgo, a un “editor de literatura democrática” llamado Otto Meissner. Cinco meses después, Marx en persona llevó a Hamburgo el resto del manuscrito. Las pruebas finales fueron corregidas el 16 de Agosto de 1867 —“a las dos de la mañana”, según él contó a Engels— y devueltas al impresor. El prólogo a la primera edición alemana está fechado el 25 de Julio de ese año; la publicación se produjo a principios de Setiembre.

Este primer volumen fue el resultado del trabajo de casi dos décadas, interrumpido tanto por la enfermedad como por las preocupaciones políticas, incluida la fundación de la Primera Internacional. Su familiaridad con los economistas ingleses de la escuela clásica data de su permanencia en París hacia la mitad de la década del cuarenta (después del cierre de la *Rheinische Zeitung*, que él había editado). Pero el estudio intensivo y la redacción de escritos sobre economía política y capitalismo datan de su radicación en Londres, a partir de 1850. Fue entonces que Marx hizo de la Sala de Lectura del Museo Británico su estudio particular, mientras realizaba la mayor parte de la tarea de escribir en su casa: primero en los estrechos hospedajes del Soho donde vivió su familia durante seis años y después en una vivienda modesta pero algo más espaciosa y agradable, en las cercanías de Haverslock Hill. Ya en Abril de 1851 escribe a Engels: “Llevo la cosa tan adelantada que en cinco semanas terminaré con toda esta basura económica. Luego, me dedicaré a elaborar en mi casa la Eco-

nomía y en el Museum me dedicaré a otra ciencia, pues ésta empieza a hastiarme. En el fondo, la ciencia económica no ha hecho ningún progreso desde Adam Smith y David Ricardo". Pero esta disposición de ánimo no duraría mucho, y poco después estaba nuevamente entregado al estudio de la historia de la economía política en el Museo Británico. Sin embargo, sus intenciones de completar el libro rápidamente se vieron frustradas. "Sobre todo, el tiempo de que dispongo se ve disminuido por la necesidad imperiosa de trabajar para ganarme la vida". En diciembre de 1857 escribe: "Estoy trabajando como loco todas las noches para poner en orden mis estudios de economía". El resultado fue, como una suerte de trabajo provisorio o primera entrega, su *Zur Kritik der Politischen Ökonomie* en 1859. Pero nueve años más tarde, escribe una vez más: "En cuanto a mi libro, estoy trabajando doce horas diarias para hacer una copia definitiva" (Carta a Kugelmann, Enero 15 de 1866); y pocos meses después se queja: "No puedo trabajar productivamente más que unas pocas horas diarias sin sentir el efecto físicamente... Además, mi trabajo se ve interrumpido a menudo por circunstancias exteriores adversas". (Carta a Kugelmann, Agosto 23, 1866).

Parece haber sido a comienzos de 1866 que el esquema del primer volumen y la intención de publicarlo separadamente comenzaron a tomar forma en su mente. Ese año, le escribe a Kugelmann que "las circunstancias (constantes interrupciones físicas y exteriores) hacen necesario que el primer volumen aparezca separadamente, y no junto con el segundo, como había pensado" (Carta del 13 de Octubre de 1866). Y continúa explicando cómo "está dividida toda la obra": Libro I, El proceso de producción del capital; Libro II, El proceso de circulación del capital; Libro III, Forma del proceso como un todo; agregando que "el primer volumen contiene los primeros dos libros". Según Mehring, fue entre Enero de 1866 y Marzo de 1867 que se completó la redacción final del manuscrito.

Como es bien sabido, Marx no había de completar los otros volúmenes. Estos debían llevar los subtítulos *El proceso de circulación del capital* y *El proceso de la producción capitalista como un todo*, y serían publicados por Engels, el Libro II en 1885, dos años después de la muerte de Marx y el Libro III en 1894. Estas partes de los manuscritos fueron dejados como borradores incompletos y en algunos casos sólo en forma de notas, que Engels reu-

nió en los dos volúmenes que conocemos. "Solamente uno, a lo sumo (el manuscrito IV) ofrecía, hasta donde alcanzaba, una redacción lista para ser entregada a la imprenta". En su prólogo al Libro II, Engels describe este material como "fragmentario" e "incompleto en diversos lugares", en un estilo no pulido, "descuidado, familiar, salpicado de expresiones y giros de crudo humorismo"; "eran las ideas del autor estampadas sobre el papel, en la forma en que se iban desarrollando en su cabeza"; "junto a partes expuestas en todo detalle, otras, no menos importantes, apenas esbozadas", mientras que al final de los capítulos había a menudo "un par de frases nada más, simplemente esbozadas". Fue en este prólogo, incidentalmente, que Engels proporcionó un anticipo de lo que contendría el Libro III, diciendo: "En realidad, capitales iguales, cualquiera que sea la cantidad, pequeña o grande, de trabajo vivo que empleen, producen en tiempos iguales, por término medio, ganancias iguales. Se encierra aquí, por tanto, una contradicción a la ley del valor, contradicción descubierta ya por Ricardo, y que su escuela fue también incapaz de resolver". El comentario de Rosa Luxemburg sobre estos dos volúmenes póstumos es digno de ser citado:

Todas estas razones explican por qué a los volúmenes segundo y tercero de *El capital* no debemos ir a buscar una solución acabada y definitiva de todos los problemas fundamentales de la economía política, sino, en parte al menos, un simple planteamiento de esos problemas con orientaciones y puntos de vista acerca del camino en que nos debemos situar para buscarles solución. Bien entendido que la obra capital de Marx, como su ideología toda, no es ningún evangelio en que se nos brinden verdades de última instancia, acabadas y perennes, sino manantial inagotable de sugerencias para seguir trabajando con la inteligencia, para seguir investigando y luchando por la verdad.¹⁰

Su obra sobre la historia del pensamiento económico, de la cual hemos visto que fue comenzada a principios de la década del cin-

10. "El segundo y tercer tomo" constituye el apartado 3 del cap. 12 del libro de FRANZ MEHRING, *Karl Marx: Historia de su vida*, Claridad, Buenos Aires, 1943, p. 325.

cuenta, no debía aparecer ni siquiera durante la vida de Engels, que sobrevivió a Marx unos doce años. En algún momento esta obra intentó ser una continuación de la *Kritik* y fue descripta en su encabezamiento como *Crítica de la Economía política*. Posteriormente se la destinó a formar el cuarto volumen de *Das Kapital* y el manuscrito formó parte, aparentemente, del manuscrito general de 1861-63, y parece haber sido escrito entre Enero de 1862 y Julio de 1863. Corresponbió a Karl Kautsky publicarlo como *Theorien über der Mehrwert* en 1905. Más recientemente, el manuscrito de este trabajo fue adquirido por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, el cual, después de revisarlo, publicó una nueva edición en 1954, según un criterio diferente al de Kautsky y más aproximado al esquema original de Marx.

Trinity College.

Cambridge, England.

**LA ESTRUCTURA LOGICA
DE "EL CAPITAL"**

GIULIO PIETRANERA

I

"EL CAPITAL" COMO CRITICA DE LA DIALECTICA ESPECULATIVA DE LA CIENCIA ECONOMICA

1. Quien esto escribe se ha ocupado durante largo tiempo de problemas económicos y de marxismo, sobre todo de economía marxista. En este campo ha logrado una experiencia que le permite adherirse con madura convicción a la nueva orientación que se está imprimiendo a las ciencias sociales en el mundo socialista.¹ Esta orientación requiere ausencia de prejuicios y paciencia para replantear en el campo científico problemas habitualmente considerados como superados y que, en realidad, subyacen junto a una serie de soluciones cristalizadas. De allí que su discusión *ex novo* sea imprescindible para que los nuevos problemas, incluyendo los más recientes, puedan encontrar una solución mejor y más rápida. En suma, es ésta una orientación y exige rediscutir el problema del método en las ciencias sociales y secundar con los resultados de esa discusión los viejos y nuevos campos de la investigación científica. En el sector de la economía —con mayor peso quizás que en el de las otras ciencias sociales— son más evidentes las consecuencias del dogmatismo y del constante divorcio entre la elaboración de una conciencia metodológica de la investigación y la investigación científica concreta. Y aunque se quiera ser benévolo

1. V. DIACHENKO, "Gli studi teorici di economia", *Rassegna sovietica*, 11, 1955; UMBERTO CERRONI, "Orientamenti sovietici nelle scienze sociali", *Società*, 1955, n. 4; PIETRO ZVETEREMICH, "I temi della cultura al XX Congresso del P.C.U.S.", *Rassegna sovietica*, 1956, n. 1.

consigo mismo y con los propios errores, y respetuoso del resultado del trabajo ajeno, no se debe temer en exagerar los peligros que crean dichos obstáculos al progreso científico. Menos aún se puede dejar de subrayar los esfuerzos realizados para encontrar una orientación adecuada mediante un retorno a las fuentes originarias del marxismo y del leninismo, en las cuales —por primera vez en la historia de la humanidad— la metodología se funde en un círculo fecundo con la economía, la política y la acción concreta. No obstante, debemos tener en cuenta que la situación es hoy completamente distinta aunque nos refiramos sólo al campo teórico y consideremos únicamente las relaciones entre metodología y economía política.

La labor de los economistas del mundo socialista parece estar absorbida fundamentalmente por los problemas de la planificación y del desarrollo de la economía colectivista; aunque no se ha descuidado la crítica de la producción científica burguesa de Europa Occidental y de los Estados Unidos, se tiene la impresión de que el urgente, exorbitante y muy comprensible compromiso impuesto por la planificación y su problemática, no ha creado el ambiente más favorable para una puesta al día de los instrumentos críticos de la investigación económica.

De todos modos, la importancia positiva del “nuevo curso” en las ciencias sociales de la Unión Soviética, así como los resultados de los encuentros que hemos realizado recientemente con economistas y filósofos de la Academia de Ciencias de Moscú y de las Universidades de Leningrado y de Tbilisi,² han reforzado nuestra convicción de la necesidad de trabajar de algún modo por la conside-

2. Tal es, al menos, la impresión que hemos recogido. Frente a una vastísima, actual y exacta información, no siempre hemos encontrado aquel trabajo crítico profundo y enemigo de los esquemas preestablecidos, que la problemática presente en nuestro ambiente capitalista nos hacía presumir que encontraríamos. Y así, mientras nos hemos encontrado casi desprovistos frente a la preparación de los colegas soviéticos en lo referente a la planificación y a la muy vasta literatura que ellos poseen, hemos recogido la impresión de que los economistas rusos veían nuestros esfuerzos críticos con respecto a la economía burguesa, por así decirlo, con anteojos invertidos. Reducidos de tal manera los problemas y las exigencias suscitadas por ellos, se comprende entonces que fuera inevitable aquella “conversión de la política en economía” de la que recientemente se lamentaba —cambiando los términos— la historiografía soviética. Ocurría así que el juicio político-económico general sobre las viejas tendencias doctrinales de Occidente (como el keynesismo y el post-keynesismo) o sobre las nuevas elaboraciones americanas (como el análisis

ración de las nuevas exigencias y, sobre todo, por una exacta toma de conciencia del método marxiano de investigación, tratando de limitar el divorcio entre investigación metodológica e investigación científica concreta. Estas exigencias pueden ser formuladas, en el plano práctico como en el teórico, de la siguiente manera: necesidad de asegurar una colaboración continua entre “filósofos” y “economistas”, necesidad de una relectura de *El capital* a través de las obras metodológicas juveniles de Marx y Engels, necesidad de posesionarse de la estructura lógica de *El capital* para proceder a una crítica profunda y radical, pero científica, de la economía burguesa contemporánea. Todas estas exigencias se vuelven más vivas cuanto más obligada se encuentra la economía marxista a ajustar cuentas con concepciones y tendencias económicas burguesas que, a su vez, lejos de ignorarlo, se ven obligados a enfrentarse con el marxismo. Téngase presente que los más grandes economistas contemporáneos son atraídos y rechazados al mismo tiempo, de manera más o menos consciente, por el método marxiano de investigación y por la economía del marxismo. Y con frecuencia, se trata de las tendencias más serias; es por ello que no pueden ser menospreciadas por los marxistas, poco afectos a *recevoir* los ofrecimientos de la “subversión de la política en la economía”.

2. Ese es el caso de Joseph Schumpeter y de Joan Robinson, obligados por las mismas necesidades de sus investigaciones a estudiar a Marx y a su “método lógico”, y cuyos resultados cientifi-

input-output o las teorías sobre el desarrollo de las áreas deprimidas), nos producían simultáneamente aquiescencia e insatisfacción. Aquiescencia en lo que se refería de modo genérico a una visión del mundo común, pero insatisfacción en la medida en que no lograba poner en evidencia aquellos instrumentos científicos perfeccionados que nos permitirían examinar críticamente —siempre en el plano científico concreto— las tendencias contra las que se polemizaba. Nos quedábamos con la impresión final —avalada también por los numerosos coloquios mantenidos con estudiantes— de que muchos economistas soviéticos a los cuales se debe la solución de los más delicados problemas que afectan a la economía planificada, seguían abandonando a los “filósofos” la tarea de ocuparse de las cuestiones del método. Por otra parte, su advertencia y su consejo final: “esta es especialmente una tarea vuestra”, tiene cierto fundamento y refleja la naturaleza del trabajo desarrollado hasta hoy por los economistas de la Unión Soviética.

Por el contrario, en el Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias de Moscú, hemos encontrado un vivo y constante interés y un fermento de

cos, sus *impasses* o sus acuerdos parciales, nos serán útiles para fijar inicialmente algunos puntos firmes. El método de análisis de Schumpeter, en particular, estará presente como una de las máximas expresiones del pensamiento económico contemporáneo y nos permitirá discutir con un método crítico la estructura lógica de *El capital*. Mucho más breve será, naturalmente, la mención a la posición de la Robinson.

Joan Robinson³ pertenece a ese grupo de economistas para los cuales *El capital* encierra verdades, y hasta grandes y preciosas verdades, expuestas sin embargo en un lenguaje peculiar y a veces directamente incomprensibles; verdades logradas a través de una metodología abstrusa cuya "clave" sería conocida sólo por los "teólogos del marxismo". La Robinson se propuso así "traducir Marx a los economistas", como si Marx hubiera escrito en una lengua muerta u olvidada. En otros términos, ella intentó extraer del "caprichoso alquimista" algunos principios químicos válidos, pero, de-

nuevas investigaciones, sobre todo de parte de los jóvenes colegas, quienes eran proclives a las exigencias metodológicas que se les planteaban. Por otra parte, estas exigencias eran reconocidas en abstracto, de manera tal que una colaboración inmediata se nos aparecía como difícil ya sea por la especialización de aquellos estudiosos (no economistas), como por el diferente material que estaba a nuestra y a su disposición (vg., frente al interés profundo manifestado por economistas y filósofos por la *Einführung*, nos hemos sorprendido al enterarnos que la traducción rusa de la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* se remontaba apenas a 1955. Como es obvio, el original había sido conocido y estudiado, pero la tardía traducción es siempre un índice de un cierto desinterés general por determinados presupuestos metodológicos considerados fundamentales por algunos de nosotros). Los puntos firmes en estos contactos y coloquios fueron siempre, por un lado las lecciones dictadas en el Instituto de Filosofía por Galvano Della Volpe (*Marxismo y lógica hegeliana*), que aparecerán en *Voprosi filosofii* y por el otro lado, el consejo repetidamente dado de tener en cuenta la obra reciente de Rosenthal sobre la *Dialéctica de El capital*. De esta obra esperamos la edición alemana y nos reservamos hablar de ella apenas nos sea posible. De todos modos, según lo que se evidencia de las conversaciones tenidas con Rosenthal mismo, y de un contacto superficial con el texto ruso facilitado por nuestros corteses traductores de Moscú, no parece que dicha obra pueda encuadrarse en el "nuevo curso" de las ciencias sociales. [De la obra de Rosenthal hay traduc. al esp. *Los problemas de la dialéctica en "El capital" de Marx*, Edic. Pueblos Unidos, Montevideo, 1961].

3. Cf. sobre todo JOAN ROBINSON, *Ensayo sobre la economía marxista*, FCE, México, 1944.

bido precisamente a su sorprendente ignorancia del método marxiano de investigación —tanto más sorprendente en una economista tan importante— logra una interpretación (y contaminación) keynesiana de Marx, de manera tal que el Marx de la Robinson termina por ser el Marx de aquella oscura zona de límites en la que los laboristas se encuentran con la izquierda de la escuela keynesiana.

Mucho más interesante es la posición crítica de Joseph Schumpeter, aunque más interesante aún es el hecho de que Schumpeter no haya logrado individualizar —a pesar de ciertas intuiciones agudas sobre la importancia de la metodología de Marx—, en todo su carácter concreto, el método marxiano de investigación (individualizarlo plenamente hubiera significado adoptarlo o al menos sentirse impulsado a hacerlo). Esto demuestra una vez más la impotencia de la economía burguesa aún en sus mejores representantes, para escapar de determinados límites, muy bien individualizables por otra parte.

Pero veamos el examen schumpeteriano del método de la investigación marxiana en *El capital* (en estas notas nos referiremos a las tres obras fundamentales de Schumpeter en esta materia: *Epochen der dogmen- und Methodengeschichte* [traducido al castellano como *Síntesis de la evolución de la ciencia económica y sus métodos*]: *Capitalismo, Democracia y Socialismo*, y a su obra póstuma *History of Economic Analysis*).

He aquí una intuición notable en *Síntesis* (recuérdese que fue publicada en 1914). Según Schumpeter, Marx “no fue un hegeliano, o, como economista, un neo o un joven hegeliano, del mismo modo que los clásicos no fueron con frecuencia utilitaristas o partidarios de Bentham”. Schumpeter afirma también que “si verdaderamente Marx hubiese tomado de la especulación metafísica los elementos sustanciales de su pensamiento, o siquiera su método, sería un pobre diablo indigno de ser tomado en serio. Pero no es este el caso, como nos dice el propio Marx en la introducción a la segunda edición de *El capital* (t. I); al elaborar su obra, no se preocupó por ningún principio metafísico superior sino sólo por los hechos y las teorías, exactos o falsos”.

Lector atento de Marx, Schumpeter no pierde jamás la ocasión de destacar la importancia del “aparato analítico” de *El capital* y subrayar las preocupaciones de Marx en lo referente al método: “mientras estaba trabajando, se preocupaba primordialmente por

afilar los instrumentos de análisis que le proporcionaban la ciencia de su época, por allanar las dificultades lógicas y por construir, sobre la base así adquirida, una teoría que por su naturaleza y objetivo era verdaderamente científica..." (*Capitalismo...*, p. 47). Y he aquí, finalmente, un juicio sintético y conclusivo sobre la dialéctica científica de Marx: "Marx no traicionó jamás la ciencia positiva con la metafísica".

Pero como ya hemos señalado, si bien Schumpeter tiene notables intuiciones sobre la importancia fundamental de Marx como "lógico de la economía", como "constructor del aparato analítico" de *El capital*, no logra penetrar en la esencia y el contenido del método marxiano de investigación. Sin embargo (y ello a pesar de la "sordera" efectiva de Schumpeter con respecto al método marxiano), una breve referencia a la concepción schumpeteriana de la ciencia económica como "análisis positivo", nos permitirá afrontar mejor de manera crítica —es decir, partiendo del pensamiento de un economista contemporáneo bastante conocido— la cuestión del método seguido por Marx en *El capital*.

A Schumpeter le interesa la ciencia económica como "conocimiento analítico", como "esfuerzo intelectual realizado por los hombres para comprender los fenómenos económicos", como *tooled Knowledge*. No le interesan las personas, los principios generales, las filosofías sociales, sino sólo las teorías; en una palabra, los *tools*, los instrumentos. Poco cuenta para Schumpeter el ropaje teológico o metafísico que asuma la teoría económica. Por ejemplo, el marco metafísico de los fisiócratas, es decir el derecho natural, cuenta poco frente al descubrimiento fundamental del circuito económico. Igualmente, ciertas doctrinas de los economistas canónicos siguen siendo válidas para Schumpeter mucho tiempo después que el pensamiento científico social se emancipó completamente de las viejas formas teológicas. La "posición" de Schumpeter, brevemente citada, nos permite fijar algunos puntos de cierta importancia:

a) La concepción schumpeteriana del análisis económico —que se repite sustancialmente a través de las obras del economista austriaco— corresponde al modelo y se adecua al método de la denominada ciencia económica *wertfrei* ("privada de valores", o sea de juicios de valor) y sustancialmente a la concepción (todavía poco conocida y sin embargo importante por sus consecuencias) de Max Weber. Como es sabido, tal concepción, que tuvo una gran in-

fluencia en gran parte de los economistas, había sido primero aceptada (en la primera edición sueca y alemana de su obra, en 1929) y sucesivamente rechazada, y hasta dada vuelta, por uno de los más brillantes metodólogos de la economía, Gunnar Myrdal, que aquí conviene recordar al menos mediante una cita esencial. En el prefacio a la reedición en lengua inglesa de su libro (*The Political Element in the Development of Economic Theory*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1953) Myrdal escribe: "la creencia implícita en la existencia de un cuerpo de doctrinas científicas adquirido independientemente de toda valoración es mero empirismo". "Toda teoría económica —agrega— se apoya sobre un elemento a priori inevitable". Sostiene en síntesis una concepción de la ciencia económica como instrumento operativo de una determinada visión del mundo y como efectivización de un principio ético asumido como guía: "He llegado a creer en la necesidad de trabajar siempre, desde el comienzo al fin, con explícitas premisas de valor. Tales premisas, sin embargo, no deben ser adoptadas arbitrariamente; ellas deben ser significativas para la sociedad en la que vivimos".

b) En realidad, tal concepción *wertfrei* puede valer sólo para la "metafísica" que acompaña a las teorías económicas como mero elemento de adorno (lo que ocurre a veces, por ejemplo, en Smith o en Ricardo, que hablan de "precio natural" refiriéndose aparentemente al precio que se establece en el "orden natural", pero teniendo efectivamente como mira el precio que se fija en determinadas condiciones económicas reales).

c) La concepción de Schumpeter, por el contrario, debería valer contra la "mala metafísica", a la que se tendría que expulsar de la teoría científica positiva. *Pero obsérvese que justamente en este caso en Schumpeter está planteada sólo la exigencia de un método para invalidar la "metafísica de la economía política", pero falta en cambio el método mismo.* En Schumpeter hay sólo la declamada indiferencia por "los juicios de valor" y el examen del residual "aparato analítico" objetivo de la ciencia económica. En realidad, Schumpeter concibe como metafísica que debe "ser dejada de lado" todo aquello que se presenta vulgarmente como "metafísica", o sea lo que tiene un ropaje histórico aceptado y consuetudinario: la teología de los canónicos, el orden natural de los fisiócratas, el benthamismo de los clásicos, el hegelianismo de Marx,

etc. Schumpeter, en cambio, acepta como "noción positiva" la teoría económica que se presenta con ropajes exteriores manifestamente metafísicos. Veamos un ejemplo. El concepto de capital de los fisiócratas es recogido por Schumpeter e incluido en la categoría general de *avances* (como una parte del producto social de períodos económicos precedentes que alimenta la producción en el período económico en curso) independientemente de sus finalidades en el "orden natural" de la sociedad (y en la sociedad feudal francesa) y en el orden de la Creación y de la Providencia. Schumpeter ni sospecha que la "metafísica" pueda anidarse, y concretamente se anida, en el mismo concepto "positivo y metafísicamente depurado" de los fisiócratas. Es por ello que acepta en parte la concepción del capital de su maestro Böhm-Bawerk simplemente porque está privada de connotaciones "metafísicas" manifiestas, mientras que, en realidad, tal concepción es la quintaesencia de la "metafísica burguesa", como se verá más adelante. En otros términos, Schumpeter no nos da ningún criterio lógico interior para distinguir la "metafísica de la economía", es decir, las teorías económicas aprioristas, de la realidad positiva; no nos ofrece ningún criterio para criticar y refutar lo "metafísico" e iluminar en la historia de las doctrinas (o teorizar en la obra del economista) el elemento histórico-concreto.

En Schumpeter, por lo tanto, sólo está presente en parte la exigencia abstracta de un método lógico "a-metafísico" y en parte la necesidad de una teoría económica positiva; tales exigencias están mal planteadas y peor resueltas por la escuela weberiana y readquirieron fuerzas, una vez planteadas de manera más moderna, sólo a través de la nueva vida que les imprimiera casualmente una mente fértil como la de Schumpeter. *Pero tales exigencias planteadas correctamente por Marx desde los años 1847-1859, fueron satisfechas por él sea como crítica de la "metafísica de la economía política" que como canon para la edificación de una economía científica.* Y es interesante anotar que el método crítico y positivo de Marx corresponde a una exigencia tan fundamental que no puede dejar de ser replanteada aunque en forma abstracta, por Schumpeter, o sea, por uno de los más convictos teóricos del imperialismo.

3. Creemos que la amplia introducción al tratamiento del método marxiano de la economía nos permite afrontar mejor nuestro

tema. Hemos demostrado, en efecto, cuán profundas son las exigencias históricas que satisface dicho método y cómo, por haber sido ignorado e incomprendido, debe ser rastreado aún hoy por caminos indirectos y falaces. Preguntémonos ahora directamente qué es lo que diferencia el método de Marx, el método de la *Crítica de la economía política* y de *El capital*, del método de los más grandes economistas, por ejemplo, de un Adam Smith o de un David Ricardo. ¿En qué consiste esencialmente el método marxiano en la investigación económica? ¿Se trata de una aplicación subvertida del método dialéctico hegeliano? ¿Se trata de una variante de la escuela histórica o de un método sociológico particular? ¿Se trata del llamado método "objetivo" o de un método "realista"?

La mejor manera de dar una primera respuesta a estos candentes interrogantes es releer lo escrito por Marx en 1875 en el Postfacio a la segunda edición de *El capital*. Como es sabido, Marx se lamenta de "que el método aplicado en *El capital* no ha sido comprendido": hay quien considera que Marx trata "los problemas económicos metafísicamente" (la *Revue Positive* de París); otros hacen corresponder el método de Marx al "método deductivo de toda la escuela inglesa" (el famoso profesor Sieber de la Universidad de Kiev); algunos gritan contra la sofística hegeliana (los censores alemanes); otro distingue entre método de investigación (rigurosamente realista) y método de exposición (desgraciadamente dialéctico-alemán: es el famoso comentador ruso de mayo de 1872 en el *Wiestnik Ievropi*). Es sabido que en ese mismo Postfacio Marx acepta la exposición del método hecha por el comentador ruso ("que ha expuesto mi verdadero método de una manera tan acertada y tan benévola") y califica al método así iluminado como un "método dialéctico". Sin embargo, distingue entre método de exposición y método de investigación, y escribe la famosa declaración por la cual su método "no sólo es fundamentalmente distinto del método de Hegel, sino que es, en todo y por todo, la antítesis de él", agregando la confesión de que "hasta llegué a coquetear" con Hegel. Estas son las afirmaciones que nos servirán de premisas. Por ahora nos interesa subrayar la segunda frase de Marx: "Hace cerca de treinta años... tuve ya ocasión de criticar todo lo que había de mistificación en la dialéctica hegeliana". Esta declaración nos remite evidentemente a los textos escritos entre 1843 y 1857: *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, 1841-1843; *Introducción (Einleitung)* de 1857 a la *Contribución a la crítica de la economía política*, 1859. Y Marx agrega: "La dia-

lética *mistificada* llegó a ponerse de moda en Alemania, porque parecía transfigurar lo existente. Reducida a su *forma racional*, provoca la cólera y es el azote de la burguesía..." (el subrayado es nuestro).

Detengámonos en la distinción entre "dialéctica mistificada" y "dialéctica racional" (que corresponde a la otra entre "dialéctica especulativa" y "dialéctica racional o científica"). En esta primera parte nos ocuparemos exclusivamente de la crítica marxiana a la "dialéctica especulativa", o lo que es igual, de la crítica marxiana a la "metafísica de la economía política". Nos dedicaremos por ello al aspecto negativo o crítico del método marxiano, reservando para la segunda parte el examen del aspecto positivo o constructivo (la "dialéctica racional o científica").

No queremos considerar este aspecto crítico del método de Marx en su estructura lógica abstracta. Trataremos de extraerlo de la estructura misma de *El capital* y no mediante uno o muchos ejemplos más o menos exhaustivos, que podrían ser casos aislados o esporádicos en los que Marx retornara a sus concepciones juveniles y se encargara más o menos explícitamente de su aplicación, o en los que Marx "coqueteara" con sus obras metodológicas juveniles. Deseamos detenernos, en cambio, en aquella teoría esencial de *El capital* que, debido a la unidad que recorre toda la obra, implica la consideración de conjunto de la estructura lógica de la investigación marxiana. Pero antes de seguir adelante es preciso advertir que las indicaciones metodológicas de Marx en *El capital* raramente son explícitas (en algún caso la indicación será citada extrayéndola de otros textos). El método de *El capital* está completamente fundido con la investigación; la misma estructura lógica de la investigación sólo puede ser extraída mediante el "análisis lógico" del trabajo realizado por Marx. Y podemos afirmar que el método de *El capital* no es en manera alguna una aplicación mecánica de los "principios juveniles" de Marx a sus obras maduras. Los trabajos juveniles no maduraron en vano en su mente antes de que mediante la ayuda de todas sus experiencias se formara la gran síntesis de *El capital*.

Dijimos que queríamos explicitar el método crítico marxiano refiriéndonos a una teoría esencial de *El capital*. Consideraremos por lo tanto la crítica marxiana a la "metafísica de la economía política" refiriéndonos a un economista cuyas teorías divergen mucho de la "economía positiva" de *El capital*: Adam Smith. La contradicción

entre éste último y Marx es mucho más aguda que con respecto a Ricardo, con el cual, según Marx, “la ciencia económica burguesa había alcanzado su límite insuperable”. Con Smith se da la transición del mundo feudal al mundo burgués moderno, del capitalismo mercantil al industrial. En Adam Smith las teorías están esencialmente “en devenir”, lo que explica que sean mayores y hasta evidentes sus contradicciones internas. Consideraremos por lo tanto la teoría smithiana del capital (refiriéndonos sobre todo al Libro II de *El capital*, allí donde Marx contrapone su propia concepción histórico-social del capital constante y del capital variable a las concepciones particulares de Smith sobre el capital fijo y circulante; pero también al Libro IV). Naturalmente, deberemos restringir el examen de la teoría smithiana del capital a uno de sus aspectos esenciales, a la concepción general de capital y a la extensión de tal concepción de la esfera de la vida económica privada a la de la economía social.

4. Abramos *La riqueza de las naciones*.⁴ En ella Adam Smith considera al capital como una parte del *stock* general de la riqueza (reserva o fondo general de riqueza), parte destinada a procurar un ingreso (*revenue*) a su propietario y que es utilizada concretamente para poner en funcionamiento el trabajo productivo, es decir, el trabajo que reintegrará las anticipaciones iniciales dejando al “propietario” un *surplus*. El capital es para Smith la parte del *stock* destinada a dar un ingreso, mientras que la otra parte es destinada al consumo inmediato.

Tal es el núcleo de la famosa teoría smithiana del capital que puede ser delineada como la resultante de dos elementos que contribuyeron a configurarla: por un lado, la exacta comprensión, de parte de Smith, de las fuerzas elementales que presidieron el desarrollo histórico-económico de Inglaterra —y por lo tanto, del “capital industrial” contrapuesto tanto al “capital mercantil”, que vivía del privilegio del monopolio mercantilista, como el carácter inmovilista

4. K. MARX, *El capital*, II, Cap. X, p. 169 ss.; *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, IV, p. 135 ss.

5. Para el análisis del concepto de capital en Adam Smith cf. sobre todo el libro II de *La riqueza de las naciones*, cap. I-III. [En la edición Aguilar, pp. 241-305].

y usurpador de la propiedad fundiaria—; por el otro lado, los presupuestos de la filosofía social smithiana, el naturalismo filosófico, el orden natural, la armonía de los intereses individuales y sociales, etc. Pero si dos son las determinantes de la teoría smithiana del capital (como de muchos otros elementos de las teorías económicas de Smith), se puede decir que sus resultados aún válidos, desde el punto de vista de la historia de las doctrinas económicas, corresponden a la exacta teorización de la realidad histórica del capitalismo inglés de los siglos XVII y XVIII y, por el contrario, al abandono de la arquitectura metafísica del filósofo escocés.

En realidad, Smith trata primeramente del capital en el marco de la concepción fundamental que inspira su filosofía: el “orden natural”, y tiende a representarse el nacimiento del capital (es decir, la acumulación) como surgiendo de un “estado primitivo y bárbaro de la sociedad” [*early and rude state of society*] en el cual un anónimo *man* acumula hasta que se encuentra casualmente con un *labouring poor* y lo hace trabajar. Pero Smith no está todo aquí, como es natural, y su teoría del capital no se agota en esta insípida robinsonada. Smith sabe muy bien que el capital es *stock* acumulado que pone en movimiento al trabajo productivo (vale decir, el trabajo, que rinde un *surplus*, el *labouring poor*). En otros términos, que el “capital” es el capital industrial que comenzaba a expandirse en la Inglaterra de la época. Por otra parte, la industria no estaba todavía tan desarrollada ni los conflictos de clase tan agudizados, como para hacer prevalecer —como ocurre inmediatamente después con la “economía vulgar”— en *La riqueza de las naciones* la arquitectura metafísica sobre el análisis positivo. Nada de eso. Adam Smith intenta simplemente encerrar la génesis histórica y real y el desarrollo del capital (industrial) en el marco ideal de su tradición filosófica, es decir, en el marco de su siglo y de su clase a quien de este modo ennoblece, movilizandolos los stocks de las factorías y transformándolos en “stocks naturales” y por lo tanto derivados del “orden natural”. Pero ocurre que a cada momento la realidad capitalista de la sociedad burguesa se trasvasa del marco smithiano y entonces los datos histórico-problemáticos de Smith, malamente asumidos o trascendidos en la “metafísica”, vuelven a presentárseles desnudos y crudos y Smith debe enfrentarlos de alguna manera, rompiendo los marcos preestablecidos. Y he aquí que el *stock* deviene para Smith *capital* (capital monetario), o sea el ca-

pital del capitalista, y aparece su teoría científica fundamental del trabajo productivo.⁶

Pero el significado íntimo de las vicisitudes de un Smith, que oscila entre la "metafísica de la economía política" y la economía científica, no constituye una novedad para los lectores atentos de la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, de la *Miseria de la filosofía* y de las recientes obras de Galvano Della Volpe.⁷ Es simplemente la historia de un pensamiento que trasciende sus datos problemáticos mediante la llamada "interpolación metafísica" y que, en consecuencia, concluye enfrentándose a sus problemas iniciales. Vuelve a encontrarse en un punto crítico en el cual el pensamiento trasciende nuevamente y afronta el problema en el terreno de la realidad mediante el instrumento de la "dialéctica científica". Lo que hemos descripto no es más que un episodio de la larga historia de la fenomenología del error que Marx analizó en obras ya conocidas. Y es bastante fácil rastrear en el proceso de la investigación smithiana, el afanoso desenvolverse y contradecirse de la dialéctica "especulativa" o "metafísica" y, por consiguiente, mistificada. Salta a los ojos cómo la hipóstasis smithiana del "orden natural" y del "estado primitivo y bárbaro de la sociedad" en los que se efectiviza aquel orden (que es en realidad el orden histórico-burgués, disfrazado de orden natural) viene interpolado (la llamada "interpolación metafísica") cual inmutable ley natural de aquella sociedad abstracta. Y se vuelve evidente la llamada "tautología real" mediante la cual el dato problemático originario retorna no mediado (no teorizado) y se desanudan esos discursos confusos, tan caros a la economía burguesa, en los que las abstracciones más severas (matemáticas o no) se mezclan a los densos personajes de la sociedad capitalista, quienes luego de la fracasada alegoría metafísica concluyen siempre por aparecer bajo su verdadero aspecto.

Hagamos notar, sin embargo, que el destino de Smith como "metafísico" es aquí mucho mejor que el de Hegel en la *Crítica de la*

6. Cf. la crítica y la reconstrucción marxiana de tal teoría en K. MARX, *Historia crítica de la teoría de la pluvialia*, op. cit., pp. 135-224.

7. GALVANO DELLA VOLPE, *Logica come scienza positiva*, Messina-Firenze, Casa Editrice D'Anna, 1956, especialmente de p. 185, ss.; *La struttura logica della legge economica nel marxismo*, tres lecciones dictadas en el Instituto Gramsci en 1954-55 y publicadas por el mismo Instituto; [cf. también "Para una metodología materialista de la economía y de las disciplinas morales", en Rousseau y Marx, Edit. Platina, Buenos Aires, 1963, pp. 97-139. N. del T.].

filosofía del Estado o el del Proudhon de *Filosofía de la miseria*. En Smith la arquitectura metafísica no sofoca totalmente la investigación positiva, es decir, la abstracción histórico-específica; un ejemplo de ello es la genuina teoría smithiana del trabajo productivo vinculada estrechamente a los aspectos puramente genuinos de su teoría del capital. *De allí que, y esto sea dicho no por azar, el método crítico marxiano no deba ser presentado mediante un rechazo prejuicioso de toda la "economía burguesa", sino como un profundo y metódico trabajo crítico que rechaza las estructuras viciosas del razonamiento apriorista, pero que al mismo tiempo esclarece cuanto encierra de científicamente positivo la misma economía clásica* (y esto es lo que hizo Marx en Relación a Smith y a Ricardo).

Obsérvese además cómo la crítica marxiana de la dialéctica especulativa no se limitó al "derecho público" de Hegel o a la filosofía hegeliana en general. Ella es una crítica general del razonamiento apriorista y, como tal, golpea tanto a la idea hegeliana (cuyo desarrollo lógico se sustituye a la realidad positiva del derecho) como a las vacuas *idées* de Proudhon (para quien la "metafísica de la economía política" se sustituye a la economía positiva), no menos que las arquitecturas metafísicas de la economía clásica (el orden natural de la vida económica, la armonía de los intereses, etc.). Es igualmente la crítica *in nuce* de la estructura matemático-formalista y de las "interpolaciones" de todo tipo de la economía burguesa contemporánea. Y que no se diga que el "análisis lógico" de los instrumentos crítico-metodológicos de *El capital*, del cual esbozamos aquí sus elementos más importantes, no es más que una extensión arbitraria al Marx maduro de escritos juveniles por él ya superados y olvidados. Contra este prejuicio vale la declaración ya citada de Marx en el Postfacio a la segunda edición de *El capital*. Y vale también cuanto escribe respecto al método de Marx el historiador de las doctrinas económicas Eric Roll: "Este método está expuesto en la *Introducción a la crítica de la economía política*, y sin su conocimiento es difícil comprender el análisis subsiguiente en *El capital*".⁸

5. Hasta ahora hemos expuesto de una manera sucinta la teoría smithiana del capital señalando sus estructuras viciosas no menos

8. ERIC ROLL, *Historia del pensamiento económico*, F.C.E., México, 1958, p 237.

que sus costados positivos, y confiando para su comprensión en la preparación de los lectores tanto en lo que respecta al conocimiento de *La riqueza de las naciones*, como al de los escritos juveniles de Marx. Trataremos ahora de poner en evidencia, de un modo más "técnico", lo que puede ser considerado como el máximo error de Smith en la teoría del capital y que aparece a plena luz gracias a la aplicación de la metodología crítica marxiana. Nos referimos al "salto" injustificado de la concepción económico-privatista del capital a aquella económico-social, "salto" pleno de gravosas consecuencias para la teoría smithiana del valor y de los precios y que constituye un verdadero "pecado original" para la economía post-smithiana ya que economistas como Alfred Marshall y Eugenio Böhm-Bawerk lo repitieron exactamente sin tener la justificación histórica que tuvo en su tiempo el economista escocés.

Adam Smith sobrevive aún como teórico del capital porque incluyó el concepto de capital en la esfera económico-privada concreta del capitalismo. Lo hizo partiendo de la utópica economía del *man* indiferenciado, elevándose de ella a los distintos oficios artesanales y deteniéndose finalmente en la economía capitalista de su época. En otros términos, Smith se vio obligado con frecuencia a tener en cuenta los "vacíos" de su misma metafísica y tocar el terreno "real", como cuando define al capital como la parte del *stock privado* que está destinada a dar un ingreso mediante un empleo de trabajo productivo (es decir, de trabajo asalariado que permite un *surplus* al empresario-capitalista).

Pero no menos característica e importante —no por el aporte teórico genuino, sino por sus consecuencias nefastas en el campo doctrinal— fue la extensión smithiana del concepto de capital de la situación del individuo o de grupos de individuos (que caracterizan una economía fundada en la apropiación privada de la ganancia) a toda la llamada "economía nacional o social", esto es, la economía de la *country* o *society*. De este modo el *stock* particular del capitalista se transformaba en "*general stock*" y su partición daba origen al "*capital*" entendido en sentido social y referido, por lo tanto, a la "*country or society*". Escribe Smith, al respecto, que "el caudal [*stock*] general de un país o de una sociedad es el mismo que el que poseen todos sus habitantes o miembros". Smith pasa sin vacilaciones, y sin calificarlas, de la esfera económico-privada a la económico-social, o, como veremos luego, de lo concreto-histórico a

lo abstracto-indeterminado. ¿Pero qué sociedad tiene frente a sí cuando se refiere a la "*country or society*" en general?

La sociedad de Smith no es más que la yuxtaposición de las distintas economías individuales ligadas y articuladas por el mercado. Como el "*general stock*" de toda "*country or society*" es el mismo que el de todos sus miembros, así, la misma "*country or society*" es la suma de las pequeñas y parciales sociedades con las que operan sus miembros. Y a tal sociedad se le atribuye un "*general stock*" que repartiéndose en "bienes de consumo inmediato" y en "bienes de ingreso" da como resultado el "*general capital*". Esta general "*country or society*" viene a ocupar el puesto del "sujeto de la economía" que conocíamos hasta ahora, sustituyendo por lo tanto al "*man*" del estadio social primitivo y paulatinamente a las figuras de los artesanos y de los capitalistas empresarios que aparecen sucesivamente en las páginas de Smith. Este nuevo sujeto económico reparte los bienes entre el consumo inmediato y la adquisición de otros bienes, es decir, realiza la inversión en "bienes de ingreso" o de entrada —*revenue*— o de ganancia. Las cualidades diferenciales de un "bien de consumo" y de un "bien de ingreso" no derivan en Smith de las características técnico-merceológicas de los bienes sino únicamente de su destino.

A esta altura desaparece la objeción más seria contra la extensión smithiana del concepto económico-privado del capital a la esfera social. En efecto, una sociedad como la esbozada por Smith no existe. Tal sociedad no es más que la yuxtaposición de las economías individuales (capitalistas individuales o asociados); es una especie de gran individuo dotado de una voluntad y de órganos administrativos aptos para realizar la distribución del *stock* entre "bienes de consumo" y "bienes de capital", es decir, para "planificar" la producción y los consumos. En resumen, Smith no hace más que hipostasiar su concepción de una sociedad armónica en la que los intereses individuales y colectivos se coordinan espontáneamente.

Pero tal sociedad ideal, considerada como un todo, no podría procurarse una entrada para su capital sino a través de la "producción social". Si dicha sociedad coincidiera con un sólo país podría intentar —no sólo marginalmente— asegurarse una entrada (*revenue*) o una *ganancia* dando en locación a otras sociedades parte del capital propio. Si esta sociedad englobara en cambio a toda la sociedad en abstracto (conforme al cosmopolitismo de la filosofía social smithiana) debería contar únicamente con sus fuerzas productivas propias.

En otros términos, para esta “sociedad como un todo” los medios de adquisición de una ganancia (los bienes capitales) se identificarían con los de la producción y la categoría de los capitales se restringiría a estos últimos bienes. Los medios de adquisición “no productivos” de los individuos —vg. casas-habitaciones dadas en locación para procurarse una entrada— desaparecerían en esta sociedad, así como desaparecerían, por definición, los capitalistas privados. En la teoría smithiana del “capital social” es abandonado el carácter de capital de los llamados “bienes anfibios”: casas-habitaciones dadas en locación, mobiliarios alquilados, etc. De tal manera, junto a la concepción de un *stock* privado de bienes de ingreso, llamado más tarde “capital lucrativo”, de un *stock* que puede obtener un ingreso ya sea a través de la producción como del alquiler de bienes, lo cual implica la consideración de las diferentes técnicas de adquisición de la ganancia y de las distintas fases del capitalismo, surge la concepción de un capital en el verdadero sentido smithiano de la palabra constituido únicamente por los bienes de producción (Smith lo llamará más tarde, “capital de la economía nacional o de la economía social” o también, “capital productivo”). El “capital social” de Smith corresponde así a un *stock* productivo acumulado que se encuentra a disposición de la hipotética “sociedad como un todo” y es destinado por tal sociedad a la obtención de una entrada. Frente a este *stock* productivo es preciso subrayar, aún desde el punto de vista metodológico, cómo el concepto de “capital social” queda privado de un sujeto definido (que con su concepción del capital privado Smith había circunscripito históricamente al capitalista) y es proyectado a una sociedad imaginaria, mera hipóstasis de la filosofía social smithiana.

En este procedimiento utilizado por Smith es evidente, como ya lo advertimos, el “salto” injustificado de la concepción del capital económico-privado (lucrativo) a la del capital económico-social (productivo). Recién ahora estamos en condiciones de medir la distancia que separa la realidad histórico-social del capital de la hipóstasis “social” de la que se sirve Smith. *En la realidad no se conoce otra cosa que el capital económico-privado dirigido a la obtención de una entrada o de una ganancia, obtenidas sobre todo mediante el cambio, en las formas precapitalistas —profit upon alienation—, y preferentemente mediante la producción, en aquellas capitalistas. Y este capital económico-privado es el “capital”. Querer luego sumar estos “capitales” para obtener un “agregado” (como se dice hoy),*

puede tener un sentido, especialmente desde el punto de vista estadístico y econométrico (y Smith fue influenciado en este sentido por las “artiméticas políticas”). Pero atribuir tal “agregado” a un sujeto económico real es absurdo. Tal como ya se ha dicho, una sociedad “como un todo” no existe en la realidad histórica del ordenamiento capitalista.⁹

De todas maneras, el “salto” de Smith es riquísimo en consecuencias en la teoría del capital y, en general, en la historia de las doctrinas económicas; tan rico que es imposible dar una idea en los límites impuestos a este trabajo. A modo de esclarecimiento, valga una mención sintética:

a) El “salto” smithiano ha sido repetido exactamente en la historia de las doctrinas económicas por Böhm-Bawerk, con su pasaje del concepto de *Erwerbskapital* (capital lucrativo en sentido económico-privado) al de *Produktivkapital* (capital lucrativo en sentido económico-social), y por Alfred Marshall, con el pasaje del *trade capital* (capital lucrativo) al *social capital* (capital productivo). Es por ello que hemos denominado al “salto” smithiano, el pecado original de la teoría del capital. Naturalmente, aquí señalamos sólo las consecuencias doctrinales inmediatas de la concepción de Smith entre sus epígonos más importantes. No nos referimos en cambio a la moderna “teoría pura del capital” de Von Hayek, por ejemplo, que perdió hasta la conciencia crítica de las dificultades inherentes al “salto”, que tenía vigencia aún en Böhm-Bawerk y en Marshall.

b) La concepción económica privada del capital de Adam Smith, pone en evidencia en el capital la fuerza social propulsora (que se alimenta del trabajo productivo y que da un *surplus* al capitalista-

9. Debe advertirse que la sociedad económica marxiana en la que se desenvuelve el *Produktionprozess* es unidad de empresas capitalistas individuales (que constituyen la realidad del mercado), mientras que el *Gesamtprozess* es solamente crítico y descriptivo: es una representación realista del proceso productivo de conjunto de la sociedad capitalista, construida como concepción científica y no introducida como hipóstasis. La sociedad capitalista es vista por Marx en sus estructuras y en sus conexiones justamente porque es considerada desde un punto de vista crítico superior a ella (es decir, desde el correspondiente al orden socialista) y porque es proyectada en el ciclo histórico del desarrollo social de conjunto.

empresario). El capital es tal para Smith porque, dada una estructura social, pone en movimiento el trabajo productivo que sustancia el valor.

El “capital social”, por el contrario, ocupa su lugar en la tríada escolástica de los factores de la producción (junto al trabajo y a la tierra).

c) La concepción económica privada del capital, que alimenta el trabajo, es coherente con la teoría smithiana del valor-trabajo (siempre en los límites en los que Smith la considera válida, o sea, en el estadio precapitalista de la sociedad). La teoría del “capital social”, por el contrario, factor de la producción entre los demás factores, abre el camino a la concepción también smithiana del valor como costo de producción y, por consiguiente, a la teoría (capitalista y contable) de los precios, teoría en la que los distintos factores —capital, trabajo, tierra— concurren al valor con sus respectivos ingresos: ganancia, renta y salario.¹⁰

En otros términos, la teoría smithiana del “capital social” dejó a los economistas en la histórica encrucijada entre la teoría del valor-trabajo y la teoría del costo de producción. En esta encrucijada se detuvo largamente Ricardo, quien logró encontrar, a costa de vacilaciones y contradicciones, el camino justo.

6. Hemos expuesto con cierta amplitud un aspecto de la teoría smithiana del capital —que tiene una gran importancia en el desarrollo posterior del pensamiento económico— poniendo de relieve ya sean las posiciones histórico-concretas adoptadas por Smith, como sus contradicciones derivadas de la intrusión de la “metafísica”. En tal reconstrucción de un aspecto fundamental de la teoría smithiana del capital hemos encontrado una mezcla de elementos que el “análisis lógico” nos permitió, en cierto modo, mantener separados:

a) *Datos empíricos problemáticos* (suministrados por la sociedad capitalista-industrial que surgía en la Inglaterra del siglo XVIII) que Smith adopta *históricamente* y mediatiza a través del razonamiento económico. De allí deriva su concepción fundamental

10. K. MARX, *El capital*, II, cap. XIX, p. 330.

del capital económico-privado como medio para activar el trabajo productivo o trabajo que da un *surplus* al empresario-capitalista.

b) *Elementos abstractamente especulativos*, fruto de las hipótesis smithianas (tal el concepto de un "capital social" o capital de la "sociedad como un todo").

c) *Elementos empíricos*, trascendidos en los esquemas metafísicos smithianos y desaparecidos como tales, en su fuerza y en su necesidad de sustancia histórica, *pero retornando como datos problemáticos no mediatizados*. Este es el caso de la realidad histórico-capitalista del capital privado que vive absorbiendo el trabajo productivo y que no puede ser suprimida de ninguna manera por el peso de la arquitectura metafísica smithiana. Y se puede observar entonces cómo los problemas que la genuina concepción histórico-concreta de Smith había permitido hasta cierto punto resolver (valor-trabajo; capital económico-privado como fuerza dinámica originaria de la producción capitalista; teoría de la renta como deducción de la ganancia, etc) se representan en *La riqueza de las naciones* bajo el disfraz metafísico del "capital social" y abren el camino a las soluciones erróneas de Smith: la teoría del valor-costo de producción; teoría de los tres factores de la producción social, etc. Estas soluciones erróneas no se presentan, sin embargo, como afirmaciones de contornos bien definidos, sino solamente como teorías ambiguas, siempre mezcladas con las genuinas, envueltas en un contexto de aporías y contradicciones. Y de allí deriva el conocido carácter ambiguo de *La riqueza de las naciones* con sus múltiples teorías del valor, del salario, de la renta y de las ganancias.

7. Veamos ahora los interrogantes metodológicos fundamentales sin los cuales (y sin sus respuestas) no tendría validez alguna la exposición que hemos hecho. ¿Cómo fue posible plantear una crítica de este tipo a la teoría del capital de Smith? En otros términos, ¿cómo fue posible plantear la teoría del capital de Smith bajo esta luz? ¿Y cómo fue posible separar los elementos empíricos inmediatos y mediatos y poner en evidencia la superposición cada vez mayor de la interpolación metafísica en el análisis histórico-concreto o científico-determinado?

Con estos interrogantes nos remitimos una vez más a la problemática de la "metafísica de la economía" y de la "economía posi-

tiva", analizada precedentemente partiendo de las exigencias generales y abstractas planteadas por Joseph Schumpeter, para llegar a las soluciones concretas aportadas por Karl Marx. Si se recorre nuevamente la crítica a la teoría smithiana del capital teniendo presente las obras metodológicas de Marx, desde la *Crítica a la filosofía del Estado de Hegel*, a la *Miseria de la filosofía* y a la *Einführung* de 1857, y la sistematización e interpretación ofrecida por Galvano Della Volpe, se volverá clara esta crítica a Smith y se llenarán de vida concreta los esquemas metodológicos generales de los filósofos.

¿Cuál es, en efecto, el "pecado original" de Smith como no sea el dogmatismo o apriorismo que infecta tan frecuentemente, y en casos fundamentales, las construcciones del economista escocés? Repitamos: he aquí el dato problemático de Smith, el "capital", la nueva fuerza que agita y plasma la sociedad de su tiempo; seguramente teorizado a veces en su realidad histórico-concreta (y de allí la tantas veces citada concepción del capital económico-privada). He aquí este núcleo esencial en el nuevo mundo histórico, este "sujeto" del nuevo mundo económico, trascendido en lo universal o como concepto genérico, que en este caso viene a ser la "sociedad como un todo", la sociedad smithiana del orden natural, la metafísica smithiana o teoría apriorista de los hechos económicos (la hermosa teoría de la "armonía social" que confería dignidad, decoro y tranquilidad a aquella masa de comerciantes-empresarios, de manufactureros y de *adventurers* que constituía la sociedad inglesa de los siglos XVII y XVIII). La "sociedad natural" es hipostasiada o sustantivada por Smith, convirtiéndose de tal manera en el nuevo sujeto lógico del juicio económico. Esa hipóstasis sustituye al sujeto real (en este caso, al real capital económico-privado de la empresa capitalista). En el cuadro de la "sociedad como un todo", Adam Smith trasciende el sujeto real de la vida económica capitalista en su particularidad histórica o en su especificidad, pero con esto no logra suprimirlo. Antes bien, este sujeto se transparenta siempre a través de la uniforme luz "metafísica" en la que estuvo sumergido, se transparenta no más como un dato genuino o un sujeto real, sino como un mero símbolo o una alegoría del concepto genérico (el genérico y arbitrario "capital social" que intenta absorber el capital económico-privado real). Pero como una alegoría que no puede seguir siéndolo, como un problema que exige ser resuelto. Y de tal manera se presente la famosa tautología denunciada por Marx,

por la cual lo empírico, no mediado ni resuelto, retorna y hace *piétiner sur place* a la investigación científica.

A esta altura nos parece que ha quedado suficientemente esclarecido, en su complicado proceso, el análisis marxiano de la estructura viciosa del razonamiento económico dialéctico-especulativo de la ciencia económica apriorista. El "método crítico" de *El capital* consiste finalmente en este análisis: es un método por el cual la concepción mercantilista-clásica del capital (teorizada con exactitud en algunos aspectos, como es el caso de Smith y de Ricardo, pero siendo la mayoría de las veces esencialmente apriorista) es sustituida por Marx por la concepción del capital, en todas sus múltiples implicancias, como una relación que depende de una cierta base estructural capitalista. (Esto explica que un instrumento productivo, vg. un arado, no pueda ser jamás un capital por sí mismo, sólo lo es en cuanto reflejo de dichas relaciones sociales).

Sin embargo, este método crítico no constituye más que uno de los dos aspectos —indisolubles desde el punto de vista lógico, pero separables por necesidades didácticas— de la metodología de Marx. Queda por examinar el método positivo de *El capital*, pasando de la crítica de la "dialéctica" a la "dialéctica científica".

II

"EL CAPITAL" COMO DIALECTICA CIENTIFICA Y POSITIVA

1. Si quisiéramos hacer un rastreo de las opiniones corrientes sobre la naturaleza de la "dialéctica científica", deberíamos prepararnos para un fatigoso *excursus* en la historia de las interpretaciones de Marx. Para no renunciar a algún punto inicial de orientación, limitémonos a mencionar el pensamiento de Schumpeter y de Roll, es decir, de dos estudiosos colocados en las antípodas en cuanto a los planteos de la investigación científica y a los presupuestos sociales y políticos.

Schumpeter habla de la obra constructiva de Marx como de una *histoire raisonnée*. "Marx fue el primer economista de rango superior, que vio y enseñó, sistemáticamente, cómo la teoría económica puede convertirse en un análisis histórico y cómo la narra-

ción histórica puede convertirse en *histoire raisonnée*"¹¹. Esto, como es natural, quiere decir mucho o poco, según sean los puntos de vista. El pensamiento científico de *El capital* puede ser *histoire raisonnée* como puede serlo una obra iluminista o el planteo programático de la escuela histórica de la economía, o también el pensamiento científico de los estudios sobre el capitalismo de Werner Sombart. La expresión *histoire raisonnée* puede así resumir felizmente una demostración, pero es evidente que no puede sustituir la propia demostración. Esto significa que Schumpeter no puso de relieve la naturaleza específica de la *histoire raisonnée* de Marx frente a todas aquellas otras historias que se puedan recordar y analizar.¹²

Pero veamos lo que afirma el marxista Roll. Subrayando la importancia de la *Einleitung* de 1857 a la *Contribución a la crítica*

11. "Pero Marx ha logrado efectivamente una cosa de importancia fundamental para la metodología de la economía. Los economistas siempre han utilizado o bien el trabajo histórico económico realizado por ellos mismos o bien el trabajo histórico de los demás. Pero los hechos de la historia económica se relegaban a un compartimento separado. Si entraban en la teoría era, simplemente, desempeñando el papel de ilustraciones o posiblemente el de verificación de las conclusiones. Se mezclaban con ella sólo mecánicamente. Ahora bien: la mezcla de Marx es una mezcla química, es decir, que él introdujo los datos históricos en el mismo razonamiento del que deriva sus conclusiones. Fue el primer economista de rango superior que vio y enseñó, sistemáticamente, cómo la teoría económica puede convertirse en análisis histórico y cómo la narración histórica puede convertirse en *histoire raisonnée*". Cf. J. SCHUMPETER, *Capitalismo, socialismo, democracia*, Aguilar, Madrid, 1963, pp. 73-74. Cf. también su punto de vista anterior en *Business Cycles*: "Ya que tratamos de comprender el cambio económico en el tiempo histórico, exageramos poco diciendo que la última finalidad es simplemente una historia razonada (o sea clarificada conceptualmente) no sólo de las crisis, de los ciclos o de las fluctuaciones, sino del proceso económico en todos sus aspectos, proceso al cual la teoría económica ofrece sólo instrumentos y esquemas y estadísticas. Es evidente que solamente un conocimiento histórico detallado puede dar respuesta definitiva a muchos problemas del mecanismo social y de las relaciones interindividuales y que sin ella el estudio de las series temporales permanece inconcluso y el mismo análisis teórico resulta vacío". *Business Cycles*, Mc Graw-Hill Book Company, Inc. New York-London, 1939, I, cap. VI, *Historical Outlines*, p. 220.

12. Cf. *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, donde Schumpeter no excluye que Marx haya inspirado e influenciado la escuela histórica de economía y en especial a Schmoller, pero donde subraya también que tanto Marx como Schmoller racionalizaron y analizaron la historia. Schumpeter, por consiguiente, no encara el punto fundamental: la diferencia específica de los métodos.

de la economía política (1859), Roll caracteriza al método marxiano de la siguiente manera: "Marx no sólo procura constantemente relacionar los conceptos económicos elementales, tales como los del valor, trabajo, dinero, etc. con las condiciones de la producción capitalista, sino que también sigue el proceso histórico que ha conducido al capitalismo moderno, y muestra las formas de existencia anteriores más primitivas de esos conceptos económicos. Este método hace a *El capital* muy diferente de la mayoría de los tratados de economía que siguieron al de Ricardo". Y agrega: "Puede encontrarse cierta semejanza con este método en otras obras anteriores: *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith; los *Principios*, de Steuart y los *Principios* de Marshall. Todas ellas son intentos de combinar la teoría económica, la historia de la economía y la historia de las doctrinas económicas. Pero se trata de analogías meramente formales".¹³

Por consiguiente, Roll no hace más que poner en evidencia el "esfuerzo" realizado por Marx para "relacionar los conceptos económicos elementales... con las condiciones de la producción capitalista"; pero lo que Roll no especifica —aunque sea éste el punto delicado y verdaderamente interesante de toda la cuestión— es el modo particular con el que Marx, precisamente en la *Einleitung*, "relaciona" tales conceptos.

Por otra parte, Eric Roll en su *Historia de las doctrinas económicas* no utiliza suficientemente la metodología de Marx; y no puede hacerlo por cuanto no ha logrado extraer todas sus peculiaridades, ni comprender todos sus refinamientos y su infinita riqueza en resultados. No intenta esclarecer las "analogías formales" que menciona, ni poner en evidencia las diferencias sustanciales que caracterizan las obras que compara con *El capital*: *La riqueza de las naciones* y los *Principios* de Steuart y de Marshall. Falta, en una palabra, la caracterización de los otros tratamientos. Y como ocurre con frecuencia, el problema es ofrecido como solución.

¿Pero cómo lograr esas caracterizaciones específicas? ¿Cómo justificarnos luego de una crítica tan severa a Roll? No por cierto repitiendo los principios generales de lógica extraídos de los textos citados en la parte I de nuestro trabajo.¹⁴ Creemos, por el con-

13. ERIC ROLL, *op. cit.* p. 239.

14. KARL MARX, *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel; Miseria de la filosofía; Introducción [Einleitung] de 1857 a Contribución a la crítica de*

trario, que la mejor manera de resolver la cuestión del “método positivo” de Marx es la de esclarecer los presupuestos metodológicos de cualquier teoría fundamental de *El capital*, es decir, de una teoría que por sus interconexiones con la estructura teórica de conjunto de la obra implique la consideración del todo. Y creemos que ninguna teoría como la del valor nos coloca en condiciones de afrontar del modo más abierto posible el problema metodológico. Se trata, indudablemente, de un viejo problema —y esto será remarcado, como es obvio—, ¿pero no habíamos ya señalado y tratado de demostrar que solamente el reexamen crítico de los problemas más antiguos puede permitirnos afrontar en mejores condiciones los problemas nuevos y aún los más recientes?

2. Detengámonos ahora en aquellos cuatro puntos en los que el mismo Marx resumió las objeciones posibles a su teoría del valor-trabajo.¹⁵ Trataremos de demostrar que su correcta superación equivale a revelar la metodología “positiva” marxiana. Según Marx, contra la teoría del valor-trabajo pueden plantearse cuatro clases de objeciones:

a) El trabajo mismo es mercancía y, como tal, debe tener un valor de cambio. Sin embargo, en *El capital* el trabajo es convertido en sustancia y medida del valor. Ahora bien, ¿cómo puede el trabajo tener un valor de cambio?

b) El valor de cambio de un producto equivale al tiempo de trabajo socialmente necesario contenido en él. Pero de tal manera, el valor de cambio de un determinado tiempo de trabajo (vg. una jornada de trabajo) debería equivaler a su producto. En otros términos, el salario del trabajo debería ser igual al producto del trabajo, lo cual, como es evidente, no ocurre.

c) El precio de mercado de las mercancías oscila continuamente. ¿Cómo se concilia este hecho con la teoría del valor-trabajo?

la economía política, 1859; Galvano Della Volpe, *Logica come scienza positiva*, cit.

15. K. MARX, *Zur Kritik der politischen Oekonomie*, Dietz Verlag, Berlin, pp. 44-46. Cf. también ERIC ROLL, *op. cit.*, pp. 245 ss.

d) El trabajo crea y el tiempo de trabajo mide el valor de cambio. ¿Pero cómo se explica que existan mercancías que poseen un valor de cambio y para las cuales no se aplicó ningún trabajo?

Marx afirma haber superado con su doctrina tales objeciones habitualmente dirigidas contra la teoría del valor-trabajo, objeciones que en el pasado habían puesto en peligro a la propia teoría ricardiana. Analizaremos ahora brevemente el contenido y la sustancia metodológica de las respuestas marxianas, ofrecidas en el contexto vivo de *El capital*, y de aquellas otras que la interpretación de Marx sugirió sucesivamente, pero nos detendremos sobre todo en aquellas respuestas que una conciencia metodológica más clara se puede plantear en la actualidad.

3. A la primera objeción responde, como es sabido, la distinción marxiana fundamental entre trabajo y fuerza de trabajo. El trabajo consiste en el desgaste efectivo de energía humana y la fuerza de trabajo en la capacidad de trabajo, es decir, en el conjunto de "aquellas facultades físicas y mentales que existen en un ser humano y que debe poner en funcionamiento toda vez que desee producir valores de uso".

El planteamiento correcto del problema remite por lo tanto al valor de la fuerza de trabajo (cuya expresión monetaria, cuyo precio, es el salario) y no ya al valor del trabajo (lo cual sería, evidentemente, una petición de principio). El valor de la fuerza de trabajo está determinado, según Marx, "por el valor de los artículos de primera necesidad requeridos para producir, desarrollar, mantener y perpetuar la fuerza de trabajo misma". En estos términos, el valor de cambio de la fuerza de trabajo (no del trabajo) se asienta por tanto en la cantidad de trabajo socialmente necesario para la producción de tales "artículos".

Consideremos ahora atentamente las categorías económicas de cuyo enfrentamiento surge la primera objeción: el trabajo y la fuerza de trabajo. El trabajo *aparece* a primera vista como una categoría extremadamente general, simple y antigua. Aparece precisamente como "trabajo en general". La segunda (la fuerza de trabajo) aparece como una categoría específica e histórica, tan moderna como moderno es el sistema capitalista, en el cual se presenta en toda su pureza.

Habíamos dicho, sin embargo, que la primera categoría —el “trabajo en general”, esto es, la categoría de Smith y de Ricardo— aparece como una categoría simple y general. Pero, en realidad, el “trabajo en general” —y por consiguiente no particular: no es el trabajo de este o aquel trabajador, sino el trabajo abstracto en general, la orgánica erogación de fuerza de trabajo— no puede ser concebido fuera del sistema capitalista, en el que existe al mismo tiempo la más rica diferenciación de las más diversas especies de trabajo y su intercambiabilidad (elementos ambos que constituyen las características de la “generalidad” del trabajo¹⁶). Esto significa que la abstracción más simple y general (como la de trabajo) sólo puede ser obtenida en una *determinada* forma *histórica* de sociedad, es decir, en el sistema histórico del capitalismo. La fuerza de trabajo —expresión misma del sistema capitalista— es también una categoría simple y general (el trabajo asalariado se encuentra, en mayor o menor medida, en todos los sistemas económicos: pero ella adquiere su contenido esencial y su validez intrínseca solamente dentro del sistema capitalista. En una palabra, ambas categorías, trabajo y fuerza de trabajo, están determinadas históricamente en cuanto síntesis-análisis, en cuanto conciliación de racionalidad (unidad) y de historicidad (multiplicidad).

La categoría trabajo es *análisis*, ya que en ella una secuencia cronológica de fenómenos históricos es reducida a notas analíticas de concepto. Y su elaboración analítica presupone la secuencia cronológico-histórica de las “fuentes” de la riqueza: “a partir del ‘sistema manufacturero-comercial’, en el cual la fuente de la riqueza fue transferida de la cosa, de la moneda, a la actividad subjetiva como ‘el trabajo comercial manufacturero’; hasta el ‘sistema fisiocrático’ que descubrió aquella fuente en el ‘trabajo agrícola’ y hasta Adam Smith que lo descubrió en el ‘trabajo simplemente’ o trabajo ‘en general’”. Pero la categoría “trabajo” es también *síntesis*, en cuanto los distintos caracteres cronológicos del trabajo “se transforman en notas de concepto” (histórico).¹⁷ En otros tér-

16. K. MARX, *Trabajo asalariado y capital*, en *Obras escogidas cit.*, I.

17. “La indiferencia hacia un trabajo particular corresponde a una forma de sociedad en la cual los individuos pueden pasar fácilmente de un trabajo a otro y en la que el género determinado de trabajo es para ellos fortuito y, por lo tanto, indiferente. El trabajo se ha convertido entonces, no sólo en

minos, con el nuevo horizonte que se le abre a la categoría de trabajo en *El capital*, sus caracteres históricos pierden su orden de pura cronologicidad y adquieren el valor de notas *conceptuales*: pero notas no arbitrarias o imaginarias, sino *históricas*. Aparece así el concepto (o categoría) del trabajo asalariado que ofrece la exacta perspectiva *histórico-dialéctica* de los "trabajos" de otros sistemas precedentes, en cuanto los define y resume por y en sí mismo.

Pero también la categoría de fuerza de trabajo es síntesis-análisis. Síntesis conceptual de los caracteres histórico-cronológicos del "trabajador" (transformados, precisamente, de caracteres abstractamente analíticos en notas de *concepto*: es decir, en análisis-síntesis o "unidad múltiple", como dice Marx en la *Einleitung*): del esclavo, que es una cosa, al siervo de la gleba, al artesano y al proletariado moderno "libre" ("en un doble sentido, pues de una parte ha de poder disponer libremente de su fuerza de trabajo como de su propia mercancía, y, de otra parte, no ha de tener otras mercancías que ofrecer en venta" ¹⁶).

Todo lo dicho tiene por objeto remitirnos a los principios metodológicos generales que se refieren a la formación de las categorías discutidas aquí. Pero es necesario subrayar la *naturaleza de las relaciones entre las dos categorías*. La importancia fundamental de la categoría "trabajo", frente a la de "fuerza de trabajo", puede ser evidenciada en los siguientes términos: dicha categoría —y sólo como abstracción históricamente determinada— se manifiesta contemporáneamente a la de fuerza de trabajo, a la que está unida

cualquier categoría, sino también en la misma realidad, en un medio de producir la riqueza general, y ha dejado de confundirse con el individuo como un destino especial suyo. Este estado de cosas es desarrollado al máximo en el tipo más moderno de sociedad burguesa, en los Estados Unidos. Aquí, pues, la abstracción de la categoría "trabajo", el "trabajo en general", el trabajo *sans phrase*, que es el punto de partida de la economía moderna, resulta por primera vez prácticamente cierta". Cf. K. MARX, *Introducción general a la crítica de la economía política*, Cuadernos de Pasado y Presente, n° 1, Córdoba, 1968.

17. Cf. para las definiciones y las exposiciones ofrecidas en el texto, GALVANO DELLA VOLPE, *Lógica como ciencia positiva*, op. cit., pp. 190 ss. y en especial nota 75 en p. 195. [Cf también de DELLA VOLPE, "Clave de la dialéctica histórica", en *Moral y sociedad*, Edit. Univ. de Cba., Córdoba, 1967, pp. 101-120. N. del T.].

18. K. MARX, *El capital*, I, p. 122.

indisolublemente tanto en el curso de los acontecimientos históricos como en la adecuada clarificación conceptual. En otros términos, sólo la radical determinación *histórica* del "trabajo" en la sociedad capitalista —o sea, la determinación que saltó en la escuela clásica— permite dar también a la fuerza de trabajo el correspondiente relieve *conceptual* (categorial) concreto. En cuanto abstracciones históricamente (y no sólo cronológicamente) determinadas, trabajo y fuerza de trabajo se presuponen mutuamente. El "trabajo en general" —que es el trabajo capitalista, extremadamente diferenciado e intercambiable— como erogación de fuerza humana de trabajo, no puede emanar del "trabajador en general", sino de la mercancía fuerza de trabajo (proletariado moderno) determinada históricamente tanto como lo es el "trabajo en general".

Aparece ahora claramente cómo la primera objeción prevista por el mismo Marx a su propia teoría del valor presupone una confusión de términos y de conceptos (esto es, una diversidad de "lógicas") que se manifiesta del modo más evidente en el contraste metodológico entre Ricardo y Marx. Para sus consideraciones, Ricardo se veía impulsado por los problemas concretos de la sociedad en la que vivía (sobre todo por los problemas de la distribución de la renta), pero sin embargo se servía todavía de una categoría de "trabajo" históricamente indeterminada, apriorística —vale decir, tanto antigua como moderna— de la que no lograba extraer la categoría (capitalista) *necesaria*: la fuerza de trabajo.¹⁹ Y esta categoría indeterminada no podía naturalmente obviar las dificultades de su teoría del valor.²⁰

19. En lugar del trabajo, Ricardo debería haber hablado de fuerza de trabajo. Pero entonces también el capital habría aparecido como una de las condiciones objetivas de trabajo contrapuesta, en cuanto potencia vuelta independiente, al obrero. Y el capital, habría inmediatamente aparecido como una relación social determinada. Así, para Ricardo, el capital se diferencia del "trabajo inmediato" sólo en cuanto "trabajo acumulado". Es algo simplemente objetivo, es un simple elemento del proceso de trabajo, "del que no puede ser desarrollada la relación entre trabajo y capital, entre salario y ganancia". Cf. KARL MARX, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, IV, David Ricardo, Cartago, Buenos Aires, 1956.

20. Esa puesta a punto de la metodología implícita en Ricardo es naturalmente alusiva y sumaria. El lector debe tener presente que la recta elaboración científica no está ausente en el análisis de Ricardo. Si falta o fracasa en el punto capital mencionado en el texto, ello ocurre porque tal elaboración

Marx, por el contrario, como ya se ha repetido muchas veces, reajustaba la categoría indeterminada de "trabajo" y especificándola históricamente en el ordenamiento capitalista, la determinaba conjuntamente con la otra categoría de fuerza de trabajo. En consecuencia, el contraste tantas veces puesto en evidencia en las doctrinas económicas, entre las teorías ricardiana y marxista del valor-trabajo, se sustenta en las diferentes acepciones del término trabajo, usado respectivamente para indicar dos conceptos deducidos de manera distinta y derivados de dos lógicas y de dos mundos diferentes: el burgués-capitalista y el crítico-socialista.²¹

4. La respuesta al segundo tipo de objeciones (problema de la desigualdad entre producto del trabajo y salario) está implícita en la dada al primer tipo de objeciones y arriba discutida. La elaboración científica del concepto de plusvalía constituye como es sabido la solución de tal problema y colma una laguna de enorme importancia teórico-práctica, que aparecía en toda su importancia en el sistema ricardiano: la cuestión de la ganancia.

Pero ocupémonos del problema de la "desigualdad" entre producto del trabajo y salario. Este problema no existe ni tiene sentido para el trabajador individual (por ejemplo, el artesano que es propietario de los instrumentos de producción y del trabajo con-

no es compatible con el método del análisis ricardiano, que es por lo general "indeterminado", en cuanto las categorías económicas de Ricardo aparecen normalmente como categorías "naturales" y sólo ocasionalmente (y nunca completamente) como categorías históricas. Sin embargo, está presente en la medida que el genio de Ricardo le permite superar los límites de su clase y de su ambiente, y plantear correctamente los problemas con una exacta determinación histórica. Cuando esto no ocurre, el razonamiento ricardiano está viciado también por la interpolación de elementos extra-científicos, "metafísicos", y como tales extraños al desarrollo positivo del pensamiento económico.

Pero hay algo característico en Ricardo y que forma su mérito científico imperecedero: allí donde las dificultades se agudizaban, en cuestiones capitales como en la teoría del valor, Ricardo no "recayó" del todo en la "metafísica", no se conformó con pseudo-soluciones, sino que hasta el último momento de su vida vivió atormentado por los problemas declarados insolubles, allí donde, alcanzado el límite extremo de sus posibilidades, no lograba ofrecer una demostración exacta.

21. Para un esbozo de las dos "lógicas" en cuanto lógica de la economía burguesa y crítica marxiana de la "metafísica de la economía política", véase la primera parte de este trabajo.

sumido además de productor y vendedor de sus mercancías), y surge cuando el trabajo está separado del capital, cuando aparece la categoría histórica de fuerza de trabajo y con ella se historiza la categoría abstracta de trabajo. En realidad, sólo con el capitalismo se plantea y preocupa a los economistas el problema de un *surplus* en la actividad económica. Para los mercantilistas, dicho *surplus* aparece como ganancia de los comerciantes; para los fisiócratas, como *produit net* de la agricultura; para los clásicos, como renta natural y como ganancia. El problema va encuadrándose así más exactamente en sus coordenadas históricas a medida que el producto social aparece como moneda, como producto agrícola, como producto industrial; y a medida que la fuerza productiva originaria se devela cada vez más como el mismo trabajo. Para Ricardo los términos del problema se simplifican y la solución se perfecciona: el trabajo, como determinante del valor, es extendido de la sociedad primitiva de Smith a la sociedad "real" en la cual se han producido ya la acumulación de capital y la apropiación de las tierras. Y el producto neto del trabajo (suma de los ingresos y de las ganancias) es considerado por Ricardo como el índice mismo de la riqueza de una nación. Pero sigue oscura, en cambio, la relación entre el producto neto social y la ganancia (es decir, aquella relación que será esclarecida por Marx justamente con las teorías de la plusvalía y de la ganancia).

La plusvalía marxiana deriva, por tanto, como un concepto clave necesario, de la distinción operada por Marx entre trabajo y fuerza de trabajo. El *surplus* clásico se especifica y se determina como plusvalía en el análisis marxiano. Aparece sí con motivo del cambio, pero nace efectivamente en la esfera de la producción, porque en el sistema del trabajo asalariado el capitalista encuentra "en el mercado una mercancía que tiene la particular calidad de que su consumo es una fuente de valor nuevo, creación de valor nuevo, y esta mercancía es la fuerza de trabajo".

Vamos ahora cómo el planteo metodológico marxiano ha hecho posible la determinación de la categoría de plusvalía. Ante todo, anotemos cómo la plusvalía no surge simplemente de una categoría "natural" como el plustrabajo; vale decir, no es —como a veces afirman algunos economistas, Pareto por ejemplo— la simple formulación teórico-abstracta de un hecho totalmente empírico; a saber: que en la naturaleza la cantidad de producto debida a un trabajador es superior a la cantidad requerida para su subsistencia.

La plusvalía no es en efecto tal categoría natural y no existe necesariamente "en la naturaleza". La plusvalía no es más que la determinación científica del nebuloso concepto histórico-capitalista de *surplus*. Hasta la elaboración de la categoría marxiana de plusvalía el *surplus* existía como la expresión de un principio cognoscitivo postulado, más que individualizado específicamente; un principio admitido por necesidad abstracta de explicación y no ya deducido de modo lógico-experimental. La plusvalía marxiana constituye la solución científica de los problemas planteados y no resueltos por los mercantilistas, fisiócratas, clásicos y socialistas "no científicos". En particular, los clásicos debían recurrir a la categoría sin lograr determinarla; y los socialistas "no científicos" la cambiaban por aquella otra categoría genérica e indefinida de "producto no pagado" —expresión de la explotación obrera— y la postulaban sin lograr deducirla. El *surplus* era, por así decirlo, la sombra de un elemento del cual se advertía solamente la presencia y la necesidad lógica, pero no se sabía aferrar en su consistencia efectiva.

Con Marx el problema del *surplus* era planteado correctamente: no se trataba ya de *postular* la existencia del *surplus* en un sistema de producción y de cambio capitalista, fundado sobre la apropiación individual, es decir, en un sistema que vive precisamente porque el *surplus* existe. Se trataba de individualizar y puntualizar las características histórico-sociales de una organización social dada que permitiesen aprehender y especificar científicamente al *surplus* como elemento necesario e ineliminable de un todo. *En otros términos, se trataba de reelaborar el concepto de surplus a partir de la forma de plusvalía.* La secuencia puramente cronológica *surplus-plusvalía* era transformada por Marx en aquella otra histórico-conceptual (sintético-analítica) de plusvalía-*surplus* (de allí la posibilidad de explicar los fenómenos del *surplus* desde el punto de vista de la plusvalía; pero también el origen de la sustancia teórica y del significado de la *Theorien über den Mehrwert*.²²

Pero decíamos que el *surplus* podía convertirse en plusvalía sólo determinándose históricamente, sólo apareciendo en el trasfondo

22. En otros términos, el concepto de plusvalía —según la metodología de la *Einführung*— se forma mediante el trastocamiento de la secuencia cronológica de *surplus-plusvalía*. Aparece así una síntesis-análisis conceptual, formalmente análoga a la de las categorías de trabajo y fuerza de trabajo.

de una determinada organización social de cambio y de producción. Una organización productiva basada en el cambio es, en efecto, necesaria para que el *surplus* se evidencie, pero no es suficiente para fijar con exactitud la existencia teórica de la plusvalía. A tal fin, es necesario que dentro de esta organización de cambio, el fenómeno de la producción adquiera tal envergadura histórica como para volver real y significativo el principio de que la plusvalía no nace del proceso de circulación de las mercancías, aunque sólo puede aparecer en este proceso. En otros términos, es preciso que se origine en una *producción determinada* y se manifieste en el cambio. Pero para que la plusvalía se origine, no basta la "producción genérica", que ofrece como máximo las coordenadas más indeterminadas y vagas de cada sistema económico: es necesaria una producción específica —y he aquí la especificación de las categorías económicas relativas—, vale decir, la producción capitalista. Pero tampoco la producción capitalista genérica, si se quieren tener en cuenta las objeciones que se desprenden del punto tercero analizado por Marx (y más precisamente, de la famosa contradicción, que aparece en el Libro I de *El capital*, entre la ley del valor y la ley de la adecuación de la tasa de ganancia).

Para afrontar y superar tales objeciones —y es éste en nuestra opinión uno de los aportes del presente ensayo— es preciso luego determinar y especificar históricamente la misma producción capitalista y referirse a una producción capitalista específica, determinada históricamente, caracterizada por la igualdad de la composición orgánica del capital y por un período de rotación igual entre los distintos sectores de la producción. Es necesario referir la ley del valor-trabajo a aquello que Sorel llamaba —con feliz expresión sintética— el "capitalismo homogéneo", caracterizado precisamente por la igual composición orgánica del capital entre los distintos sectores productivos ("capitalismo homogéneo" contrapuesto al "capitalismo heterogéneo", en el cual la composición orgánica es distinta en cada rama de la producción²³). El problema se desplaza así y asume un aspecto esencialmente metodológico. En otros términos, se trata de verificar si el "capitalismo

23. La expresión "capitalismo homogéneo" y la opuesta de "capitalismo heterogéneo" nos parecen bastante felices porque sintetizan las dos "divergencias": composición orgánica igual (o desigual) e igual (o desigual) período de rotación, y evitan recurrir en cada oportunidad a extensas frases explicativas.

homogéneo" constituye simplemente una "abstracción indeterminada" también en Marx o si, por el contrario, constituye una abstracción históricamente determinada. En este último caso, no basta ya la afirmación, sino que es necesaria la demostración de tal determinación histórica.

Con esta cuestión hemos comenzado ya a ocuparnos del tercer grupo de objeciones previstas por Marx, objeciones que discutiremos más detalladamente en el párrafo que sigue.

5. Este grupo de objeciones fueron sintetizadas así por Marx (cf. parágr. 2): "El precio de mercado de las mercancías oscila continuamente. ¿Cómo se concilia este hecho con la teoría del valor-trabajo?". Podría ser enunciado también observando que los precios de las mercancías no varían efectivamente en relación a los cambios del tiempo de trabajo socialmente necesario contenido en ellas. Tales objeciones son las que plantean —en el campo de la teoría del valor-trabajo— la mayor problemática y las que a pesar de la aparente simplicidad de los términos en que son planteadas, han suscitado las mayores, las más profundas y apasionadas discusiones y dieron origen a una copiosísima literatura (especialmente en lo que se refiere a la divergencia entre los precios de producción y los valores).

a) Sin embargo, la objeción, planteada en sus términos más generales, puede ser destruida en lo que se refiere a la comparación entre los valores y los "precios de mercado". En estos últimos se reflejan fluctuaciones de breve período causadas por las oscilaciones de la oferta y de la demanda en sectores determinados de la producción, o bien fluctuaciones cíclicas. En el primer caso se trata de fluctuaciones "a-históricas" —importantes en cada caso y de tal importancia que si fueron descuidadas por Marx no deberían ser dejadas de lado por la literatura económica marxista— que interesan a los problemas coyunturales o de "breve período". En el segundo caso, en cambio, se trata de fluctuaciones especiales

Pero con el término de "capitalismo homogéneo" Sorel hace referencia solamente a la condición de igual composición orgánica. Hemos creído conveniente extender el término para hacerlo más comprensivo incluyendo también la condición de "igual período de rotación". Cf. G. SOREL, "Sur la théorie marxiste de la valeur", *Journal des économistes*, mayo de 1897.

que Marx ha considerado y estudiado en particular. En ambos casos, el centro de gravedad de las fluctuaciones (coyunturales y cíclicas) está constituido por los precios de producción²⁴ que tienen una definida determinación histórica en cuanto son los “precios normales” de lo que hemos llamado el “capitalismo heterogéneo” (que se distingue —repetimos— del capitalismo homogéneo, caracterizado por la coincidencia entre precios y valores, sobre todo porque la composición orgánica de los capitales en las diversas ramas de la producción es distinta de la composición media y porque es diferente el período de rotación). Las oscilaciones a las que hace referencia la objeción discutida pueden ser reducidas por lo tanto a las divergencias entre “precios de producción” y “valores”, es decir, a aquellas famosísimas divergencias “clásicas” que tanto atormentaron a Ricardo hasta sus últimos días y que constituyen el núcleo de las presuntas contradicciones entre el Libro I y el Libro III de *El capital*.

b) Con el ánimo de clarificar el problema daremos una visión retrospectiva de los términos de la cuestión de las “divergencias” y de las “soluciones” que fueron ofrecidas. El fin último de nuestro breve *excursus* será siempre, en todo caso, el de demostrar cómo una exacta comprensión de la metodología evita el planteo de

24. Este modo de plantear el problema es solamente aproximativo, pero inevitable en el momento alcanzado en la discusión de este problema marxiano fundamental. En realidad, el desarrollo cíclico no se produce en torno a un estadio de equilibrio o a cualquier *trend* que pueda diferenciarse de ese desarrollo. Antes bien, el “desarrollo desequilibrado” de Marx coincide totalmente con la trayectoria signada por el desarrollo capitalista y surcada por las diferentes crisis. Se dirá: esto es verdad, pero se puede abstraer en un primer tiempo, o en primera instancia, del desarrollo cíclico y trazar la línea contrasignada por los precios de producción o por los valores. La objeción es razonable. En efecto, se puede abstraer, ¿pero con qué tipo de abstracción? No por cierto con el tipo superficialmente intelectualista de las “aproximaciones sucesivas”. La abstracción marxiana es fecunda sólo en cuanto es histórico-determinada. Por consiguiente, será necesario demostrar que los niveles de abstracciones arriba mencionados son legítimos en relación a los problemas histórico-económicos que intentan resolver, y además, que operan con categorías históricamente determinadas. Por otra parte, aquí no intentamos esbozar la relación entre precios de producción y precios “cíclicos”; en lo que hace al nivel de abstracción de los precios de producción, remitimos al lector al apartado f del párrafo 5.

pseudo-problemas inútiles y el alejamiento de la más simple y evidente interpretación de Marx.

Para una mejor comprensión de cuanto sigue, creemos que es necesario tener bien presente tres categorías distintas que tienen suma importancia en *El capital*:

I) El *valor* (medido por la cantidad de tiempo de trabajo socialmente objetivado en una mercancía) que es el precio real si —en condiciones de “capitalismo homogéneo”— es expresado en moneda;

II) el *precio de producción*, medido por el precio de costo más la tasa media de ganancia;

III) el *precio de mercado* (determinado por las fluctuaciones de la coyuntura y a veces por las oscilaciones cíclicas).

Hemos ya superado el problema de las divergencias entre precios de mercado y precios de producción. Pero sigue en pie el problema de las divergencias entre precios de producción y valores, que debe ser planteado en sus términos esenciales a los fines de esclarecer completamente los diferentes aspectos de la cuestión.

Como es sabido el valor de las mercancías depende de la cantidad de tiempo de trabajo socialmente objetivado en ellas. El capital empleado en la producción, no es más que trabajo pasado (que potencia el trabajo presente) y se divide en capital variable (que sustenta la fuerza de trabajo) y capital constante (medios y materias de producción: máquinas, implementos y materias primas, etc.). Si la composición orgánica del capital (es decir, la relación entre el valor del capital constante y el del capital variable) fuese igual en todas las ramas productivas y el capital circulase en cada rama con idéntico ritmo de rotación, el valor de cambio de las mercancías derivaría de la relación de las respectivas cantidades temporales de trabajo socialmente necesario empleado (y destruido) para producirlas. Pero, prescindiendo de las oscilaciones propias de los precios de mercado y de las “cíclicas”, la igualdad entre precios reales y valores no puede verificarse sino casualmente (vale decir, en caso de igualdad de la composición orgánica del capital y de igual período de rotación

en las distintas ramas productivas; esto es, en el caso de "capitalismo homogéneo"). Pero en la realidad, la regla será la desigualdad: las ramas productivas que emplean una mayor proporción de capital constante, o cuyo capital tiene un ritmo más veloz de rotación en comparación al promedio (ramas productivas de más elevada composición orgánica), no pueden vender las mercancías producidas a su valor sino que deben agregar al precio de costo una tasa de ganancia. Por el contrario, las ramas productivas de composición más baja en relación al promedio, venderán sus mercancías al precio de costo, previa deducción de una tasa de ganancia. La ley del valor se aplicaría solamente en el caso hipotético de igual composición orgánica; en los otros dos casos (mayor o menor composición orgánica), los precios de producción expresarían esa ley pero también otra: la ley de la desigualdad de la tasa de ganancia.²⁵

25. Para concretar mejor las ideas, supóngase dos ramas productivas A y B que producen respectivamente una unidad de las mercancías (a) y (b) empleando las cantidades de capital constante (c) y de capital variable (v) indicadas por la tabla (supuesto que la plusvalía derive de una tasa de explotación de la fuerza de trabajo del 100 %).

Supóngase dos casos: en el primero la composición orgánica del capital es igual; en el segundo, desigual. Si suponemos que el capital constante se agota totalmente en un igual periodo de rotación de ambas mercancías, se tendrá:

I caso

<i>valor</i>	<i>Valor de cambio</i>	<i>tasa de plusvalía</i>	<i>tasa de ganancia</i>
A) $50c + 50v + 50pl = 150$	$2a = 1 b$	100 %	50 %
B) $100c + 100v + 100pl = 300$			

II caso

<i>valor</i>	<i>Valor de cambio</i>	<i>tasa de plusvalía</i>	<i>tasa de ganancia</i>
A) $50c + 50v + 50pl = 150$	$1,66 a = 1 b$	100 %	50 %
B) $150c + 50v + 50pl = 250$			25 %

En el primer caso el valor de cambio, proporcionado a los respectivos valores, aseguraría a las dos ramas productivas una tasa de plusvalía del 100 % y una tasa de ganancia del 50 %. En el segundo caso (desigual composición or-

Sin embargo —y es éste el verdadero núcleo de nuestro problema—, como observa Eric Roll, “Marx ha sido acusado frecuentemente de incoherencia. Se ha dicho que él desarrolló dos teorías distintas que son recíprocamente contradictorias: en el primer volumen, la teoría del valor-trabajo; en el tercer volumen, la teoría de los precios de producción. Y hasta se llegó a decir que la teoría expuesta en el tercer volumen no es más que una tentativa extrema por sustituir la teoría del valor-trabajo que se había mostrado en contradicción con la realidad de la vida económica”.²⁶

Este es el núcleo de las objeciones a Marx, y contra dicho núcleo poco vale recordar cómo la teoría de los precios de producción (Libro III, de *El capital*) fue concebida por Marx mucho antes de que fuera publicado el Libro primero y poco vale hacer la crónica de la conciencia que tenía Marx de las dificultades que se le planteaban para armonizar la ley del valor y la de la tasa de ganancia (desde las afirmaciones contenidas en la *Miseria de la filosofía*, a la carta a Engels de 1862, a las numerosas referencias contenidas en el Libro I de *El capital*, a los análisis del Libro IV). El problema es otro y se refiere sustancialmente a la interpretación de la solución ofrecida en el Libro III (en términos de precios de producción) de las dificultades surgidas en el primero (en términos de valor). Y el problema es tal que para es-

gánica del capital), a una igual tasa de plusvalía (100 %) corresponderían diferentes tasas de ganancia (50 % para A y 25 % para B). En consecuencia, B debería vender su mercancía (b) por encima de su valor y A vendería la suya (a) por debajo, hasta que se hubiese establecido una tasa media uniforme igual para las dos ramas.

En el ejemplo precedente, se ha supuesto —dada una composición orgánica del capital distinta— una velocidad igual de rotación de los respectivos capitales invertidos. Naturalmente, se puede en cambio suponer una composición orgánica igual y un período de rotación distinto o hacer variar simultáneamente las dos “dimensiones” del capital. Lo que interesa es tener claro el carácter de la “divergencia” general que, como ya lo hemos subrayado, es “bi-dimensional”. Para la “primera dimensión”, véase en Ricardo la Sección IV del Capítulo I de los *Principios* (ed. cit. p. 23) y, para la segunda, la Sección V (p. 29). Para el tratamiento de Marx, cf. no sólo los fragmentos arriba citados del Libro III, sino, para la “segunda dimensión” (período de rotación) también el Libro II, Sec. II, cap. XVI, I. Para la crítica de Marx a Ricardo, véase *Historia crítica...*, IV.

26. ERIC ROLL, op. cit., pp. 253-254.

clarecer su solución no vale tampoco repetir dogmáticamente la solución marxiana; por el contrario, ella exige directamente un renovado esfuerzo metodológico de comprensión. Por otra parte, las numerosísimas tentativas efectuadas para resolverlo demuestran, junto a la existencia efectiva de una serie de dificultades, la gravedad de los obstáculos que debe superar todavía la teoría marxiana. Pero antes de mencionar estas tentativas, es preciso aclarar las consecuencias que se pueden extraer de una aceptación dogmática de la síntesis valor-precio de producción (o ley del valor-ganancia).

c) Luego de cuánto se ha afirmado a propósito del segundo grupo de objeciones, parece claro que la plusvalía aparece en toda su evidencia de categoría sintético-analítica, en toda su pureza (en la que se determina exactamente el *surplus* genérico e inasible) solamente en la hipótesis de un “capitalismo homogéneo”. Además, sólo si esta hipótesis es históricamente determinada en su carácter abstracto (en caso contrario se trataría de una hipótesis indeterminada y apriorista, es decir, justamente de una de aquellas hipótesis que Marx criticó a fondo).

La situación de “capitalismo heterogéneo” no permite, en efecto, asir a la plusvalía en su evidencia y pureza (como concepto “exacto”), precisamente porque las mercancías no son cambiadas —en tal situación— por su valor-trabajo, sino por su precio de producción (precio de costo + tasa media de ganancia). Por lo tanto, en tales condiciones de “capitalismo heterogéneo”, el mismo cambio entre el capital-dinero (que es la forma del capital variable) y la mercancía fuerza de trabajo se produciría no ya en razón del valor-trabajo (del que surgiría la plusvalía en toda su pureza), sino en razón del precio de producción. Ahora bien, como los cambios que se producen en el mercado sólo pueden corresponder casualmente a los cambios que se producen en razón del valor-trabajo, y por lo común divergen de ellos, también el valor de cambio entre capital-dinero y fuerza de trabajo podrá divergir del que se establecería si se basara en el valor-trabajo; la mercancía fuerza de trabajo podrá ser vendida por debajo o por encima de su valor —como regla— y entonces se producirá —como regla— una super-explotación o una subexplotación (en comparación con lo que ocurriría si el cambio fundamental ocurriese basado en el valor-trabajo, es decir, en condiciones de “capitalismo homogéneo”). Es-

ta consecuencia —de importancia fundamental— es fácilmente extraída de la transformación de los valores en precios de producción y deriva de la nueva formulación del sistema económico marxiano —en términos de precios de producción— elaborada por Von Bortkiewicz.²⁷

He aquí expuestas las dificultades y las consecuencias del pasaje de los valores a los precios de producción. Ellas fueron previstas por Marx y advertidas por los marxistas inmediatamente después de la publicación del Libro I de *El capital*; el mismo Engels —en el Prólogo al Libro II— ofreció a los críticos, que creían haber descubierto en Rodbertus la fuente secreta de Marx, la ocasión de demostrar “cómo, no ya sin infringir la ley del valor, sino sobre la base precisamente de esta ley, puede y debe formarse una tasa de ganancia igual).²⁸ De nuevo Engels, en el Prólogo al Libro III de *El capital*, expone las soluciones de Lexis, Julius Wolf, Sombart, Schmidt y Fireman, elogiando sobre todo las de los dos últimos y ocupándose extensamente de la cuestión. Fue siempre Engels el que planteó la solución “histórica” de la antinomia valor-precio de producción —repitiendo y desarrollando un fragmento de Marx— y es ésta, a nuestro entender, la dirección justa, en el sentido de que puede aproximarse a una valorización exacta de la solución marxiana, si es recorrida con el rigor metodológico necesario. Pero para comprender mejor el camino engelsiano, creemos oportuno mencionar algunas de las teorías o explicaciones surgidas para resolver el problema de las divergencias entre valor y precio de producción.²⁹

27. LADISLAUS VON BORTKIEWICZ. “Wertrechnung und Preisrechnung im marxischen System”, en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 1906, p. 30.

Para la discusión del problema, cf. PAUL M. SWEEZY, *Teoría del desarrollo capitalista*, F.C.E., México, 1958, Parte II, VII, “La transformación de los valores en precios”; y ERIC ROLL, *op. cit.*, p. 245 ss.

28. KARL MARX, *El Capital*, Libro II, Prefacio, p. 21.

29. Hacemos notar que tales “teorías” desarrolladas por los marxistas —en gran parte revisionistas— corresponden, perfectamente, o sea son paralelas, a las tentativas realizadas por los post-ricardianos (De Quincey, James Mill, Mac Culloch, Bailey, etc.) para resolver el problema dejado abierto por Ricardo referente a la teoría del valor.

Como es natural, las teorías examinadas en este apartado no constituyen sino una parte de las tentativas de solución de nuestra cuestión (baste decir que en ellas no están comprendidas las de Schmidt y de Bernstein). Pero fueron escogidas porque al plantear aunque de manera errónea la naturaleza de “hi-

d) Consideremos, por ejemplo, las teorías que juzgan “hipotética” la teoría del valor e intentan tematizar la naturaleza de las hipótesis y su fundamento.

La expresión máxima de este grupo de teorías la constituye un ricardiano, el famoso De Quincey (el *opium-eater*) que en *The Logic of Political Economy* (p. 368) trataba de separar —en la teoría del valor de Ricardo— las “divergencias” debidas a la ganancia, parangonándolas a las “perturbaciones” aportadas por la resistencia del aire en el movimiento de los proyectiles. De tal manera salvaba a la teoría ricardiana relegándola, sin embargo, al vacío atmosférico.

El primer marxista que conscientemente o no se presentó con las mismas vestiduras de De Quincey fue Kautsky; él parangonó la ley del valor-trabajo a la ley de la gravedad: ésta tendría vigencia en los espacios vacíos, aquélla en una sociedad abstracta, “vacía”, privada de atributos. En el “pleno” de la materia, como en lo concreto de la sociedad capitalista, se producirían deformaciones o divergencias.³⁰ Schmidt, que intentó también una solución, pero de distinto sentido, se adhirió a esta formulación de Kautsky y distinguió la ley del valor considerada en el vacío y la misma ley en su aplicación completa al proceso real de la producción y del cambio.³¹ También Sombart consideró a la ley del valor como una hipótesis lógica, como un puro hecho lógico.³² Para Sorel, como ya vimos, dicha ley tendría vigencia en lo que él llama “capitalismo homogéneo”, mientras que no la tendría en el

pótesis” de la teoría del valor (o al buscar el camino justo en la lógica marxiana) se aproximan más a la verdad. En efecto, se verá que la solución se encuentra en una hipótesis (históricamente verificada) que implica precisamente una exacta comprensión de la metodología de Marx.

30. KARL KAUTSKY, *Karl Marx's oekonomischen Lehren*, Jena, 1887 [hay edic. cast.: *La doctrina económica de Carlos Marx*, Lautaro, Bs. As.], 1946 y *Materialistische Geschichtsauffassung*, J.H.W. Dietz, 1929; para el análisis realizado en el texto permítasenos remitir al lector a nuestro estudio “La teoría del valor-laboro ed alcune interpretazione ricardiane e marxiste”, *Crítica económica*, nº 3-4, 1951.

31. KONRAD SCHMIDT, *Die Durchschnittprofite auf Grundlage des marxischen Werthgesetzes*, Stuttgart, 1889.

32. WERNER SOMBART, “Zur Kritik des oekonomischen Systems von K. Marx, *Archiv für soz. Gesetzgebung u. Statistik*, vol. VII, p. 574.

“capitalismo heterogéneo”, caracterizado por las “divergencias”.³³

Estos son los resultados revisionistas de las interpretaciones de la ley del valor como “hipotética”. Pero es extraño encontrar hoy en el mismo Dobb sedimentos y rastros de esta interpretación. A decir verdad, Dobb ha seguido un doble camino: por una parte, ha tratado de adoptar la solución De Quincey-Kautsky y ha hablado de primera y segunda aproximación, empleando —como demostraciones— analogías extraídas del campo de la física; por otra parte, ha intentado resolver el problema de las “divergencias” en el terreno de la lógica que preside la investigación marxiana, contrapuesta a la que es propia de la economía clásica.³⁴ Del primer camino —que nos parece que en Dobb es un residuo de viejas concepciones— nos desembarazaremos documentando brevemente y remitiendo a la crítica general referida a las tendencias aquí discutidas. El segundo *approach* de Dobb requiere un análisis más extenso.

Para el Dobb del primer camino, existiría una primera aproximación expuesta en el Libro I de *El capital*, y una segunda expuesta en el Libro III. La segunda aproximación dependería de la primera (como ocurre, por ejemplo, con las aproximaciones sucesivas en el estudio de los fenómenos físicos), pero no la contradiría en sus partes esenciales: “La teoría de la gravitación no es ni absurda ni inútil —dice Dobb— sólo porque requiere una modificación sustancial para explicar por qué las aeronaves pueden sostenerse en el aire”.³⁵

En otra parte de su obra, Dobb razona sobre el método de investigación de Marx, como si se pudiera aplicar mediante abstracciones de tipo físico-matemático: el método de Marx, por lo tanto, no sería menos abstracto que el de sus predecesores. La competencia misma es una abstracción, y también el “mercado perfecto” en el que aparecen los valores normales: “Los ‘valores normales’, como los puntos y las líneas rectas euclidianas, sólo se encontraban en el mundo de la realidad como ‘casos límites’”. “Esto daba una idea de la forma generalizada de todas las sociedades capita-

33. GEORGES SOREL, *art. cit.*

34. MAURICE DOBB, *Economía política y capitalismo*, F.C.E., México, 1961, cap. III.

35. *Ibid.*, p. 19.

listas existentes (para las que indiscutiblemente el concepto de un capitalismo 'puro' sólo era una aproximación), del mismo modo que los puntos, círculos, cubos y líneas euclidianos podían representar las características esenciales de las relaciones tridimensionales espaciales".³⁶

Henry Denis, a su vez, parece seguir el viejo tipo de interpretación "por hipótesis".³⁷ Los precios de producción serían manifestaciones de la ley del valor, pero, al mismo tiempo, de otra ley: la de la igualdad de la tasa de ganancias. ¿Por qué? ¿Cuál es la relación entre ambas? ¿Cuál es su respectiva fuerza explicativa?

Denis responde recurriendo a analogías extraídas de las ciencias físicas o a ejemplos extraídos de la ciencia económica. Volveremos sobre los segundos porque tienen relación con la "lógica económica" de Marx. He aquí, entre tanto, una de las analogías "físicas": en la economía capitalista, extremadamente compleja, las relaciones reales de cambio constituyen el resultado de fuerzas múltiples de las cuales algunas concurren unitariamente hacia el mismo fin, la realización de la ley del valor (tendencia a la unidad de los precios, a la igualdad de la tasa de salarios), mientras que una de ellas provoca al menos ciertas desviaciones respecto al fin antes indicado; esa es la tendencia a la igualación de las tasas de ganancia; pero, según Denis, no es necesario asombrarse por eso. Sobre todo, no es necesario decir que en tales condiciones el capitalismo no tiene nada que ver con la ley del valor: "sería como decir que la elevación de una pelota contradice la ley de la gravedad".

El examen que hemos realizado de las teorías de los "hipotetizadores" nos permite algunas conclusiones: o ellos recurren, como demostración de sus principios, a puras analogías con los aspectos más superficiales de otras ciencias, o bien tratan de explicar las "divergencias" remitiéndose a explicaciones características de la metodología de Marx. Las tentativas del primer tipo pueden ser criticadas fácilmente; las del segundo tipo (sobre todo las de Dobb) procederemos a examinarlas a continuación.

Reducida a los términos más simples, la interpretación de De Quincey (y la de Kautsky, Schmidt y del primer Dobb, etc.) pue-

36. *Ibid.*, pp. 52-54.

37. HENRI DENIS, *La valeur*, Paris, Editions sociales, 1950.

de ser esbozada así: ella distingue entre una ley que opera en el "vacío" y una que opera en lo "pleno". A la primera correspondería el valor-trabajo y a la segunda el precio de producción. Pero el problema crítico está aquí. Puede ocurrir que en física sea útil distinguir entre fenómenos que se desarrollan en el "vacío" y fenómenos que se desarrollan en lo "pleno". Sin embargo, tal distinción no debería ser aplicada a los fenómenos histórico-económicos sin una investigación previa respecto a su legitimidad y capacidad de extensión. La extensión de los principios físicos, por vía analógica, se produce en cambio por dos motivos: o se emplean para salir de algún modo del *impasse*, o se quiere realmente razonar sobre una determinada constelación de fenómenos económicos, ordenada sólo desde su costado formal y aplicando la terminología de las ciencias físicas.

Si se quiere hacer uso de analogías (primer caso), basta recordar, contra esta tentativa, cómo el "método analógico", que constituye un *approach* casi inevitable para una ciencia en sus comienzos, termina por denunciar su incapacidad para proceder con medios propios. En otros términos, una ciencia adquiere su propia autonomía cuando procediendo de un modo lógicamente correcto, concluye por servirse de analogías extraídas de otros campos del saber y elabora una técnica propia. En caso contrario, cuando se quiera razonar realmente sobre los fenómenos económicos, será preciso demostrar que el elemento que diferencia, por así decirlo, lo "vacío" de lo "pleno" es inesencial para el caso económico (y no físico) menos general, considerado particularmente. El hecho de que la resistencia del aire importe poco para el estudio de la trayectoria de los proyectiles, puede ser admitido fácilmente, ya que en la práctica se logra regular el tiro teniendo en cuenta a los elementos excluidos. Pero si se desea adoptar el mismo tipo de razonamiento con respecto a las "divergencias" referidas a la teoría del valor-trabajo, es necesario tener en claro lo siguiente: el "pleno" se diferencia del "vacío" —en el caso del valor que se convierte en precio de producción— por la divergente composición orgánica del capital y por la distinta velocidad del proceso de rotación del capital. Ahora bien, ¿estos elementos pueden ser considerados como inesenciales o accidentales por la sociedad capitalista?

¿No son ellos elementos absolutamente esenciales para su comprensión? En verdad, el aumento relativo del capital constante,

que implica el desarrollo técnico revolucionario, la dinámica del capitalismo, la caída de la tasa de ganancia, las crisis económicas, y todo lo que a partir de esto se produce en el mundo de las “superestructuras”, ¿pueden ser considerados inesenciales, o accidentales, y asimilados a las resistencias del aire? ¿No parece más lógico considerar que en cuanto a la aplicación de la ley del valor se puede prescindir de todo menos de los fenómenos y de las estructuras fundamentales de la economía capitalista? Vale decir, no se trata de poner entre paréntesis los elementos a introducir en un segundo tiempo, como se hace en los tableros de tiro; se trata de comprender conceptualmente un conjunto orgánico de elementos, igualmente esenciales.

Por nuestra parte, no creemos que la ley del valor-trabajo se refiera a la complejidad de la economía capitalista —o mejor, a un cierto “nivel de abstracción” suyo a definir— como aparece en el “modelo”, o en los “modelos” esbozados en los distintos libros de *El capital*. Por otra parte, no queremos esbozar nuevas interpretaciones, sino únicamente establecer la metodología de Marx y de Engels. Por otra parte, no podemos dejar de observar que la afirmación del trabajo como único costo de la producción social —¡repetida desde Locke en adelante!— es de por sí insuficiente para fundar la teoría del valor-trabajo. A tal fin es preciso determinar además: α) las condiciones en las que es planteada la teoría del valor-trabajo; β) el significado determinado, histórico-realista, de las condiciones propuestas.

Los intérpretes “por analogía” y “por hipótesis” responden a la primera exigencia, y fijan las características de lo que Sorel llamó el “capitalismo homogéneo”. Pero consideran a tales condiciones como el “vacío” y no responden a la segunda exigencia. Por otra parte, la falacia del procedimiento que se vale de “hipótesis abstractas” está demostrada por el hecho de que es común a los ricardianos —y por lo tanto a los economistas burgueses— y a aquellos marxistas mencionados más arriba.

Los intérpretes que se ocupan de “lógica económica” a veces observan que Marx razonaba siguiendo los factores *principales* de los fenómenos, de acuerdo por tanto con el método general de la ciencia económica (Denis); o bien nos trasladan al campo de la misma lógica marxiana (Dobb). Nos referiremos ahora a las tentativas de Denis y de Dobb.

Ante todo veamos un ejemplo característico que aparece en la

obra de Denis *La valeur*.³⁸ Para hacer comprender cómo la ley del valor constituye el instrumento esencial de la interpretación de las relaciones entre los precios —a despecho de los obstáculos que se oponen a su perfecta realización— Denis ofrece el ejemplo del precio relativo del grano, que supone como doble del de la cebada. Si los mercados son libres —agrega— y se desea conocer la causa *principal* de tal fenómeno, no es preciso en primera instancia considerar las ganancias realizadas por los productores, sino tener en cuenta las cantidades de trabajo necesarias para la producción de las mercancías.

Como se ve fácilmente, la causa *principal* es aquí contrapuesta a lo que ya Ricardo denominaba los elementos *accidentales*. Pero debemos preguntarnos, ¿accidentales en qué sentido? ¿En sentido cuantitativo porque es de menor peso? ¿En el sentido de elementos variables respecto a otros constantes? De cualquier modo, convendría demostrar que en la sociedad capitalista son accidentales los elementos que no son comprendidos en la aplicación de la ley del valor. Pero, como ya hemos mencionado, tales elementos no son los hechos accidentales, en cuanto constituyen parte integrante de una totalidad orgánica; y en todo caso, sería preciso poner en claro el “nivel de abstracción” en base al cual se distinguen los elementos principales de los accidentales.

Dobb afrontó, como es sabido, explícitamente la “cuestión del método”. Los resultados “profundamente ciertos” alcanzados por Marx son atribuibles —dice Dobb al hecho de que jamás considera como independiente aquellas circunstancias que impedían a los principios (por ejemplo, la ley del valor) asumir la generalidad requerida.³⁹ Marx no perseguía generalidades vacías o arbitrarias, sino “generalidades”, por así decirlo “plenas” de los problemas históricos planteados por las dificultades de una economía en crisis: “Su análisis de la sociedad capitalista [de parte de Marx] arrancaba de una filosofía general de la historia en la que, puede decirse, quedaron combinados el énfasis descriptivo y clasificatorio de la escuela histórica, y el énfasis analítico y cuantitativo de la Economía Política abstracta”.⁴⁰ Tales intereses fueron, para Marx, “los movimientos de las grandes clases de ingresos de la

38. *Ibid.*, p. 83.

39. Dobb, *op. cit.*, pp. 17-18.

40. *Ibid.*, p. 22.

sociedad, como clave de las leyes de la sociedad capitalista, hacia cuya individualización estaba dirigido inicialmente su análisis".⁴¹ Marx criticaba "un método particular de abstracción por cuanto éste desconocía lo esencial, tomando la imagen por la sustancia y la apariencia por la realidad"; él perseguía "proposiciones determinadas"; sus "abstracciones" no le pertenecían en cuanto trabajaba siguiendo la "sólida tradición de la economía clásica"⁴².

Una de las dos abstracciones que causaron mayor revuelo — así recuerda Dobb — entre los críticos de Marx es la de la "igualdad de la composición orgánica del capital en todas las ramas de la producción" (la otra es la del trabajo simple y homogéneo). La primera abstracción era común a los economistas que precedieron a Marx y a sus contemporáneos, y constituía la base de muchos de sus más destacados corolarios. Una abstracción (o aproximación) es, por otra parte, legítima o no, según Dobb, "si los corolarios deducidos de la aproximación quedan o no invalidados por las salvedades que requiere una aproximación más cercana, esto es, si las alteraciones introducidas en el volumen III implican una diferencia sustancial respecto de las conclusiones derivadas de los supuestos de que se parte en el volumen I".⁴³

Pero mientras compartimos, en líneas generales, la genérica caracterización ofrecida por Dobb del método marxiano (y la aplicación que de ella hiciera en muchos casos), estamos convencidos de que el mismo Dobb no aplicó consecuentemente su propia concepción a la ley del valor. Como es obvio, esto no debe sorprendernos ya que un principio nuevo, o una perspectiva nueva, se afirman lentamente y lentamente a su vez se van depurando de la vieja envoltura que los recubre (y esa vieja envoltura es para nosotros todavía el método "metafísico" de la economía). En lo que se refiere a la teoría del valor, en particular, nos parece que Dobb en el fondo siguió siendo un ricardiano. De cualquier manera seguimos detalladamente su ejemplo.

A fin de cuentas, Marx habría operado como Ricardo al presuponer como igual la composición orgánica del capital en la empresa: este principio formaba "parte de la tradición de la Econo-

41. *Ibid.*, p. 53.

42. *Ibid.*, pp. 51-52.

43. *Ibid.*, p. 53.

mía Política clásica", escribe Dobb.⁴⁴ Este supuesto, "figuraba prominentemente en Ricardo. En la teoría del comercio internacional, por ejemplo, era la base de la proposición de que un alto o bajo nivel de salarios en un país no afecta a la relación de intercambio, sino que sólo da origen a un cambio contrario y equivalente del nivel de ganancias".⁴⁵

Pero lo que interesa es determinar si los elementos que Ricardo no consideraba en la teoría del comercio internacional, eran igualmente inesenciales —a los fines de extraer los corolarios de Dobb— que los elementos de los cuales abstraía Marx. Poco importa que estos elementos fuesen idénticos (se trata, en efecto, en los dos casos, de suponer que una variación de la tasa de los salarios, o de las ganancias, no altera la relación entre los valores); se trata ante todo de ver si es lícito abstraer elementos idénticos en dos casos distintos.

Ricardo podía "abstraer". En efecto, si las mercancías se cambiaran no ya en razón de los valores, sino de estos valores modificados por las ganancias (o los salarios), permanecería válido el corolario referido a la conocida ley de los costos comparados. Los "costos comparados" (incluyendo las ganancias) se apartarían en tal caso de la relación primitiva (dada por los solos valores) a través de variaciones cuantitativas *inesenciales* al principio mismo. Es más, se puede observar que la "ley de los costos comparados" requiere que los problemas del comercio internacional sean planteados en términos de relación de costos y no ya que estos costos sean medidos en trabajo. Todos los desarrollos post-ricardianos de la teoría del comercio exterior contribuyen a probarlo.

Pero lo que hemos señalado acerca del ejemplo de los costos comparados, puede ser repetido en el caso de otros ejemplos planteados por Dobb en sostén de su tesis. El lector mismo podrá hacerlo refiriéndose al ejemplo de Mill de la "demanda de trabajo que no significa demanda de productos" y al ricardiano de la renta, recordado por Dobb.⁴⁶

Marx no podía abstraer (y en los hechos no ha abstraído de la manera indicada por los críticos recordados arriba) como hacían

44. *Ibid.*, p. 52.

45. *Ibid.*, p. 52.

46. *Ibid.*, p. 52.

los clásicos. Las modificaciones introducidas en el Libro III de *El capital* parecen aportar diferencias sustanciales en las conclusiones extraídas de las consideraciones planteadas en el primero. Por consiguiente, el sistema marxiano sería "*abgeschlossen*" —para decirlo con las palabras de Böhm-Bawerk— si debiese ser interpretado por medio de hipótesis abstractas.

e) Ya se dijo que no intentamos evidenciar ninguna interpretación nueva de Marx. Deseamos solamente esclarecer hasta qué punto una conciencia más profunda del método de investigación marxiano puede permitir reconstruir la solución dada por Marx y por Engels al problema de las "divergencias". Y cuando hablamos de solución marxiana no nos referimos sólo, ni principalmente, a la segunda sección del Libro III⁴⁷ en el que Marx —pasando del valor al precio de producción— concilia la ley del valor con la ley de la tendencia de las ganancias a la igualación. Se trata, en efecto, de una conciliación puramente aritmética —realizada sobre la base de promedios— y no ya una solución que derive de consideraciones histórico-teóricas; de una conciliación puramente exterior que no implica cuanto de genuino y de peculiar tiene la metodología marxiana. Por otra parte, tal conciliación estaba implícita en Ricardo y algunos economistas, como Lexis, la habían preanunciado con exactitud.⁴⁸ Más aún, su misma naturaleza de puro cálculo de la "solución" presentada por Marx en el Libro III, puede explicar el hecho de que Marx mismo no haya insistido extrayendo de esa solución todas las consecuencias necesarias (es decir, extendiendo la sustitución operada con los precios de producción a todo su sistema cuantitativo de valores). Tal sustitución, como es sabido, ha sido luego obra de Bortkiewicz y por esto se habla a veces de un error de Marx.⁴⁹ Por lo tanto, cuando hablamos de solución marxiana, nos referimos sobre todo a aquel

47. KARL MARX, *El capital*, Libro III, Segunda sección, "Cómo se convierte la ganancia en ganancia media", pp. 150 ss.

48. Los economistas que habían interpretado correctamente a Ricardo llegaron fácilmente a la solución puramente cuantitativa dada por Marx en el Libro III. Así, por ejemplo, Lexis, que la preanunció en 1884, y también Ricca Salerno. Asimismo Adler había anticipado la solución marxiana, confesando honestamente que la había recogido de boca del mismo Marx.

49. P. M. SWEETZ, *op. cit.*, p. 128.

fragmento en el que Marx estudia la ley del valor desde el punto de vista *histórico* y de su aplicación concreta.⁵⁰

Como es sabido Marx sostiene que el cambio de las mercancías por su valor ocurriría prácticamente según la ley del valor en el sistema de la producción mercantil simple: “El cambio de las mercancías por sus valores o aproximadamente por sus valores presupone, pues, *un grado de desarrollo más bajo* que el cambio a base de los precios de producción, lo cual requiere *un nivel bastante elevado en el desarrollo capitalista*”.⁵¹ Y como es bastante conocido, Engels desarrolla el pensamiento de Marx, concluyendo: “En otros términos: la ley del valor de Marx rige con carácter general, en la medida en que rigen siempre las leyes económicas, para todo el período de la producción simple de mercancías; es decir, hasta el momento en que ésta es modificada por la aparición de la forma de producción capitalista. Hasta entonces, los precios gravitan con arreglo a los valores determinados por la ley de Marx”; “La ley del valor de Marx, tiene, pues, una vigencia económico-general, la cual abarca todo el período que va desde los comienzos del cambio por medio del cual los productos se convierten en mercancías hasta el siglo XV de nuestra era”.⁵²

Como es fácil de observar, Marx subraya los “grados de desarrollo” que condicionan la aplicación de la ley del valor y *no excluye* que ella pueda ser aplicada también en condiciones de capitalismo; pero para esta aplicación requiere solamente “*un determinado nivel de desarrollo capitalista*”. Es sólo Engels quien —deseando interpretar correctamente a Marx desde el punto de vista histórico-teórico— excluye que la ley del valor pueda ser aplicada, por sí misma, al modo de producción capitalista. *Marx no lo excluye*. ¿Y cómo podría hacerlo? Si ella no fuese aplicable al modo de producción capitalista (en cierto grado de desarrollo), ¿cómo habría sido posible demostrar (es decir, encerrar dentro de determinadas coordenadas históricas) el principio de la plusvalía? En consecuencia, estamos convencidos de que la demostración de la aplicación de la ley del valor debe ser *histórica* (como quiere Engels), pero con esto no digo que tenga que seguir puntualmente las líneas de evolución histórica subrayadas por Engels

50. KARL MARX, *El capital*, Libro III, p. 180.

51. *Ibid.*, p. 180. El subrayado es nuestro.

52. *Ibid.*, “complemento al prólogo”, de F. Engels, p. 33.

(que no son, a fin de cuentas, sino conjeturas sobre lo que habría escrito Marx: "Si Marx hubiese podido revisar el libro III antes de su publicación, es indudable que habría desarrollado considerablemente este pasaje, que, en su actual redacción, no hace más que esbozar su punto de vista acerca de este punto litigioso")⁵³.

f) Es también nuestra opinión de que podemos aproximarnos a una solución adecuada del problema (mejor aún, que podemos evitar extraviarnos en pseudo-problemas) remitiéndonos a la metodología de la *Einleitung* y reconstruyendo la secuencia de las categorías en las que fue especificándose históricamente el fenómeno del *surplus* (y por lo tanto el *surplus-plusvalía*); secuencia que debe ser subvertida para la comprensión teórica de las relaciones entre los fenómenos en cuanto la plusvalía explica el *surplus* y no ya el *surplus* la plusvalía. Pero, para una visión comprensiva de los fenómenos, de la que pueda extraerse la solución buscada, tal secuencia debe ser desarrollada e integrada. En efecto, en condiciones de "capitalismo heterogéneo", la categoría de plusvalía es a su vez superada por la categoría de ganancia que la integra. Y en este nivel de abstracción (en el que rige siempre la condición general de la libre concurrencia) la categoría dominante es la de ganancia. Pero esto no ocurre en condiciones de monopolio (más o menos absoluto), en cuyo caso la categoría predominante no es la de ganancia (concurrencial), sino la de renta máxima de monopolio, de modo que la secuencia cronológica de los fenómenos es la siguiente: *surplus-plusvalía-ganancia-renta de monopolio*, a la que corresponde un orden exactamente inverso de sus relaciones teóricas que es: *renta de monopolio-ganancia-plusvalía-surplus*.

A este orden de secuencia corresponde estrictamente el orden ya considerado de las otras categorías correspondientes: precio de mercado-valor-precio de producción-precio de monopolio. Y a fin de que tales categorías no permanezcan indeterminadas, es necesario que evidencien a plena luz las condiciones históricas de las que son producto y en cuyo ámbito poseen plena validez. Por lo tanto, prescindiendo del precio de monopolio (y de la renta de monopolio), característico del capitalismo maduro o imperialismo, y deteniéndose en el ámbito de las categorías más propiamente

53. *Ibid.*, p. 30.

marxistas, es necesario estudiar, por una parte, la condicionalidad histórica de las categorías precio de producción-ganancia y, por otra parte, la de las categorías valor-plusvalía, partiendo —como debe hacerse desde el punto de vista lógico— de la primera pareja (que es la última desde el punto de vista cronológico).

Y es preciso anotar cómo la exacta comprensión teórica-histórica de los fenómenos (cronológicamente posteriores) del precio de producción y de la ganancia, que Ricardo había sentido antes de publicar el primer Libro, le permitió plantear desde el punto de vista conceptual los fenómenos del valor y de la plusvalía.

g) En consecuencia, consideremos y tratemos de evidenciar las condiciones históricas de las categorías precio de producción y ganancia.

Los precios de producción expresan un fenómeno que no es general, sino circunscripto estrictamente a una fase evolutiva del capitalismo, en la cual los precios se alejan de los valores de una manera completamente particular y no ya como los precios corrientes se alejan de los valores (más aún, son los precios corrientes los que se alejan de los precios de producción). Precisando, los precios de producción se alejan de los valores en la medida necesaria para que pueda operar la ley específica del capitalismo competitivo: la tendencia a la igualación de la tasa de ganancia.⁵⁴ Obsérvese cómo ni siquiera esta tendencia a la igualación de la tasa de ganancia fue enunciada por Marx de una manera genérica, sino de una manera históricamente específica como *tendencia* de las tasas de ganancia de los distintos sectores productivos a nivelarse sobre niveles cada vez más bajos (en otros términos, como *tendencia a la caída de la tasa media de ganancia*). Y esta tenden-

54. Obsérvese que falta en Ricardo un concepto (y hasta un término) *correspondiente al de precio de producción*. El ambiguo concepto ricardiano del valor relativo (*relative value*) es absolutamente indeterminado y se refiere a cualquiera razón de cambio: tanto a los valores de las mercancías monopolizadas, como a los valores de los bienes raros y a los valores corrientes de las mismas mercancías reproducibles. Por el contrario, el precio de producción marxiano determina lo que en Ricardo sólo es potencial, vale decir, una razón de cambio (siempre referible sólo a las mercancías reproducibles), medidas normalmente respecto de la cantidad de trabajo utilizada para su producción, o influenciada accidentalmente (o sea desde el punto de vista de la repartición de la masa total de la ganancia) por la tasa de ganancia (o por el salario).

cia específica no deriva ni de causas "naturales" (como la ley ricardiana de los rendimientos decrecientes de la tierra), ni de causas ocasionales, sino de una determinante histórica específica como es el aumento de la composición orgánica del capital. Por otra parte, ni siquiera esta tendencia al aumento de la composición orgánica del capital es *indeterminada*, vale decir, no deriva de cualquier com-

binación abstracta posible de la relación $\frac{c}{v}$, donde c es el valor

del capital constante y v el del capital variable. Ella se origina únicamente en un aumento relativo de v y en un correspondiente (y mayor) aumento de c .⁵⁵ Además, la propia caída de la tasa general de ganancia no es absoluta, es justamente una tendencia, y contra ella actúan en mayor o menor medida las conocidas y *determinadas* fuerzas contradictorias que Marx enunció como meras posibilidades y que el curso histórico convalidó en determinadas direcciones (sobre todo, en el de la concentración monopolista).

En resumen, el período histórico en el que predomina la categoría de precio de producción y la de ganancia, es un período de crisis recurrentes y de desarrollo del "ejército de reserva del trabajo", caracterizado por la caída tendencial de la tasa de ganancia que deriva del aumento de la composición orgánica del capital. Pero el aumento progresivo de la composición orgánica del capital está signado por un *salto adelante de las fuerzas productivas y por una revolución técnica en vías de generalización*. Obsérvese que con el aumento progresivo de la composición orgánica del capital, aparece una progresiva diferenciación de los períodos relativos de rotación del capital. Cuanto mayor es la inversión relativa en capital constante, tanto mayor es la prolongación relativa del período de producción y tanto más se acentúan las diver-

55. Con este ejemplo, en el que se determina históricamente la formulación matemática de ciertos problemas y de ciertas soluciones marxianas, es criticado el método de quienes establecen ecuaciones y consideran poder resolverlas en función de una variable cualquiera —ya que el problema es matemáticamente determinado— o de una arbitraria dirección histórica del movimiento que se expresa en dicho problema. Así Sweezy, para el caso de la teoría de la caída de la tasa media de ganancia (P. M. SWEEZY, *op. cit.*, p. 113); así John S. Shipman, en lo referido a la divergencia entre valores y precios de producción ("The Consistency of the Marxian Economic System", en *Economia internazionale*, 1952, n. 3).

gencias entre los períodos de producción de las ramas productivas que se desarrollan de manera capitalista en relación con aquellas que permanecen relativamente atrasadas. Desde este punto de vista, los dos fenómenos funcionan conjuntamente y se implican alternativamente.⁵⁶

h) La caracterización dada aquí de las condiciones específicas que condicionan las categorías de precio de producción y de ganancia, nos permite delinear en su especificidad también el nivel inferior (inferior como nivel histórico de abstracción) en el que operan específicamente las categorías de valor y plusvalía.

Dicho nivel, como el superior, se caracteriza por la libre competencia que adecúa las tasas de ganancia entre los sectores productivos, y en el ámbito de los sectores productivos, entre empresa

56. En otros términos, según la terminología de la teoría pura anglosajona del capital, el *widening* del capital acompaña al *deepening*. O, según los términos sorelianos, se da una acentuación general del "capitalismo heterogéneo" en relación al "homogéneo".

El lector podrá observar que la conexión mencionada en el texto implica la aceptación del llamado "principio de la mayor productividad de los procesos de producción prolongados" (capitalización por *Umwege o roundabout methods*), dedicado a Böhm-Bawerk, y combatido vivamente por la doctrina posterior del economista austriaco. Ello podrá aparecer como la inclusión de un principio extraño en el arsenal científico de Marx. Frente a esta posible observación, debe señalarse que: a) uno de los principios defendido más firmemente en este escrito es aquel que sostiene que el método crítico marxiano no debe ser concebido como un rechazo prejuicioso de toda la "economía burguesa", sino como un profundo y metódico cedazo crítico que rechaza las estructuras viciosas del razonamiento apriorista, pero que al mismo tiempo ilumina todo lo científicamente positivo que pueda encerrar la economía clásica. Tenemos la convicción de que con respecto a Marx mucho se salva de la economía clásica, y algo se salva también de la obra de aquellos economistas que puede decirse que dedicaron su actividad científica a refutar, y, por lo tanto, en cierto modo a comprender a Marx. Me refiero sobre todo a Böhm-Bawerk y a Schumpeter; b) que en el caso particular del principio de la mayor productividad de los períodos de producción prolongados, no compartimos en nada las críticas que se le hicieron; más aún, éste me parece uno de los aportes "formalmente" más sólido de Böhm-Bawerk (cf. VON HAYEK, *The Pure Theory of Capital*, London, 1941, pp. 75 ss.; permítasenos remitir a nuestra definición de "capital" en el *Diccionario de economía política*, Ediciones Castilla, Madrid, 1962, pp. 115-144); c) que Böhm-Bawerk ha derivado la teoría del "período de producción" del libro II de *El capital*, lo que en la economía burguesa significa, por lo tanto, un "retorno" al marxismo.

y empresa. Pero no está caracterizado por una adecuación autónoma de la tasa de ganancia en cuanto dicha tasa —como la de la plusvalía— resulta igual en cada rama de producción y tal igualdad está asegurada por la condición general y *tendencial* de “capitalismo homogéneo”. Además, y esto es esencial para la interpretación histórico-teórica del problema del valor y para la validez de la solución marxiana, tal condición *tendencial* de “capitalismo homogéneo” debería permanecer prácticamente constante o perdurar durante el período de tiempo *que separa uno de otro salto adelante de las fuerzas productivas*, es decir una de otra revolución generalizada de la técnica.⁵⁷

i) Debemos subrayar ahora cómo los dos “niveles de abstracción” aquí delineados no corresponden a dos “modelos” imaginarios o arbitrarios. Por el contrario, el sustrato histórico con el que se correlacionan las categorías precio de producción y ganancia (y en el cual se insertan las categorías de valor y plusvalía) corresponden a “momentos” evolutivos dados de la historia del capitalismo reflejados por la dinámica marxiana del desarrollo capitalista. Más precisamente, el momento caracterizado por el precio de producción y la ganancia corresponde a esa dinámica en acto, al “tiempo” en el cual sigue siendo activo un determinado salto adelante de las fuerzas productivas; y la técnica de la producción y de la explotación del trabajo se apoya preferentemente en la expansión relativa del capital constante (mecanización profundizada y desarrollo del sistema de fábrica). La renta característica de la empresa capitalista es, en este “momento”, la superganancia facilitada por el retardo con el que operan las fuerzas de la competencia y que se manifiesta como una especie particular de plusvalía relativa, que deriva del ascenso de la productividad del trabajo causado por el incremento relativo del capital cons-

57. Para sintetizar, subrayaremos que el desarrollo hacia el “capitalismo heterogéneo” y la temporaria detención en el “capitalismo homogéneo”, no deben ser concebidas desde un punto de vista “técnico” (por ejemplo, mayor número relativo de máquinas o materias primas por unidad de fuerza de trabajo o mayor velocidad de rotación de unidades técnicas por unidad de tiempo), sino desde un punto de vista “económico”, bajo la forma de “valores”, como precisamente presupone Marx.

tante (es decir por el aumento de la composición orgánica del capital) en cada empresa.⁵⁸

Dicha “superganancia”, dicha plusvalía relativa, que se podría llamar “impropia”, constituye el *trait d'union* entre el momento en el cual las categorías dominantes están constituidas por el precio de producción y por la ganancia y aquél en el que están dadas por el valor y la plusvalía: es decir por la plusvalía relativa, en sentido propio (que deriva de la reducción del valor de la fuerza de trabajo mediante la reducción del trabajo socialmente necesario objetivado en los medios de subsistencia), y por la plusvalía absoluta. Dicho “momento”, caracterizado por el valor y la plusvalía, corresponde a una detención momentánea y a un cierto equilibrio tendencial del desarrollo; corresponde a un “tiempo” en el que, como ya se dijo, un determinado salto adelante de las fuerzas productivas se agota o, mejor, va agotándose. En ese momento, la técnica de la producción y de la explotación no se apoyan más en la extensión relativa del capital constante (mecanización profundizada y empleo de nuevas materias primas y de nuevas fuerzas productivas), sino en un nivel alcanzado temporariamente por las fuerzas productivas. Hemos caracterizado específicamente a ese “momento” subrayando cómo la composición orgánica del capital debe ser considerada como *tendencialmente* igual en cada rama productiva, y cómo, además, es considerada *tendencialmente* constante durante el tiempo que separa a uno de otro salto adelante de las fuerzas productivas.

Dada la importancia de este “momento” —recuérdese que está caracterizado por el hecho de que las mercancías se venden por su valor y que en él la plusvalía se presenta en estado puro— es necesario evidenciar más los aspectos y sobre todo las condiciones históricas en las que se concreta *tendencialmente*.

j) En este ámbito, es preciso recordar también que el sistema histórico estudiado por Marx es un sistema competitivo. Por otra

58. En tal caso, el valor de cambio de cada unidad de producto disminuye; pero si simultáneamente, como se presupone en la hipótesis dada, no disminuye el tiempo de trabajo objetivado en una determinada mercancía de otras empresas, el promedio socialmente necesario decrecerá menos de cuanto haya disminuido el trabajo objetivado en el producto de la empresa de la cual partió el movimiento.

parte, el análisis marxiano de los Libros I y II, y de gran parte del III, de *El capital*, presupone, como la teoría de los clásicos, la competencia; el monopolio se presenta sobre el telón de fondo de las causas contrarrestantes de la caída tendencial de la tasa de ganancia.

Por lo tanto, aun con respecto a la “base técnica” de la producción es necesario tener en cuenta a las ramas productivas competitivas, lo que está comprobado por el hecho de que en el nivel de abstracción en el que operan las categorías de valor y de plusvalía, Marx no se plantea el problema de la renta de la tierra y de las minas. Marx excluye así, de este nivel de abstracción, *las ramas productivas donde la composición orgánica del capital es distinta de la media*, y en el caso de la agricultura y de las minas, la composición orgánica del capital es precisamente más baja que aquella general.

A partir de esto, es necesario tener presente cómo se determina, y cómo se detiene, el desarrollo de la “base técnica” y por tanto un determinado salto adelante de las fuerzas productivas. Para Marx, no es sólo la “masa de la riqueza social”, sino también el mismo flujo de las innovaciones técnicas en el que se sustancia el capital constante (mecanización, fuerzas motrices, materias primas), el que “al progresar la acumulación desborda y es susceptible de convertirse en nuevo capital, se abalanza con frenesí a las viejas ramas de producción cuyo mercado se dilata de pronto, o a ramas de nueva explotación, como los ferrocarriles, etc., cuya necesidad brota del desarrollo de las antiguas”.⁵⁹ Más aún, para emplear la terminología moderna, se podría decir que a las “innovaciones autónomas” le siguen las “innovaciones inducidas” (Hicks) y que al impulso de las industrias que conducen le sigue el desarrollo de las industrias remolcadas (Schumpeter).⁶⁰ De todas ma-

59. KARL MARX, *El capital*, Libro I, p. 535.

60. Alguien podrá observar que el texto —en la parte que se refiere a las “innovaciones” técnicas que se difunden y que imprimen un desarrollo característico al sistema económico— sigue, por así decirlo, una pauta schumpeteriana. Esto es cierto en lo que hace al “olor” schumpeteriano, pero no es exacto si se quiere con ello incurrir en una interpretación de Marx según el modelo ofrecido por Schumpeter. Más aún, la cuestión debe ser invertida: determinadas tesis schumpeterianas no son otra cosa que derivaciones de Marx, aunque transformadas, retorcidas, escindidas del complejo orgánico que ellas

neras, es esencial tener presente que la ola de las innovaciones se agota y que, debido a la concurrencia técnica entre las ramas productivas —de donde deriva la recordada distinción entre industrias conductoras e industrias remolcadas—, las ramas productivas *tienden* a asumir la misma base técnica general, es decir que *dada la diferencia técnica específica de los diferentes sectores productivos*, ellos *tienden* a una igual dotación de capital constante por unidad de capital variable (y a un periodo igual de rotación que deriva de una similar “profundización” o prolongación del periodo de producción). Lo que equivale a admitir que al agotarse el proceso concurrencial de difusión de una base técnica dada, la tendencia al “capitalismo homogéneo” alcanza el máximo de realización práctica.

k) Pero para analizar el concepto con otros términos, se podría subrayar que así como en el capitalismo concurrencial el trabajo tiende a “homogeneizarse” (es decir, a volverse “general”, intercambiable), así la técnica tiende a “homogeneizarse” después del gran salto adelante de una “revolución industrial”. La cantidad de trabajo “muerto” que permite al trabajo “vivo” producir, *tiende* a igualarse (o a devenir *menos desigual*) entre cada rama productiva del capitalismo competitivo. Similarmente, *tienden* a la igualación los periodos de producción. De esta manera, en la situación de desequilibrio menor (o de equilibrio relativo), que acompaña el agotamiento de una ola de innovaciones técnicas, aparecerían tres tendencias distintas, pero coordinadas, a la igualación: ∞) —entre precios y precios, dentro de las distintas ramas de producción, sobre la base de los valores iguales; β) —entre las tasas de ganancia (entre las diferentes ramas de producción); γ) —entre las ecuaciones de la técnica —comprendidas en ellas el

forman en Marx. De todas maneras, la teoría de la transformación de la base técnica —con todo lo que deriva de ella— es estrictamente marxiana e influyó extraordinariamente a Schumpeter. Por lo tanto, retomarla a través de ciertas precisiones y renovaciones schumpeterianas, reintegrándola en el todo, no constituye al final de cuenta un error de método. A fin de cuentas, el conjunto del sistema teórico de Schumpeter nos parece una tentativa no lograda de interpretación de Marx; una tentativa infructuosa que llega hasta subvertir la teoría marxiana.

elemento tiempo que califica la amplitud del periodo de rotación— *siempre compatible con el carácter técnico específico de cada rama productiva afectada.*

En lo referido al punto γ), debe también señalarse que la tendencia allí mencionada no corresponde a *todas* las ramas productivas. Más aún, extenderla a todas las ramas productivas significaría permanecer en un terreno abstracto e indeterminado. El carácter histórico concreto de esta tendencia nos lleva de inmediato —por lo dicho precedentemente a propósito de la exclusión de la agricultura del conjunto de sectores productivos en los que se aplica la ley del valor *strictu sensu*— a limitarla a la industria, dado que los problemas del comercio y de la banca están subordinados, en el periodo de desarrollo del capitalismo industrial, a aquellos industriales, y la ganancia comercial y bancaria, como es sabido, es un reflejo de la ganancia industrial. Pero no basta decir “industria”: es necesario especificar históricamente las ramas industriales haciendo referencia a aquellas cuyo desarrollo coexiste con el desarrollo del capitalismo competitivo y que, como tales, son recíprocamente competitivas en relación a la “base técnica” revolucionada que las afecta. ¿Y cómo no hacer referencia entonces a las “revoluciones industriales” que destruyen el particularismo, la *routine* técnica de la producción y tienden a aproximar la base técnica de las distintas ramas industriales revolucionadas? Y especificando históricamente, ¿cómo no hacer referencia a la “revolución industrial” por antonomasia, que afectó a determinadas ramas industriales durante el periodo que transcurre del 1770-80 al 1830-50, según las distintas periodizaciones de los diversos autores, y que transformó precisamente las industrias textil, minera y siderúrgica, es decir las industrias históricamente, típicamente capitalistas? Y si esta tendencia a la igualdad de la “base técnica” está presente en toda “revolución industrial”, ella ha alcanzado en verdad un grado *máximo* en la Revolución industrial por excelencia (a través de la cual la humanidad realiza —en lo que respecta a la base técnica de la producción— un salto adelante más considerable que todo el camino que había recorrido lentamente desde el último cuarto del siglo XVIII). En otros términos, esto significa que la desigualdad de la base técnica fue probablemente *mínima* en el periodo en que se fue extinguiendo la gran ola generalizada por la revolución industrial, hacia los años 1840-50. ¿Pero no fue éste el periodo “heroico” del capitalismo, reflejado

especialmente en el Libro primero de *El capital*?⁶¹ ¿No fue ésta la situación *históricamente determinada* en la que se dio el *máximo* de posibilidades concretas de operatividad de la ley tendencial del valor-trabajo? En otros términos, ¿no fue este el momento en que la ley del valor-trabajo es “verificada”?

Graves interrogantes que plantean la exigencia de una cuidadosa investigación estadístico-histórica retrospectiva que aquí no podemos ni siquiera esbozar, pero cuya respuesta creemos es coherente con la esencia misma de la metodología marxiana (expresada sobre todo en la Einleitung),

1) Hemos circunscripto el ámbito histórico que está en la base de los dos “momentos” que signan el desarrollo y la detención temporaria del desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo. Esto nos permite enriquecer en gran medida su carácter concreto, considerándolo en comparación con la teoría del valor de Ricardo y con la de Marx.

Ricardo vivió y teorizó en pleno curso de la revolución industrial inglesa que, como es sabido, transcurrió en los años que van del 1770 al 1830-40 (o 1850), o del 1787 al 1842 (según la significativa periodización de Schumpeter). Ricardo murió en septiembre de 1823, cuando la introducción de las máquinas en las distintas industrias textiles estaba todavía en curso y la aplicación de la máquina de vapor (y la transformación de la técnica minera y de la industria siderúrgica) no había dado todavía todos sus frutos.⁶² Ahora bien, tal período “revolucionario” fue favorable a Ricardo, en cuanto le ofreció la nueva problemática de la intro-

61. Decimos reflejado en el sentido de descripto, de contenido. La tendencia al sucesivo salto industrial (la época de los ferrocarriles) estaba ya presente en Marx antes de la publicación del Libro I, es decir antes de 1867. Con esta tendencia se presentaba la problemática del precio de producción, de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia y de los gérmenes mismos del capitalismo monopolista. Más aún, la presencia de los fenómenos del capitalismo más avanzado debía estar presente en Marx ya que, para la metodología marxista, lo que es subsiguiente en la cronología deviene antecedente en la formulación lógica.

62. Como se sabe, el “salto” enorme en la producción fundamental del hierro en bruto se produjo en Inglaterra precisamente entre 1823 (muerte de Ricardo) y 1840, cuando el producto pasó de 455.000 a 1.400.000 de toneladas anuales.

ducción de las máquinas (de donde deriva su capítulo adjunto *De la maquinaria*, en la tercera edición de los *Principios*); pero constituyó, por otra parte, un obstáculo para una elaboración completa de su teoría del valor. El período “revolucionario” le ofreció un cuadro extremadamente fluido, dentro del cual podía determinarse muy bien el “precio de producción”, pero no podía aparecer, en su forma pura, el valor. De allí la insatisfacción ricardiana en lo que hace al tema del valor y su oscilación entre la teoría ecléctica del valor-trabajo (influenciado de algún modo por la tasa de ganancia) y la del puro valor-trabajo, por la cual Ricardo se inclinó al final de su vida más por una especie de recta intuición que por un razonamiento teórico fundado.

Distinto fue el caso de Marx. Hacia 1840-50, el empleo de las máquinas, ampliamente difundido primero en la industria del algodón, había triunfado definitivamente en todas las ramas de la industria destinadas a la producción de masa⁶³ y concluido la evolución de las formas técnicas de la producción moderna: de la manufactura a la industria de fábrica.

Por otra parte, *El capital* se funda sobre una documentación que engloba dos grupos de industrias “capitalistas” que se renuevan revolucionariamente: el grupo de las industrias que alimentaron el desarrollo de la revolución industrial, a las que Marx da el máximo relieve (textiles, es decir, algodón, lana y seda; siderúrgica; minera y metalúrgica) y el grupo sucesivo (ferroviaria; química; telégrafo).⁶⁴ De tal manera, Marx asistió y tuvo presente las sucesivas oleadas del desarrollo industrial de fábrica, que se manifestaron en la grave depresión de 1846-47, con la cual prácticamente concluyó el “salto adelante” de la primera revolución industrial.

Marx, a diferencia de Ricardo, pudo conocer experimentalmente la detención temporaria del desarrollo “revolucionario” de la técnica, el estado de difusión alcanzado por las innovaciones técnicas

63. Fue en el curso del invierno de 1850-51 cuando Marx retomó activamente el trabajo de documentación económica y el estudio de los grandes economistas; en abril de 1851 pensaba haber llegado a un puntal que podía comenzar a escribir su libro.

64. Marx parece hacer coexistir la revolución industrial con el desarrollo industrial de todo el siglo XVIII, y no le asigna un término bien definido. En todo caso, subraya vivamente las distintas evoluciones de la base técnica y las respectivas detenciones de su desarrollo.

y la temporaria detención de la aplicación de la ley de desarrollo capitalista, por la cual el capital constante crece relativamente en comparación con el capital variable (y por lo tanto, aumenta la composición orgánica del capital).

En una palabra, Marx tuvo presente el grado de desarrollo social "bastante inferior" y no aquel otro en que el cambio se realiza a los precios de producción, y para el cual es necesario un determinado nivel de desarrollo capitalista y que es condición del "cambio de las mercancías por sus valores o aproximativamente por sus valores". ⁶⁵.

m) Pero existen también dos órdenes de consideración que pueden valorar lo expuesto precedentemente:

∞) el primero se refiere a la clarificación que los problemas inherentes a la ley del valor (y a su aplicación y "ambiente histórico") recibieron del desarrollo histórico-económico y del perfeccionamiento de las categorías de la elaboración marxiana. La secuencia cronológica de los fenómenos que llevan del sistema de concurrencia al de monopolio (y de sus elementos característicos, el precio de concurrencia al precio de monopolio), condujo a la formación de la categoría "precio de monopolio", que *lógicamente* explica la categoría (cronológicamente antecedente) del precio de concurrencia. Dicho precio de concurrencia —como hemos visto— no puede ser cualquier precio de mercado, sino un "precio de producción", lo cual nos conduce a un período de intensa manifestación de la ley de participación decreciente del capital variable en el capital constante (es decir, de la ley misma de desarrollo "técnico" de la economía capitalista). Y remontándose hacia atrás nos conduce a un precio "necesario", es decir al valor que se encuen-

65. Obsérvese que Marx se refiere a una *tendencia* al cambio de las mercancías por sus valores. Por otra parte, Marx mismo caracterizó de la siguiente manera el ritmo de desarrollo de la industria: "la marcha arrolladora de la industria inglesa desde 1848 hasta hoy, es decir, durante el período de la jornada de diez horas, sobrepasa a los años de 1833 a 1847, o sea, el período de la jornada de doce horas, con mucha más fuerza que éste al medio siglo transcurrido desde la implantación del sistema fabril, es decir, al período de la jornada de trabajo ilimitada", cf. *El capital*, Libro I, p. 345.

Tales períodos miden al mismo tiempo la evolución de la técnica y determinan históricamente la aplicación de la ley del valor.

tra “encerrado” —y por tanto determinado— en una concatenación de categorías históricamente determinadas y por consiguiente científicamente exactas;

β) la ley de desarrollo técnico de la economía capitalista (disminución relativa del capital variable respecto del capital constante) lleva consigo, como es sabido, la caída tendencial de la tasa de ganancia (contrastada por las fuerzas que constituyen otras tantas directrices dinámicas potenciales de la evolución de la economía capitalista. Pero como también es sabido el contraste entre ley del valor y ley de la tendencia al equilibrio de la tasa de ganancia es superado en la realidad y en la doctrina debido al desplazamiento actual (o virtual) de las fuerzas productivas del capital y del trabajo de las ramas productivas que tienen una elevada composición orgánica hacia aquellas caracterizadas por una baja composición. Y el “precio de producción” que se establece en el mercado es precisamente el resultado de este movimiento. Pero es también evidente que tal desplazamiento (actual o virtual) será más o menos intenso según que la tasa de ganancia de las ramas industriales que tienen una composición orgánica baja supere en mayor o menor medida la tasa de las ramas de composición orgánica más alta. Si todas las distintas tasas de ganancia alcanzan niveles tan bajos como para no hacer conveniente el desplazamiento (lo cual implica, téngase presente, un “costo de transferencia” que debe ser por lo menos superado por la ganancia diferencial entre rama y rama de la industria), el desplazamiento no se produce: *las mercancías no se cambian ya por sus precios de producción (que no se forman), sino por sus valores.*

Ahora bien, tal condición (tasas absolutas de ganancia extremadamente bajas) constituye el mismo resultado de la ley tendencial según la cual se desarrolla la industria capitalista que toca su acme cuando la economía se encuentra en estado de depresión y las ganancias son prácticamente nulas. Lo cual ocurre —agreguemos— cuando una oleada de revoluciones técnicas ha ejercido sus efectos difusivos y aparece una crisis de detención. O mejor —precisemos, determinando históricamente el principio antes enunciado—, lo ocurrido cuando los desarrollos de la primera revolución industrial alcanzó el máximo de los efectos difusivos y se fueron extinguendo (poco a poco alrededor de los años 1846-47, en el período de la gran crisis, así considerada por Marx).

Indudablemente, esta caracterización histórica requiere una investigación más cuidadosa (sobre todo estadístico-histórica) y, en los términos actuales, conserva todavía mucho de hipotético. De cualquier modo, ella tiende a configurar un "tiempo" histórico en el cual la acción, o verificación, del valor-trabajo se ha presentado con un máximo de condiciones favorables. Esto equivale a decir —dado que dicha ley es una tendencia— que ella se ha manifestado prácticamente. Y la importancia de esta manifestación reside en el hecho de que ella permite verificar *exactamente* (lo que equivale a decir experimentalmente, en la medida y en los límites en que este término puede ser usado en las ciencias sociales) el principio de la plusvalía, y por lo tanto, esclarecer y *demostrar* científicamente el hecho de la explotación del trabajo.

Por otra parte, si esta tentativa de plantear de manera metodológicamente exacta el problema de la aplicación de la ley del valor se aproximara a la verdad, ella ubicaría desde un nuevo punto de vista la teoría marxiana del valor. Marx habría sabido aprehender —frecuentemente de manera explícita en los distintos libros de *El capital*, pero en todos los casos en virtud de su método— aquel "tiempo" único en la historia del mundo en el que una admirable composición de fuerzas ha convertido el vasto teatro del desarrollo industrial inglés en un gabinete científico en el cual, un científico sumamente genial, pudo aplicar sus intuiciones y teorizar —con un mínimo de perturbaciones— del mismo modo que los investigadores de las "ciencias exactas" experimentan en sus laboratorios.

6. La respuesta a la cuarta objeción prevista por Marx a su teoría del valor es bastante más fácil que la requerida por las otras tres, y el compromiso metodológico es menos específico.

Existen, es verdad, mercancías que poseen un valor de cambio y para la producción de las cuales no se invirtió ningún trabajo; son los considerados "bienes raros" que habían dado pie a la brillante sofística de Bastiat para "refutar" a Ricardo. Es el caso del diamante encontrado en la calle, que no ha exigido ningún esfuerzo productivo y sin embargo tiene un valor. Pero Marx mismo ha defendido a Ricardo, subrayando cómo este último presentía que "la realización de la ley del valor dependía de condiciones históricas determinadas", y recordando cómo la verificación de di-

cha ley sólo podía producirse “en la sociedad de la gran producción industrial y de la libre concurrencia”.

La ley del valor se realiza por lo tanto en una sociedad históricamente determinada, en la cual lo casual, lo irracional y atípico, representado por los “bienes raros”, no incide en las leyes económicas fundamentales. La ley del valor se manifiesta en el capitalismo industrial, cuando las mercancías producidas son libremente reproductibles, son producidas para las masas e intercambiadas de manera continuada. En el mundo pre-capitalista cada bien es, en cierto modo, “raro” y el modo de producción capitalista precisamente destruye o limita tal rareza. En cuanto a lo referido a los bienes limitadamente reproductibles en iguales condiciones (bienes que tienen permanentemente un valor de cambio mayor que su valor-trabajo), Marx elaboró su teoría con la “renta de la tierra” a la que hicimos mención a propósito del precio de producción.

**TEORIA E HISTORIA EN LA INTERPRETACION DE
"EL CAPITAL"**

NICOS POULANTZAS

El problema que aquí nos ocupará, en algunas observaciones forzosamente *muy esquemáticas*, se refiere al *objeto teórico de El capital*, puesto que es verdad que una problemática original, un suelo teórico nuevo, como el que Marx produjo en sus obras de madurez, se distingue por la naturaleza de las preguntas que plantea a un objeto, construyéndolo así como objeto de investigación teórica.

Sin embargo, estas consideraciones son menos evidentes de lo que parecen. Definir la novedad de una problemática por la novedad del objeto teórico que ella define delimitándolo, supone toda una concepción particular del *nivel teórico* al que pertenece la investigación científica, supone por lo tanto un tipo de preguntas que debemos plantearnos en la lectura de *El capital*. Aquí la tarea se complica si se admite que Marx —y hablo de Marx de la madurez— no es contemporáneo de su pensamiento, como por otra parte ocurre con todos los pensadores que han producido una nueva teoría. En las indicaciones que él mismo nos ofrece a este respecto, *no logra aprehender su propia novedad*; nosotros podemos hacerlo sólo mediante una *lectura "sintomática"* [*symptomal*] de sus indicaciones, interpretando su propio lenguaje, sus silencios y sus equívocos. Sin embargo, no es una tarea inútil examinar antes brevemente dos interpretaciones erróneas y constantes de *El capital* que prevalecieron hasta hoy y que mantienen una estrecha relación: se trata de lo que designaré como la interpretación *económica* y la interpretación *historicista*, aunque la primera no sea más que una variante de la segunda.

Estas dos interpretaciones fueron habitualmente aparejadas en

su oposición por el hecho de provenir de una misma problemática. Entre los "especialistas", *El capital* sólo fue leído por los economistas y los historiadores, que a menudo han pensado, los unos, que *El capital* era un tratado de Economía en el sentido inmediato de su propia práctica, los otros, que en algunas de sus partes era una obra de Historia en el sentido inmediato de su propia práctica. Desde el punto de vista epistemológico, la "querella" fue tematizada de la siguiente manera: para unos *El capital* constituiría una teoría "abstracta" de la Economía, para los otros constituiría esencialmente un método de investigación de la Historia "concreta"; y lo que es realmente importante, a menudo se admitió que *El capital* era a la vez lo uno y lo otro, introduciendo así una ruptura inaceptable, en ese contexto, del status teórico de su objeto, cosa que ya Böhm-Bawerk hacía notar acertadamente. Ahora bien, lo que nos interesa aquí es señalar que esas dos interpretaciones no han sabido plantear a *El capital* la pregunta pertinente sobre su objeto teórico propio: proyectaron sobre esa obra el objeto propio de su práctica, que sigue siendo un objeto ideológico, precisamente cuestionado por el objeto original de *El capital*. Esto se debe, en mi opinión al hecho siguiente: en su oposición, ambas interpretaciones son el resultado de una problemática común, que designaré como la problemática historicista del sujeto, la cual desemboca esencialmente en una concepción ya sea empirista, ya sea especulativa del proceso teórico del conocimiento científico, y no puede así plantear preguntas pertinentes referidas al objeto de una teoría científica.

Dentro del marco de esta problemática, que de hecho es por otra parte la del joven Marx, los diversos niveles del conjunto de una estructura social, sus relaciones y su principio de inteligibilidad, están fundados en su origen genético por un sujeto creador de la sociedad y principio unilineal, en su autodesarrollo, de la historia. Transpuesta al marxismo, esta problemática desemboca en la consideración de esos niveles como formando una "totalidad" circular, en la medida en que se supone que deben ser engendrados por un centro y todo nivel constituye una *pars totalis*, una simple expresión de ese sujeto central. Dicho de otro modo, se supone que las diversas realidades sociales revisten un sentido en tanto manifiestan, bajo distintas formas y apariencias fenoménicas, una esencia. Sabemos que aquí se trata por ejemplo de la problemática de Hegel, para quien ese sujeto central está constituido por

el Espíritu absoluto: en el pensamiento marxista *el lugar* de este sujeto ha sido atribuido alternativamente a la clase social-sujeto de la historia, a los individuos concretos-hombre genérico-sujetos de la historia, al trabajo social, etc.

En este momento importa señalar las consecuencias *epistemológicas* de tal problemática. No se le puede reconocer ninguna autonomía relativa y eficacia específica al proceso teórico, ya sea a nivel del conocimiento científico (este nivel está considerado necesariamente); ya sea como en la concepción *especulativa* hegeliana, en tanto que sujeto central y principio de la historia; ya sea como una *pars totalis* de la totalidad social circular, simple expresión y fenómeno, e incluso, en el límite, *reflejo* de ese sujeto. En el límite también, en ambos casos, no se puede fundar la diferencia de *status teórico* entre el *objeto real* y su *concepto*, es decir el objeto teórico.

En efecto, para esta problemática el status de la teoría, el conocimiento científico, reside finalmente en el develamiento del sujeto por el proceso de su autodesarrollo, de su esencia, lo que en este caso significa el desentrañamiento de sus orígenes y la autoconciencia de su génesis, y finalmente, la identidad u homología del sujeto y del objeto del saber. En síntesis, el proceso teórico reviste necesariamente el status de una historiografía de la génesis del objeto real. Si esta problemática puede tener como consecuencia una concepción *especulativa* —hegeliana— del conocimiento, también puede tener como consecuencia, como contrapunto invariable, la concepción empirista: la pareja epistemológica especulación-empirismo surge de principios teóricos comunes.

Tal es el caso del economismo, variable del historicismo, para el cual *El capital* constituiría una teoría “abstracta” de la Economía: esta es la interpretación dominante en la Segunda Internacional. Para el economismo, el *centro* de la causalidad histórica unilineal estaría constituida, en una primera aproximación, por los datos brutos que constituirían en sí los “hechos económicos”; los otros niveles de la realidad social, en *El capital*, serían sólo simples expresiones-fenómenos de lo Económico, principio monista de la historia. *El capital* habría constituido un “modelo” de un dato que forma un espacio económico homogéneo en sí y en tanto que tal: el “modelo” sería elaborado mediante un proceso de *generalización-abstracción* a partir de ese “dato económico”. Se trataría por ejemplo del modelo capitalista, una de las *formas* de lo Económico cu-

yas diversas manifestaciones históricas, por ejemplo en Inglaterra o en Francia, serían a su vez simples concretizaciones-realizaciones. Limitémonos a señalar, puesto que sería demasiado largo entrar en este problema, que dicha concepción del proceso teórico como simple generalización y abstracción a partir de lo real, que posee en sí el signo distintivo de objeto de ciencia particular, o sea la concepción de los “modelos”, deriva estrictamente de una concepción empirista del conocimiento. De este modo, la interpretación economista de *El capital* no comprende su novedad que es la producción de un nuevo objeto teórico. Ella le asigna el mismo objeto que sería el de los “hechos económicos” sobre los que había trabajado la economía política clásica, es decir, en última instancia hechos “mensurables” y “cuantificables”, relacionados con la distribución de las “riquezas”. Entre Smith, Ricardo, etc., por un lado, y Marx por el otro, no habría una ruptura teórica. Simplemente, Marx habría realizado la economía política clásica al descubrir, ocultos bajo la ganancia, la renta y el interés —descubiertos por los economistas clásicos— y, por medio de una “abstracción” más avanzada, la plusvalía. Habría llevado a buen término el análisis de un mismo objeto: lo Económico, como cualidad de hechos empíricos siempre dados, historizando simplemente las categorías económicas concebidas como “eternas” por los economistas clásicos.

De este modo pasamos a la segunda interpretación de *El capital*, según la cual no constituiría en primer lugar una teoría abstracta de la Economía, sino un modelo de análisis de la historia “concreta”. Por otra parte estos intérpretes verán a menudo en *El capital* una conjunción de los dos objetos. No entraré aquí tampoco en los detalles que conciernen a las relaciones que los diversos autores historicistas, de Lukács a Gramsci y Galvano della Volpe, trataron de establecer entre lo “lógico-abstracto” y lo “histórico-concreto” en *El capital*. Lo importante es ver aquí también que el objeto asignado a *El capital*, lo histórico-concreto, así como las consecuencias que resultan de ello, derivan de una concepción empírica y pragmatista del conocimiento.

El historicismo implica un cierto concepto de la historia; este concepto consiste finalmente en el proceso “significativo” de auto-desarrollo lineal, de esencia a existencia, del sujeto central. A partir de allí este sujeto es elevado al status privilegiado de lo “real concreto”, poseyendo intrínsecamente las claves de su inteligibili-

dad: es el sujeto-objeto del saber. En ese sentido, el objeto de una ciencia de la historia se centra en el *presente* histórico concreto, objeto que se ha convertido en resultado de la historia pasada y que, de este modo, devela la realidad del autodesarrollo histórico. Se trata aquí de la interpretación bien conocida a que se prestan numerosas citas de Marx, según la cual el objeto de *El capital* sería el capitalismo como resultado “concreto” de un proceso histórico lineal. Ese capitalismo-objeto permitiría explicar a través de un *corte de esencia* el pasado histórico de la misma manera en que la “anatomía del hombre nos permite explicarnos la anatomía del mono”. Este capitalismo presente —corte de esencia de la historia—, presente de un devenir homogéneo y contemporáneo de sí, sólo es erigido hasta ese *status* porque comportaría de hecho, como ocurre con el saber absoluto de Hegel, una coincidencia entre lo lógico-abstracto y lo histórico-concreto del saber y del devenir. El capitalismo habría constituido ese estadio privilegiado de la historia donde la ciencia existe bajo la forma inmediata de la realidad empírica, la historia habría producido ese presente excepcional donde las abstracciones científicas —el *trabajo abstracto*, por ejemplo— estarían realmente presentes en los fenómenos, en la existencia empírica concreta. De este modo, las categorías económicas no serían “eternas”, sino históricas y dialécticas, producidas de modo concreto, leídas en la existencia concreta del capitalismo, permitiendo al mismo tiempo el desciframiento del pasado. En síntesis, en el caso de *El capital* estaríamos frente a una obra típicamente hegeliana.

Por las consideraciones precedentes se hace evidente que el historicismo está fundado en la concepción del sujeto central, *implícita* o *explícitamente* admitido como principio del devenir lineal. Ya he indicado que el lugar de ese sujeto en la historia marxista puede ser llenado por varias entidades; sólo mantengo aquí aquellas que nos permiten establecer nítidamente la comunidad de las premisas epistemológicas entre el historicismo en general y el economismo en particular. Se trata de las concepciones historicistas “humanistas” que conciben como sujeto central al *trabajo humano social*, o también a los *hombres*, a los individuos concretos —hombre genérico— “que hacen su propia historia”. Es sorprendente ver por una parte que toda interpretación historicista de *El capital* apela a un sujeto y, por otra parte, que esos sujetos se reencuentran bajo la forma del trabajo o de los individuos con-

cretos, en la interpretación economista de la obra de Marx. Si el error de esta interpretación economista reside en el hecho de considerar a la Economía —objeto de *El capital*— como si consistiera en un espacio homogéneo de “hechos económicos dados”, como un objeto eterno y empírico en el cual sólo las categorías “abstractas” que lo tratan son consideradas como “históricas”, es menester no olvidar que este error sólo es posible con una condición: que la homogeneidad del espacio económico esté relacionada con un sujeto, unificando el espacio “empírico”, y que este último sea apoyado en una *antropología ideológica* del *homo oeconomicus*. Tal es el caso, por ejemplo, de la corriente que relaciona la definición del espacio económico con las “necesidades materiales” eternamente cambiantes, aunque inmutables como principio epistemológico de delimitación de lo económico, de los individuos concretos que hacen su propia historia. He aquí una concepción que volvemos a encontrar en el marginalismo —la “utilidad”— y que, trasladada al marxismo, termina por establecer una *continuidad* teórica esa obra feuerbachiana que son los *Manuscritos de 1844* y *El capital*; o también de la corriente que delimita el espacio económico a partir del trabajo humano social —y de sus productos, es decir de la “distribución” de las “riquezas” o de la “repartición de las ganancias”. Este trabajo es considerado como el principio simple y originario de la historia, el trabajo abstracto del capitalismo representaría el momento del saber absoluto: concepción “humanista” bien conocida que desemboca en la interpretación del marxismo como “filosofía del trabajo”, de factura ética, personalista o existencialista, en la concepción de las relaciones sociales, o sea de las *clases* sociales, como relaciones “inter-humanas”; y por otra parte, desemboca también en todas las deformaciones tecnologistas.

Vemos bien aquí que las interpretaciones economistas o historicistas de *El capital* coinciden, incluso en su oposición, en atribuir a esta obra objetos ideológicos pre-marxistas. Lo Económico de lo que pretendidamente *El capital* hace la teoría “abstracta”, no es sino el concepto-objeto de la economía política clásica; esta Historia “concreta” de la que *El capital* constituiría el develamiento de su génesis y desarrollo, no es sino el concepto-objeto de una historia pre-marxista. De este modo, *El capital* es considerado ya sea como la *verdad* de... Ricardo, Smith, etc., ya sea como la *inversión* de Hegel. De hecho, estas dos oposiciones sólo se opo-

nen en apariencia: los términos de la pareja *teoría económica abstracta-concepción histórica concreta* están en relación estrecha. Esta relación se funda exactamente en la problemática historicista común a ambas concepciones y deriva, entre otras, de la concepción empirista y pragmática del conocimiento que esta problemática implica. Ahora bien, la relación economía-historia existe realmente en *El capital*, pero se trata de algo muy distinto, así como muy distinto es el objeto de *El capital*.

*

* *

En efecto, la obra de madurez de Marx significa una *ruptura epistemológica* profunda con su obra de juventud, ruptura que se perfila en *La ideología alemana* y que se consolida en *El capital*. Marx, en particular, produjo así un nuevo suelo teórico que rompe radicalmente con la problemática historicista del sujeto. En *El capital*, tal como lo ha mostrado Louis Althusser, el principio epistemológico que rige el análisis de los diversos modos de producción no es el de una totalidad expresiva simple de los distintos niveles del conjunto social a partir de un sujeto central-esencia, sino el de una *estructura con dominante*. Se trata de diversos niveles con especificidad propia, autonomía relativa y eficacia particular cuya unidad está fundada en la determinación, aunque sólo en última instancia, de lo económico.

Esto trae como consecuencia, en primer lugar, la concepción de un nivel teórico, es decir del proceso de producción de los conocimientos científicos, en su autonomía propia de proceso real, en la medida precisamente en que no se trata más de simple autodevelamiento, por un proceso de esencia-existencia, del sujeto central a sí mismo. En segundo lugar, tiene como consecuencia la producción de un problema nuevo: si lo económico, nivel determinante en última instancia, no es más un sujeto central, o no está ya relacionado con un sujeto del cual los otros niveles sólo serían finalmente simples expresiones —*pars totalis*—, se trata entonces de descubrir un nuevo tipo de causalidad, la *causalidad estructural*. Hablando con propiedad se trata de descubrir el *tipo de determinación* de una estructura social global con niveles específicos por uno de sus niveles, de una *estructura global* por una *estructura regional*, tipo de determinación que sólo existe en sus efectos sobre

las relaciones de los diversos niveles. Lo económico no es determinante en última instancia porque es el *nivel siempre dominante*, sino porque determina aquel de los niveles que detenta el *lugar dominante* en un modo de producción, y que puede ser lo económico, lo político, lo ideológico, etc. En consecuencia, en el marco ya no más de un sujeto-centro, sino de una *descentración del sujeto*, no se trata ahora de la delimitación de lo económico-objeto por un simple proceso de abstracción a partir de “hechos económicos” empíricos que, en tanto que tales, detentan siempre el lugar dominante. Se trata de una ruptura con esta concepción empirista pragmatista del conocimiento: el problema consiste en *construir teóricamente el concepto* de un modo de producción, descubriendo el *índice de dominación* y las relaciones de sus diversos niveles, o sea descubriendo qué nivel detenta el *lugar dominante* dentro del modo de producción en cuestión. Así como se trata de construir el concepto de un modo de producción descubriendo el funcionamiento de la causalidad estructural que lo especifica, se trata también de *construir teóricamente el concepto de la economía según su lugar y su función* en cada modo de producción. De tal manera se trata de definir el *lugar*, la *extensión* y los límites de lo económico en ese modo de producción. Hablando con propiedad, el objeto de la economía política marxista no es, como Marx lo creía a veces, historizar simplemente las categorías “abstractas” de lo Económico (“hechos económicos” en sí), sino construir el *objeto teórico* de lo económico delimitándolo como *estructura regional* de un modo de producción.

Tomemos algunos ejemplos simples: Al descubrir el concepto de plusvalía en el modo de producción capitalista, Marx no contribuyó a la realización de la economía política clásica, historizándola, descubriendo una nueva palabra oculta detrás de la renta, el interés y la ganancia de Ricardo y Smith; no “extrajo” simplemente una esencia del mundo de los fenómenos. Marx realizó una profunda revolución teórica pues rompió, por una parte, con la concepción de lo Económico —hechos empíricos, cuantificables y mensurables (las “riquezas”)—, y por otra parte, con la concepción de las categorías teóricas que consideran a los hechos económicos como simples abstracciones. Marx vio que si la plusvalía no es mensurable, es precisamente porque constituye el *concepto teórico* de categorías tales como la renta, el interés y la ganancia, descubrimiento que fue posible en la medida en que construyó teóricamente el

concepto de lo económico en el modo de producción capitalista, delimitándolo como proceso de producción de plusvalía. Tomemos otro ejemplo: si rompiendo con la antropología humanista del *homo oeconomicus* que ve como lugar de definición de lo económico la distribución y los valores de uso, Marx descubrió que ese lugar de distribución está constituido por el *proceso de producción*, es conveniente señalar que este proceso de producción remite precisamente a las relaciones del conjunto de los niveles de un modo de producción, vale decir, remite a la causalidad estructural de sus relaciones. El lugar del proceso de producción, o sea el espacio de lo económico, no es el mismo —homogéneo— en el modo de producción feudal, donde la delimitación en última instancia de lo económico se refleja en sus efectos a través de un *rol dominante* de lo político y de lo ideológico (la religión), que en el modo de producción capitalista, y más particularmente en el estadio del capitalismo liberal, donde el rol dominante es detentado por el proceso mismo de la producción de plusvalía.

Por otra parte, es en este contexto donde se sitúa la ruptura del Marx de la madurez con la problemática historicista en general. El marxismo es, en el sentido más profundo (*teórico*), un *anti-historicismo* y, para el caso, un *anti-humanismo*. La ausencia de un sujeto central en Marx significa aquí ruptura con la antropología económica, incluso con la ideología del trabajo y de la necesidad, con nociones ideológicas tales como alienación, reificación, etc., dado que estas nociones suponen necesariamente una esencia de tipo hegeliano o feuerbachiano y no tienen ningún status científico dentro del marxismo. Sólo así se vuelve posible la crítica de Marx al objeto de la economía política clásica y la delimitación de un nuevo objeto. Los “hombres” sólo están presentes en la producción como *soportes* —*Träger*— de *estructuras*, o sea de relaciones de producción, y esas estructuras los distribuyen en esos *lugares y funciones* que son las clases sociales. En *El capital*, la historia no es más autodevelamiento de la esencia del sujeto central en lo “concreto”, en lo que ocurre *realmente*, como identidad final del sujeto y del objeto. No se trata ya de un desarrollo lineal en un tiempo continuo y homogéneo que es el del sujeto y en el que se pueden hacer cortes de esencia del tipo del saber absoluto, a fin de leer directamente en el presente concreto (coincidencia privilegiada de esencia y existencia) el sentido del pasado. Por la autonomía propia de la *teoría*, que el marxismo reconoce en ruptura

con el historicismo, el objeto de la ciencia no es en *El capital* lo "real concreto" como tal, sino la *construcción teórica del objeto de la historia* e incluso del *concepto de la historia*. Esta construcción no se refiere a un principio de evolución simple que es el sujeto central, sino a la *estructura compleja con dominante* de los distintos modos de producción. Los niveles con autonomía propia de esas estructuras presentan temporalidades diferenciales, ritmos específicos desacordados entre sí, según sus relaciones en un modo de producción y, en consecuencia, según el modo de determinación en última instancia por lo económico de esas estructuras, el nivel sobre el que recae el rol dominante, etc. Así como se trata de construir teóricamente lo económico en ese modo, se trata de construir con respecto a cada modo y al paso de un modo a otro (*transición*) el concepto de historia según las diversas estructuras obtenidas de esta forma. En tal sentido, de hecho *El capital* no es una obra histórica en el significado propio del término; contiene en parte elementos para una historia y además indicaciones para la construcción del concepto teórico de historia.

Mediante estas consideraciones, creo que se puede fundar, contra la oposición teoría abstracta de la economía-concepción concreta de la historia, la *homogeneidad teórica del objeto de El capital*. Hablando con propiedad, no se trata ni de una obra "económica" ni de una obra "histórica" en sentido inmediato. Se trata de una obra que permite la construcción teórica de la historia y del objeto de la economía, que son el concepto de historia y el concepto de economía en los distintos modos de producción y su ordenamiento. *El capital* puede hacer esto porque delimita la economía como una región de estructuras fijadas teóricamente, a propósito de las cuales construye un concepto específico de historia, del proceso de transformación de las formas del que hablaba Marx.

**LA "APARIENCIA" DEL CAPITALISMO
EN EL ANALISIS DE MARX**

VITTORIO RIESER

1. EL PROBLEMA DE LA APARIENCIA EN EL ANALISIS MARXIANO DE LOS SISTEMAS SOCIALES.

En el análisis marxiano, el sistema social capitalista (al igual que los sistemas que lo precedieron) tiene su modo particular de “aparecer” ante los grupos sociales que actúan en él, así como ante los científicos que lo estudian. Esta “apariencia” oculta o deforma la esencia íntima del sistema, y debe por lo tanto ser “quitada” para poder comprenderlo realmente. Sin embargo, ella no es reductible a un error en el *análisis* del sistema social, pues tiene una dimensión *objetiva*. Según el análisis marxiano, la realidad social capitalista está estructurada de modo tal que pone de relieve algunas características, ocultando otras que están en las raíces de las primeras y que son las únicas que pueden explicarlas. Las primeras constituyen la “apariencia” del sistema: son características objetivas, reales, pero al mismo tiempo conducen a una interpretación del sistema que se funda sólo sobre ellas y que no tiene en cuenta otras características fundamentales, que constituyen la *esencia* del sistema y son por tanto indispensables para su *definición*. En este proceso incompleto de abstracción y de explicación está la mistificación a la que la “apariencia capitalista” conduce a muchos científicos sociales o a las propias clases que actúan en el sistema. Tal visión mistificada del sistema es utilizable, de manera más o menos consciente, para impedir el desarrollo de un análisis crítico del propio sistema y, por lo tanto, de las posibilidades de su transformación. En esto consiste su dimensión *ideológica*.

Los orígenes filosóficos de esta formulación marxiana son evidentes. En Hegel, en efecto, encontramos una formulación análoga en la distinción entre apariencia y realidad (referida, claro está, no sólo a sistemas sociales determinados sino a todo tipo de rea-

lidad) y una definición análoga del procedimiento científico (para Hegel, el de la filosofía) como procedimiento que sabe sobrepassar la apariencia para alcanzar el núcleo esencial de la realidad.¹ Sin embargo, en este artículo nuestra atención no está puesta en la matriz filosófica del concepto de “apariencia” y en los problemas a ella ligados, sino a la aplicación de tal concepto en el análisis económico-sociológico de Marx. Por consiguiente, buscaremos individualizar en primer término los aspectos principales de esta “apariencia capitalista” en el análisis marxiano; a continuación, veremos cómo Marx la individualiza en el análisis de la economía política de su tiempo; y finalmente, estudiaremos si esa “apariencia” tiene según el análisis marxiano consecuencias, y cuáles, sobre el comportamiento de las clases sociales en el sistema capitalista.

De esta delimitación de los problemas derivan también los criterios de selección y de lectura de los textos marxianos que hemos considerado como más relevantes para este análisis. Ellos son, ante todo, *El capital* y las *Teorías sobre la plusvalía*, por cuanto sólo en ellas se ha desarrollado plenamente el análisis marxiano de la “apariencia capitalista” y su aplicación a la crítica de la economía política. En segundo lugar, una serie de escritos históricos y políticos (o de análisis económico destinado específicamente a una utilización política), porque en ellos se encuentra una serie de menciones, no orgánicas y por lo demás indirectas, a las consecuencias de la apariencia capitalista sobre los comportamientos de las clases. Los escritos juveniles (en particular los *Manuscritos de 1844*) nos servirán sólo en la medida en que puedan volver a encontrarse en ellos algunos contenidos de la crítica de la economía tal cual es desarrollada de manera sistemática en *El capital*, y no ya para reconstruir la génesis del concepto en la formación del pensamiento de Marx.

2. LAS DISTINTAS FORMAS DE LA APARIENCIA CAPITALISTA.

El sistema social capitalista está caracterizado no sólo por la “apariencia que él crea”, sino también por la que él destruye.

1. Cf. G. W. F. HEGEL, *Filosofía del derecho*, Claridad, Bs. As., p. 34. En este “pasar a través” de la apariencia, se caracteriza el modo de proceder de la razón (en especial, de la filosofía) con respecto al del intelecto.

En efecto, con el advenimiento del capitalismo no puede ya subsistir la apariencia de solidaridad, de "comunidad", que caracterizaba a la sociedad feudal. En la guilda, en las hermandades, en la corporación, "el trabajo tiene aún una *aparente* significación social, tiene aún el significado de la comunidad *real*, no ha progresado aún hasta la *indiferencia* respecto del propio contenido, hasta el pleno ser para sí mismo, es decir, hasta la abstracción de todo otro ser, y por ello no ha llegado aún a capital liberado." ²

Con la disolución de esta apariencia, y con la manifestación de las relaciones existentes entre las clases, el capitalismo abre la *posibilidad* de hacer caer toda "apariencia" mistificadora de la estructura social. En el capitalismo, "ha perdido la propiedad privada su cualidad natural y social (es decir, ha perdido toda ilusión política y social, no se mezcla con ninguna relación *aparentemente* humana) ... Esta oposición, llevada a su culminación, es necesariamente la culminación, la cúspide y la decadencia de la relación toda". ³

Pero la formación de la sociedad capitalista abre sólo la *posibilidad* de esta disolución de la "apariencia" (en el ambiguo significado que tiene el término "posibilidad" en el contexto conceptual de la dialéctica marxiana). Vale decir, la disolución es el resultado necesario pero no inmediato de un complicado proceso. ⁴ Mas aún,

2. K. MARX, *Manuscritos: Economía y filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1968, p. 127. Observaciones análogas son formuladas en *La ideología alemana* con referencia a la introducción de la industria en una economía preferentemente agrícola, que es otro aspecto del mismo proceso de formación de una economía capitalista (cf. *La ideología alemana*, EPU, Montevideo, 1959, pp. 53-55).

3. *Manuscritos* cit., p. 126.

4. Este proceso de superación de la apariencia es un aspecto del más vasto proceso histórico de superación del sistema capitalista: uno y el otro son posibles cuando el capitalismo (y, correspondientemente, su "apariencia") han alcanzado el máximo desarrollo. El carácter "dialéctico" y no inmediato del proceso de disolución de la apariencia (y de superación del sistema en el que se origina) es más claro en los escritos de la madurez de Marx que en los juveniles. Y esta es una consecuencia tanto del análisis empírico más fino y articulado de la sociedad capitalista, como del análisis histórico de las luchas de clase de la época y de la propia experiencia de trabajo político, del cual emergía con evidencia cuán grande era la importancia de las "apariencias" del sistema no sólo sobre la ciencia social de la época sino también sobre los comportamientos del proletariado, y cuán complejo y difícil era el trabajo de demistificación que ellas requerían.

en este proceso la "apariencia" alcanza en ciertos aspectos su máxima expresión. Desaparecida la "apariencia comunitaria" y claramente evidenciada la división en clases, a partir de esta última se desarrolla una apariencia nueva y más compleja, que cubre y deforma las características de su explotación y confiere un carácter "objetivo" necesario, "natural y eterno" a la estructura de clase de la sociedad.⁵ De tal manera, los conflictos que la estructura de clase hace nacer tienden a convertirse en un fenómeno interno al sistema social capitalista antes que convertirse en un instrumento para su destrucción. La mistificación realizada por la economía política burguesa, y denunciada ya en los *Manuscritos juveniles*,⁶ tiene profundas referencias objetivas en la estructura de la sociedad capitalista; correspondientemente, el trabajo de demistificación que ella vuelve necesario —y que para ser verdaderamente tal debe avanzar en el doble plano de la teoría científica y de la acción política— se convierte en un trabajo arduo y prolongado.⁷

Veamos ahora cuales son los aspectos principales del sistema capitalista sobre el cual se desarrolla la "apariencia".⁸

1. La mercancía

El primero y más célebre ejemplo de "apariencia capitalista" que encontramos en *El capital* está vinculado a la naturaleza de la mer-

5. En ciertos aspectos la "apariencia capitalista" es más deformante y profunda que la "apariencia feudal". En efecto, en esta última las relaciones sociales entre las personas aparecen como tales, aunque sea bajo una "apariencia comunitaria", mientras que en el sistema capitalista aparecen disfrazadas como relaciones entre cosas (cf. K. MARX, *El capital*, edic. cit. I, sec. I, p. 42). Por otra parte, es más profunda la mistificación vinculada a la retribución del trabajo asalariado que aquella vinculada a la retribución del trabajo servil en épocas precedentes.

6. Cf. en particular el primer manuscrito (*op. cit.*, pp. 51-119), sobre el cual volveremos in extenso más adelante.

7. Cf. por ejemplo la carta a Kugelmann del 11 de julio de 1868, cit. más adelante (K. MARX, *Cartas a Kugelmann*, Edit. Avanzar, Bs. As., 1969, pp. 65-68).

8. Nos limitaremos a los ejemplos de mayor importancia, que caracterizan el sistema capitalista en su conjunto y que influyen la visión y el comportamiento social de las clases que se encuentran en ese sistema. Hay otros ejemplos en los cuales la individualización de "apariencias", que son sucesivamente demolidas, tiene en lo sustancial la función de artificio expositivo de sucesivos niveles de abstracción en el análisis, sin que a los niveles de

cancia y de las relaciones a través de las cuales las mercancías son intercambiadas.⁹ En las relaciones de cambio se establecen relaciones de equivalencia entre objetos muy diversos. ¿Cuál es la referencia que permite establecer estas equivalencias? En la economía capitalista, tal referencia no está constituida por la utilidad (o valor de uso) de estos objetos, sino por su *valor de cambio*. Este valor está determinado, a su vez, por la cantidad de trabajo necesario para producir los objetos. Pero los trabajos necesarios para producirlos son muy distintos entre sí, y para medirlos y compararlos es necesario reducirlos a un denominador común, es decir, reducirlos a *trabajo abstracto*. Vemos así que lo que se presenta como una relación entre cosas (los objetos cambiados) presupone determinadas relaciones sociales: las *relaciones capitalistas de producción*. Son estas relaciones las que determinan la naturaleza del cambio y el valor que en él asumen los productos, y en particular la relación de compra-venta de la fuerza de trabajo, a través de la cual el trabajo es reducible a *trabajo abstracto*, es decir, a un expendio dado de fuerza de trabajo humano, comparable con otros gastos de fuerza de trabajo sin tener en cuenta que los trabajos en los que se invierte la fuerza de trabajo son en realidad distintos.¹⁰

La apariencia que mistifica la naturaleza social de la mercancía

“apariencia” así individualizados se les atribuya una existencia social autónoma. Véase el análisis de las “formas” sucesivas que adopta el valor (*El capital*, cit., I, sec. I, pp. 14-36), en los que prácticamente sólo al final del análisis (el dinero, la mercancía) la “apariencia” adopta esta existencia social, mientras que las “apariencias intermedias” son en lo sustancial expedientes analíticos. Desde el momento en que el presente artículo intenta, más que trazar un análisis categorial exhaustivo del concepto de “apariencia”, individualizar los contenidos de la “apariencia capitalista” y su importancia sobre las actitudes de las clases, estas formas pueden ser dejadas de lado.

9. *Op. cit.*, I, sec. I, pp. 36-47. Cf. también una primera redacción en *Contribución a la crítica de la economía política*, El Quijote, Bs. As., 1946, cap. I. Para una exposición sintética del problema, véase también F. ENGELS, “Resumen de *El capital*”, en K. MARR - F. ENGELS, *Escritos económicos varios*. Grijalbo, México, 1962, pp. 383-425.

10. “Para encontrar la igualdad toto coclo de diversos trabajos, hay que hacer forzosamente *abstracción de su desigualdad real*, reducirlos al carácter común a todos ellos como *desgaste de fuerza humana de trabajo*, como *trabajo humano abstracto*” (ivi, p. 39). Este proceso de “abstracción” del trabajo, que constituye una característica típica de la sociedad capitalista, se presenta en el cambio de las mercancías como una característica natural y necesaria, inherente a los mismos objetos.

consiste precisamente en el ocultamiento de las *relaciones sociales* que están en la base del cambio, y en su presentación como *relaciones entre cosas*. De tal modo, dichas relaciones aparecen como autónomas del contexto histórico-social capitalista, y devienen relaciones “naturales”: “El carácter misterioso de la forma mercancía estriba... en que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de éstos como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo, un don natural social de estos objetos y como si, por tanto, la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación establecida entre los mismos objetos, al margen de los productores”.¹¹ Los hombres extienden así inconscientemente su modo de considerar los objetos del cambio al conjunto de las relaciones sociales sobre las que se funda: “Por tanto, los hombres no relacionan entre sí los productos de su trabajo como *valores* porque estos objetos les parezcan *envolturas simplemente materiales* de un trabajo humano igual. Es al revés. Al equiparar unos con otros en el cambio, como *valores*, sus diversos *productos*, lo que hacen es equiparar entre sí sus diversos trabajos, como modalidades de trabajo humano. No lo saben, pero lo hacen”.¹²

A través del ocultamiento de las relaciones de producción que están en su base, el “fetichismo de la mercancía” se encuadra en el concepto más general de “apariencia” que comprende, por un lado, la relación entre producción y circulación de las mercancías (en particular, en el problema de la formación del valor), y por el otro, las características del trabajo asalariado.

2. Producción y circulación

De manera coherente con el carácter fetichista de la mercancía, el proceso de circulación adopta la apariencia de una *fente autónoma de valor* de las mercancías, ocultando la única fuente real de su valor, es decir, la producción. Esta apariencia se funda en el hecho de que la plusvalía, *creada* en el proceso de producción, se

11. *Ivi*, p. 37. Esta forma particular de “apariencia” tendrá un rol central en muchos desarrollos recientes del marxismo: el concepto de “reificación” tan importante en el Lukács de *Historia y conciencia de clase* y en muchos otros textos que, desde entonces, se vinculan más o menos directamente al marxismo, deriva precisamente del análisis marxiano de la mercancía.

12. *Ivi*, p. 39.

realiza solamente en el proceso de circulación, a través de la venta de las mercancías producidas. A esto contribuyen otros “factores secundarios”, tales como “la ganancia obtenida en la enajenación, la cual depende... del engaño, la astucia, el conocimiento del mercado, la pericia y de las mil coyunturas del mercado”, y el hecho de que entre en juego aquí al lado del tiempo de trabajo otro elemento concreto, que es el tiempo de circulación”.¹³

El proceso de circulación es por lo tanto particularmente apto para la formación de la apariencia; él constituye una “órbita en la que pasan completamente a segundo plano las relaciones de la producción originaria de valor”.¹⁴ La apariencia que nace del proceso de circulación se conecta con otras al ocultar o deformar la relación social fundamental de la sociedad capitalista, es decir, la relación de explotación de la fuerza de trabajo por parte del capitalista en el proceso de producción, y esto a partir de un momento crucial del proceso de circulación y de cambio de las mercancías: la compraventa de la fuerza de trabajo.

3. *El salario*

La apariencia que circunda la relación de trabajo asalariado es múltiple. La relación de trabajo asalariado parece nacer de un acto de compraventa *libre* para ambas partes, mientras que dicho acto *no* es libre: pareciera tener por objeto el *trabajo* del obrero, mientras que en realidad tiene por objeto su *fuerza de trabajo*. De igual modo, el salario parece retribuir *todo el trabajo* del obrero, cuando en realidad retribuye sólo *una parte*.

El acto jurídico en el que se origina la relación del trabajo asalariado parece libre porque los contrayentes “estipulan su contrato como *personas* libres, jurídicamente iguales”.¹⁵ A diferencia del trabajador del Medioevo, el trabajador de la edad capitalista es libre de disponer de la propia persona para entrar en una relación de trabajo con quien desee. A esta libertad recíproca del obrero y del capitalista en la instauración de su relación de trabajo se re-

13. Cf. *op., cit.*, III, sec. VII, p. 766. Se puede señalar al respecto cómo la influencia del tiempo de circulación sobre el valor constituyó para el propio Ricardo uno de los principales problemas y dificultades en la determinación gradual de su teoría del valor.

14. Cf. *ibidem*.

15. *Op. cit.*, I, sec. II, p. 128; cf. también todo el fragmento.

miten una serie de ideologías que exaltan la armonía de intereses que une ambas partes en tal relación.¹⁶

Pero en realidad el trabajador se ve *obligado* a entrar en esta relación por una razón fundamental: él no tiene posibilidades de vender otra mercancía fuera de su propia fuerza de trabajo; y tal situación se hace para él cada vez más inevitable porque con el desarrollo de las máquinas, su fuerza de trabajo puede ser productiva sólo si está combinada con medios de producción de los que él (a diferencia del artesano y en menor medida, del propio obrero de la industria manufacturera) no puede en modo alguno disponer, y que sólo el capitalista posee.¹⁷

Hemos hablado de "fuerza de trabajo". En efecto, ésta, y no el *trabajo*, es la mercancía que el obrero pone en venta en su relación con el capitalista. Pero también este aspecto de la relación es ocultado por la apariencia: "Visto superficialmente, en el plano de la sociedad burguesa, el salario percibido por el obrero se *presenta* como el *precio del trabajo*, como una determinada cantidad de dinero que se paga por una determinada cantidad de trabajo.. En efecto, el poseedor de dinero no se enfrenta directamente, en el mercado de las mercancías, con el *trabajo*, sino con el *obrero*. Lo que éste vende es su *fuerza de trabajo*. Tan pronto como su trabajo comienza a ponerse en acción, ha dejado de pertenecerle a él y no puede, por tanto, vender lo que ya no le pertenece".¹⁸

Esta apariencia enmascara la naturaleza real del salario: el cual

16. "La única fuerza que los une y los pone en relación es la fuerza de su *egoísmo*, de su provecho personal, de su *interés privado*. Precisamente *por eso*, porque cada cual cuida solamente de sí y ninguno vela por los demás, contribuyen todos ellos, gracias a una *armonía preestablecida de las cosas* o bajo los auspicios de una providencia omniastuta, a realizar la obra de su provecho mutuo, de su conveniencia colectiva, de su interés social" (*ibí*, p. 129).

17. Cf. *op. cit.*, I, sec. I, p. 120 y sec. IV, p. 372.

18. *Op. cit.* I, sec. VI, pp. 448 y 449 (y también p. 451). Se puede también observar que esta definición del salario como precio de la fuerza de trabajo (y no del trabajo), implícita en toda la teoría marxiana de la explotación, fue elaborada completamente, aun a nivel terminológico, sólo en los años de madurez. En su primera exposición orgánica de la explotación capitalista, contenida en las conferencias del 1847 publicadas bajo el título de *Trabajo asalariado y capital*, Marx usa todavía la vieja terminología y habla de "valor del trabajo" (cf. *Trabajo asalariado y capital*, incluido en K. MARX-F. ENGELS, *Obras escogidas*, t. I. Véase también el prefacio de Engels, allí incluido).

no es la retribución del trabajo efectuado, sino la retribución de la fuerza de trabajo gastada al efectuar tal trabajo. Por consiguiente, está determinada no ya por la cantidad de producción realizada por el trabajo, sino por la cantidad de bienes necesaria para reconstituir la fuerza de trabajo consumida. Esta segunda cantidad es inferior a la primera; y de aquí se origina la plusvalía capitalista. La apariencia del salario como precio del trabajo enmascara por consiguiente, el hecho fundamental de que *sólo una parte del trabajo obrero* (aquella destinada a reconstituir el valor necesario para reproducir la fuerza de trabajo consumida) es retribuida. La otra parte de la jornada de trabajo consiste en plus-trabajo, es decir, en trabajo no pagado que crea la plusvalía para el capitalista. ¹⁹

La importancia que esta apariencia tiene sobre las actitudes de las clases que entran en la relación de producción es grande: "Júzguese, pues, de la importancia decisiva que tiene la transformación del valor y precio de la fuerza de trabajo en el *salario*, es decir, en el valor y precio del trabajo mismo. En esta *forma exterior de manifestarse*, que oculta y hace invisible la realidad, invirtiéndola, se basan todas las ideas jurídicas del obrero y del capitalista, todas las mistificaciones del régimen capitalista de producción, todas sus ilusiones librecambistas, todas las frases apologéticas de la economía vulgar". ²⁰

4. La "fórmula trinitaria"

La representación del salario como "precio del trabajo" se inserta en un marco general de la producción caracterizado por tres términos, *capital, tierra y trabajo*, cada uno de los cuales contribuye al valor de los productos y cada uno de los cuales tiene correspondientemente, su retribución (o sea, el *interés*, la *renta*, el *salario*):

19. "...el valor de 3 chelines en que se traduce la *parte retribuida de la jornada de trabajo*, es decir, un trabajo de 6 horas, se presenta como el valor o precio de la *jornada total de trabajo de 12 horas*, en la que se contienen seis horas de trabajo no retribuido. Como se ve, la *forma del salario borra toda huella de la división de la jornada de trabajo en trabajo necesario y trabajo excedente, en trabajo pagado y trabajo no retribuido*. Aquí todo el trabajo aparece como si fuese trabajo retribuido" (ivi, p. 452). En esto reside la diferencia entre la apariencia del trabajo asalariado y la del trabajo servil medieval o del trabajo esclavista, diferencia a la que ya hicimos mención.

20. Ivi, p. 452.

es ésta la “fórmula trinitaria que engloba todos los secretos del proceso social de producción”.²¹ Esta fórmula, que constituye una suerte de coronamiento de la apariencia capitalista, cumple una doble función. Por un lado, *justifica* la ganancia y la renta, presentándolas, de igual modo que el salario, como retribuciones de un aporte a la producción de valor. Por el otro, las transforma de características determinadas de un modo de producción histórico en *componentes naturales y eternos* de cualquier modo de producción.

En realidad, salario, ganancia (interés) y renta son las partes en las que se reparte “el valor total del producto anual, que no es sino el *trabajo social objetivado*,”²² y no las retribuciones de tres fuentes distintas de valor. “No es, sin embargo, así, bajo esta forma, como se presenta la cosa a los agentes de la producción, a los exponentes de las distintas funciones del proceso de producción, sino más bien bajo una forma invertida... El capital, la propiedad de la tierra y el trabajo aparecen ante estos agentes de la producción como tres fuentes distintas e independientes de las que como tales brotan tres distintas partes del valor producido anualmente —y por lo tanto, del producto en que este valor existe—; de las que, por consiguiente, brotan no solamente las distintas formas de este valor como rentas que corresponden a los distintos factores del proceso social de producción, sino este valor mismo, y con él la sustancia de estas formas de renta”.²³ La fórmula “capital-interés, tierra-renta, trabajo-salario” resume esta apariencia²⁴ y deviene la

21. *Op. cit.*, III, sec. VII, p. 754. En realidad, el elemento correspondiente al “capital” sería la “ganancia”, pero como el interés “aparece como el producto genuino y característico del capital y la ganancia del empresario... [aparece] como un salario independiente del capital, tenemos que aquella fórmula trinitaria se reduce, vista más de cerca, a lo siguiente: Capital-interés; tierra-renta del suelo; trabajo-salario, con lo que se elimina bonitamente la ganancia, o sea la forma de la plusvalía específicamente característica del régimen capitalista de producción” (*ibidem*) Esta sustitución de la ganancia por el interés en la “fórmula trinitaria” constituye así una suerte de “apariencia en la apariencia”.

22. *Ivi*, p. 761.

23. *Ibidem*.

24. En esta fórmula, “El capital, la tierra y el trabajo aparecen respectivamente como fuentes del interés (en vez de la ganancia), de la renta del suelo y del salario como si se tratase de sus productos, de sus frutos, como si aquéllos fuesen la razón y éstos la consecuencia, aquéllos la causa y éstos el efecto, y, además, de tal modo que cada fuente de por sí se refiere a su producto como a algo arrojado y producido por ella” (*ivi*, p. 756).

ideología que justifica la ganancia capitalista. En efecto, en esta fórmula la ganancia no es el resultado de la plusvalía a la que el obrero fue obligado, sino que es la retribución de uno de los factores de la producción.²⁵

Pero hay un segundo modo, más sutil, en el que la "fórmula trinitaria" desempeña la función de ideología del orden capitalista. En la "fórmula trinitaria" están unidos elementos comunes a todas las épocas históricas y elementos propios de una época determinada: la "tierra" y el "trabajo" existen en todas las épocas de la historia humana, pero son puestos junto al "capital" que caracteriza, en cambio, una fase bien determinada; y luego son todos vinculados al "salario" y a la "renta", que son también ellos elementos históricos determinados, propios no ya de todo "trabajo" y de toda "tierra", sino del trabajo obrero en la sociedad capitalista y de la "tierra monopolizada".²⁶ Esta combinación hace aparecer los elementos históricamente determinados, propios del sistema capitalista, como "naturales y eternos", es decir como propios de cualquier modo de producción humano.²⁷ El punto más alto de la apariencia capitalista consiste precisamente no en ocultar

25. La función "apologética" de la "fórmula trinitaria" emerge con claridad en la "economía vulgar", donde la explicación del valor en base a los 'costos de producción' y no en base al trabajo se conecta estrechamente con la función valorativa de justificación de la *legitimidad* de la ganancia (sobre el análisis marxiano de la economía vulgar, véase más adelante).

26. "...si examinamos con mayor detenimiento esta trinidad económica, vemos: ...las pretendidas fuentes de la riqueza anual disponible corresponden a esferas completamente distintas y que no guardan la menor analogía entre sí... Capital, tierra y trabajo, muy bien. Pero el capital no es una cosa material, sino una determinada relación social de producción, correspondiente a una determinada formación histórica de la sociedad... junto al capital... aparecen... de un lado la tierra y de otro lado el trabajo, dos elementos del proceso real de trabajo que, considerados desde este punto de vista material, son comunes a todos los sistemas de producción, pues constituyen los elementos materiales de todo proceso de producción, cualquiera que él sea, sin que tengan nada que ver con la forma social del mismo" (*ibid.*, pp. 754-56). Marx aplica aquí el mismo esquema conceptual que le permite distinguir entre "proceso de trabajo" (como conjunto de condiciones propias del proceso de producción a un nivel dado de desarrollo de las fuerzas productivas, en cualquier contexto político-social que ese proceso se desarrolle) y "proceso de valorización" (que es la forma determinada que le confiere al primero un determinado sistema social, el capitalista).

27. Cf. *ivi*, p. 763 y en general pp. 763-769.

por completo los caracteres de la sociedad capitalista, sino en presentarlos como objetivamente necesarios.

La apariencia de la "fórmula trinitaria" no se refleja sólo en las formulaciones de la economía política (en particular, de la economía política "vulgar", de la que constituye un elemento característico), sino también en la visión de la sociedad que tienen las distintas clases, los capitalistas como los obreros: "el capitalista considera su capital, el terrateniente su tierra y el obrero su fuerza de trabajo o más bien su trabajo mismo (puesto que sólo vende su fuerza de trabajo como una fuerza en acción y su precio, dentro del régimen de producción capitalista, tiene que parecerle necesariamente... el precio del trabajo mismo) como tres fuentes distintas de sus rentas específicas..."²⁸

Con la "fórmula trinitaria" la apariencia capitalista alcanza por tanto su culminación: "En la fórmula tripartita de capital-ganancia —o, mejor aún, capital-interés—, tierra-renta y trabajo-salario, en esta tricotomía económica considerada como la concatenación de las diversas partes integrantes del valor y de la riqueza en general con sus fuentes respectivas, se consuma la mistificación del régimen de producción capitalista, la materialización de las relaciones sociales, el entrelazamiento directo de las relaciones materiales de producción con sus condiciones históricas: el mundo encantado, invertido y puesto de cabeza en que *Monsieur le Capital* y *Madame la Terre* aparecen como personajes sociales, a la par que llevan a cabo sus brujerías directamente, como simples cosas materiales".²⁹

5. *La producción del valor en la fábrica y el uso capitalista de las máquinas*

La fórmula trinitaria no agota la serie de las "apariciencias" fundamentales del sistema. Uno de sus aspectos (la aparición del capital como fuente de valor) encuentra sus raíces no sólo en el proceso de circulación y en las formas de distribución de la renta —de las que se habla en aquella fórmula— sino en la estructura misma de la producción capitalista, es decir en la fábrica. "Sin embargo, la cosa se complica incluso dentro de esta esfera

28. *Ivi*, p. 761.

29. *Ivi*, p. 768.

de actuación directa y sin mediación, del proceso directo entre el trabajo y el capital. Al desarrollarse la plusvalía relativa dentro del régimen verdaderamente específico que es el régimen capitalista de producción, con lo cual se desarrollan las fuerzas sociales productivas del trabajo, parece como si estas fuerzas productivas y las conexiones sociales del trabajo en el proceso directo de éste se desplazasen del trabajo al capital".³⁰ La apariencia capitalista penetra por lo tanto en el interior del proceso de trabajo, y esto ocurre ante todo porque en el sistema capitalista la fuerza productiva del obrero no puede desarrollarse sino cuando este último está subordinado al capital: "Y como la *fuerza productiva social del trabajo* no le cuesta nada al capital, ya que, además, el obrero no la desarrolla *antes* de que su trabajo pertenezca al capitalista, parece a primera vista como si esa fuerza fuese una fuerza productiva inherente *por naturaleza* al capital, la fuerza productiva innata a éste".³¹ Los mismos factores que obligan al obrero a la "libre" venta de su fuerza de trabajo contribuyen por lo tanto a crear la apariencia que atribuye al capital la fuerza productiva del trabajo. Y así como el desarrollo de las máquinas acentúa aquella constricción, haciendo cada vez más difícil al obrero usar su fuerza de trabajo con medios propios de trabajo, acentúa también esta apariencia, haciendo atribuir a las máquinas (vistas como capital, y no como "trabajo incorporado") el aumento de la capacidad productiva.³²

El progreso tecnológico, y el desarrollo del uso de máquinas que él implica, son una fuente particularmente rica de apariencias. La propia máquina es el ejemplo más evidente de "reifica-

30. *Ivi*, p. 765.

31. *Op. cit.*, I, sec. IV, p. 268.

32. Sobre estos aspectos, cf. las observaciones de Marx en los manuscritos preparatorios de *El capital* (citamos de la traducción italiana de algunos párrafos, hecha por R. Solmi, bajo el título de "Fragmento sobre las máquinas", *Quaderni rossi*, n. 4, 1964, pp. 289-300): "... el valor objetivado de la maquinaria aparece además como premisa respecto a la cual la fuerza valorizadora de la capacidad de trabajo individual desaparece como algo infinitamente pequeño... La acumulación de la ciencia y de la habilidad, de las fuerzas productivas generales del cerebro social, permanece así —respecto al trabajo— absorbida en el capital, y aparece por consiguiente como propiedad del capital, y más precisamente del *capital fijo*, en la medida en que éste entra en el proceso productivo como medio de producción verdadero..." (p. 291); "En cuanto la maquinaria se desarrolla luego con la acumulación

ción", es decir de relación social reducida a *cosa*, de modo tal que es a la "cosa" y no a la relación social que le son atribuidas las consecuencias que esta última produce.

De aquí se desarrolla aquella apariencia capitalista particularmente difícil de "desenmascarar", que confunde las máquinas como tales con su uso capitalista.³³ A veces, ella oculta los efectos del uso capitalista de las máquinas, permitiendo "demostrar" que las máquinas como tales no pueden producir efecto del género; pero más frecuentemente sirve para presentar tales efectos como necesarios, como consecuencias "técnicas" de las máquinas en cuanto tales.³⁴ Ella contribuye así a la mistificación más general que conduce a identificar las leyes del proceso de producción capitalista con las leyes de todo proceso de producción como tal.

Los propios obreros son, al menos inmediatamente, prisioneros de esta apariencia, que tiene penosas consecuencias sobre sus comportamientos: "Hubo de pasar tiempo y acumularse experiencia antes de que el obrero supiese distinguir la *maquinaria* de su *empleo capitalista*, acostumbrándose por tanto a desviar sus ataques de los *medios materiales de producción* para dirigirlos contra su *forma social de explotación*."³⁵

Todo estos aspectos de la apariencia capitalista son al mismo tiempo aspectos *reales*. Las relaciones de intercambio capitalistas son realmente relaciones entre cosas; el obrero recibe realmente un salario a cambio de su trabajo, y este salario es —aunque a

de la ciencia social, de la fuerza productiva en general, no es en el trabajo, sino en el capital donde se expone el trabajo generalmente social... el trabajo vivo aparece subsumido bajo el trabajo objetivado, que opera y funciona de manera autónoma. El obrero aparece como superfluo, en la medida en que su acción no está condicionada por la necesidad del capital" (pp. 291-92). De ahí la economía vulgar, que en la persona de Lauderdale hace "del capital fijo una fuente de trabajo autónoma"; mientras que, observa Marx, "él representa una fuerza de este tipo sólo cuando él mismo es tiempo de trabajo objetivado" (p. 295).

33. Ella participa de la confusión entre nivel del "proceso de trabajo" y nivel del "proceso de valorización", a la que ya hicimos mención.

34. Cf. *op. cit.*, I, sec. IV, pp. 368-69.

35. *Ivi.*, p. 355. Aquí, como en otros párrafos sobre el mismo problema, hay una referencia a los movimientos de los "Ludditas": un ejemplo, para Marx, de antagonismo obrero que era distorsionado en sus objetivos por la "apariencia" capitalista.

través de una ficción jurídica— distribuido sobre todas las horas de su jornada de trabajo, aún sobre aquellas en la que en realidad trabaja gratuitamente; la ganancia se realiza materialmente sólo en circulación de mercancías; el ingreso se distribuye efectivamente en salario, ganancia-interés y renta; la fuerza productiva del trabajo se puede manifestar sólo bajo el dominio del capital. Todos estos son aspectos no solamente reales, sino también *necesarios* en la sociedad capitalista. La única posibilidad de crítica, de “desenmascaramiento” de su carácter aparente, está en la referencia a una sociedad *distinta* de la capitalista, que reduzca esta última a una sociedad históricamente determinada y transitoria y que cambie las relaciones sociales en las que esta apariencia encuentra su base objetiva. Pero la propia apariencia constituye una suerte de “defensa” del sistema capitalista contra esta posibilidad: la dimensión común de las distintas “apariencias” del sistema consiste, en efecto, en enmascarar los “confines históricos” del capitalismo y en presentar sus leyes como leyes generales del funcionamiento de toda economía, de toda sociedad.

De esta especie de círculo vicioso es posible salir —según Marx— sólo si la referencia a una sociedad distinta, que reduzca el capitalismo a su dimensión histórica determinada, no es una referencia utópica y abstracta a un “modelo ideal” de sociedad, sino la referencia a una sociedad que representa el desenlace de un proceso necesario de superación del sistema capitalista.³⁶ Esta referencia debe ser construida, por lo tanto, a través de la individualización y el análisis de las *contradicciones* del sistema. Sólo a través de la demostración de que este sistema, “aparentemente” inevitable, desarrolla una serie de contradicciones en su propio funcionamiento se podrá desenmascarar completamente la apariencia natural e inevitable de la que se reviste. De aquí nace la tarea de una economía política *crítica*. Y si este doble terreno —de análisis de las contradicciones del sistema y de desenmascaramiento de sus apariencias— la economía política marxiana se califica precisamente como *crítica de la economía política burguesa*, en sus distintas manifestaciones.

36. Aquí está para Max, ya desde sus obras juveniles, la diferencia entre el socialismo científico y el socialismo utópico.

3. LA ECONOMÍA POLÍTICA Y LA APARIENCIA CAPITALISTA.

Toda la economía política burguesa, para Marx, está caracterizada (aunque en modos y grados diversos) por la incapacidad para superar los límites de la "apariencia" capitalista, para remontarse de ésta a sus raíces históricas efectivas. En tal sentido siguen siendo válidas para todo el curso de la obra de Marx las afirmaciones generales contenidas en los *Manuscritos juveniles*: "La economía política parte del hecho de la propiedad privada, pero no la explica. Capta el proceso material de la propiedad privada, que ésta recorre en la realidad, con fórmulas abstractas y generales a las que luego presta valor de ley. No comprende estas leyes, es decir, no prueba cómo proceden de la esencia de la propiedad privada".³⁷

Esta crítica a la incapacidad de la economía política burguesa en alcanzar la *esencia* del sistema capitalista, que en las obras juveniles es desarrollada de manera no sistemática y con una terminología todavía incierta, será desarrollada completamente en las grandes obras de la madurez: *El capital* y la póstuma *Teorías sobre la plusvalía*.³⁸ En la primera de éstas, el hilo conductor es el análisis que da el propio Marx de la sociedad capitalista, y la crítica a la economía política es una consecuencia de ello; en la segunda, esta crítica es desarrollada directamente a través del análisis de los textos de los economistas burgueses, y es por tanto desarrollada de modo más minucioso y articulado.

En el interior de esta crítica general a la economía política burguesa, Marx opera una neta distinción entre la llamada "economía vulgar" y la economía política clásica. La primera es la expresión inmediata de la "apariencia capitalista";³⁹ la segunda

37. *Manuscritos de 1844*, cit., p. 104.

38. De esta última obra (que debía constituir según parece el libro IV de *El capital*) utilizamos la traducción italiana de Elio Conti. [Hemos puesto la paginación de la traducción castellana de Edit. Cartago, 1956, tomos IV y V de su edición de *El capital* publicada con el título de *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*. En adelante citaremos *Teorías sobre la plusvalía*. —N. del T.].

39. "La economía vulgar se limita a traducir, sistematizar y preconizar doctrinalmente las ideas de los agentes de la producción cautivos de las relaciones de producción del régimen burgués". (*El capital*, III, sec. VII, pp. 756-57); y estas ideas recalcan "las formas de la apariencia en que ellos se mueven y con la que conviven diariamente" (*ibí.*, p. 768).

provee el instrumento teórico principal para criticar esta apariencia, aunque luego no lo aplica a fondo y con coherencia.⁴⁰ La línea divisoria está constituida por la *teoría del valor-trabajo*.⁴¹ El rechazo de la teoría del valor-trabajo y la formulación de teoría del valor fundadas en los costos de producción o en la utilidad o en la relación demanda-oferta, que caracterizan la economía vulgar, llevan a ésta a desarrollar la "fórmula trinitaria" que constituye la síntesis de la apariencia capitalista.⁴² Sólo la teoría del valor-trabajo abre en cambio el camino a una efectiva comprensión unitaria del sistema, a una penetración en su esencia. En la teoría del valor, en efecto, está implícito el concepto de *plus-valía*, la consideración de la ganancia no como la retribución de una de las fuentes de valor sino como el producto de la plusvalía obrera. Así, ella sienta las bases para el análisis de la explotación, que constituye la esencia del sistema capitalista.⁴³

Por este motivo, la economía vulgar es reductible a una pura y simple "ideología", a un instrumento apologético del sistema. La "fórmula trinitaria", que constituye por así decirlo su emblema, "responde ... al interés de las clases dominantes, pues proclama y eleva a dogma la necesidad natural y la eterna legitimidad de

40. Dice Marx hablando de la "fórmula trinitaria": "El gran mérito de la economía clásica consiste precisamente en haber disipado esta falsa apariencia y este engaño, esta sustantivación y cristalización de los distintos elementos sociales de la riqueza... reduciendo el interés a una parte de la ganancia, y la renta del suelo al remanente sobre la ganancia media, con lo cual ambos venían a confluir en la plusvalía... Esto no obsta para que los mejores portavoces de la economía clásica, como necesariamente tenía que ser dentro del punto de vista burgués, sigan en mayor o menor medida cautivos del mundo de apariencia críticamente destruido por ellos, e incurran todos ellos, en mayor o menor grado, en inconsecuencias, soluciones a medias y contradicciones no resueltas" (ivi, p. 768).

41. Ya en los *Manuscritos de 1844* se asignaba un rol privilegiado a la "economía política que reonoció como su principio al trabajo (cf. *op. cit.*, p. 135), pero la referencia a la teoría del valor-trabajo y a sus implicaciones estaba todavía en términos genéricos, y servía para distinguir a la economía clásica, más que a la economía vulgar, de las escuelas que la habían precedido.

42. Cf. *El capital*, III, sec. VII, p. 756.

43. Cf. en particular un párrafo de *Teorías sobre la plusvalía*, vol. V pp. 392-93, donde retoma y desarrolla las observaciones ya mencionadas en el capítulo sobre la "fórmula trinitaria" (cita n. 40).

sus fuentes de ingreso".⁴⁴ La crítica de la economía vulgar no es, por tanto, nada más que una operación de "desenmascaramiento" de su función de justificación moral del sistema y del "disfraz" de este último como sistema natural y eterno. El análisis de los economistas vulgares realizado en las *Teorías sobre la plusvalía* se propone ante todo mostrar cómo ellos incurren puntualmente en todas las "apariencias" del sistema, ya analizadas en *El capital*: del fetichismo de la mercancía hasta aquella apariencia "conclusiva" de la "fórmula trinitaria."⁴⁵

Distinto es el tipo de crítica que debe ser dirigida a la economía clásica: en ésta los aspectos ideológicos están mezclados contradictoriamente con los elementos fundamentales de un análisis científico del sistema.⁴⁶ De esta contradicción pueden surgir dos desarrollos distintos y opuestos:⁴⁷ por una parte, la economía vulgar escoge y desarrolla los aspectos ideológicos, eliminando los aspectos de análisis científico; por la otra, la crítica de la economía política realiza una operación exactamente opuesta. Pero también para esta última la economía clásica permanece como un punto de partida indispensable para alcanzar la comprensión de la sociedad capitalista.

En las *Teorías sobre la plusvalía*, Marx suministra una línea de análisis histórico eficaz del primer tipo de desarrollo. La economía vulgar "se desarrolla cuando la economía clásica, con su análisis ha destruido, o por lo menos quebrantado considerablemente, las propias condiciones en que se basa... Al llegar la economía política a cierto grado de desarrollo, es decir con posterioridad a Adam Smith, y cobrar formas determinadas, el elemento vulgar, simple reflejo del fenómeno en que aquellas formas se manifiestan [= es decir que se detiene ante la apariencia, cambiándola por la esen-

44. *El capital*, III, sec. VII, p. 769.

45. Cf. *Teorías sobre la plusvalía*, vol. V, pp. 366-375.

46. Siempre a propósito de la posición crítica de la economía clásica ante la "apariencia" de la "fórmula trinitaria", Marx observa: "Es cierto que la economía clásica, al hacer este análisis, incurre en una contradicción... Ello se explica por el método analítico con que procede, método del que no pueden descartarse la crítica y la inteligencia" (*ibid.*, vol. V, p. 391).

47. No debe olvidarse que la "economía vulgar" es un *desarrollo* y no un *antecedente* de la economía clásica: ella comienza después de Smith, contemporáneamente a Ricardo y se desarrolla después de este último.

cia del fenómeno], se desglosa de ellas para convertirse en una teoría aparte".⁴⁸

El segundo tipo de desarrollo es posible de la economía clásica, es obviamente, el representado por la misma obra marxiana. De este desarrollo tenemos en *El capital* el resultado último, es decir la aplicación de instrumentos derivados en parte de la economía clásica al análisis de la sociedad capitalista. Pero la génesis de estos instrumentos, el modo en que fueron "extraídos", modificándolos en parte, del conjunto de instrumentos conceptuales de la economía clásica, se puede seguir en otras obras marxianas: desde la extensa serie de manuscritos consistentes en cuadernos de apuntes o en análisis críticos de los textos clásicos, hasta el análisis conclusivo contenido en las *Teorías sobre la plusvalía*.

Como ya dijimos, la referencia a la "apariencia" constituye también en este análisis un criterio fundamental: coincide con la individualización de todos los puntos en los cuales los clásicos no aplicaron coherentemente, o contradijeron la *teoría del valor-trabajo*.⁴⁹ En Adam Smith —a diferencia que en Ricardo— las contradicciones comienzan en el mismo enunciado de la teoría del valor, y no sólo en sus aplicaciones y desarrollos. En efecto, hay por un lado en la obra de Smith una teoría del valor-trabajo, unida a referencias explícitas a una verdadera "teoría de la plusvalía". Pero por el otro lado, hay una teoría del valor fundada en los "costos de producción", es decir, en la determinación del valor como suma de salario, ganancia y renta.⁵⁰ Esta contradicción hace que Smith recaiga con frecuencia en la "apariencia" de la "fórmula trinitaria", como ocurre con la confusión que frecuente-

48. *Ivi*, p. 394. El desarrollo de la economía vulgar a partir de la economía clásica no tiene un carácter casual, ni se explica a un nivel puramente científico: se vincula al aumento de las exigencias de "defensa ideológica" del sistema con la intensificación de los conflictos de clase (cf. *ivi*, pp. 394-95).

49. Es la búsqueda de las "incoherencias y contradicciones no resueltas", de las "detenciones a mitad de camino", típicos también de los "mejores representantes" de la economía clásica, de los que habla Marx en el fragmento arriba citado del libro III de *El capital* (cf. n. 40).

50. Para los enunciados conformes con la teoría del valor-trabajo cf. ADAM SMITH, *La riqueza de las naciones*, Aguilar, Madrid, 1961, libro I, en particular cap. V; y para menciones aún más explícitas a una "teoría de la plusvalía", cf. el esbozo de la misma obra, escrito en 1763 e inédito en la época de Marx. Para la determinación del valor como suma de los costos de producción, cf. el cap. VI de la obra de Smith.

mente realiza entre plusvalía y ganancia o en la consideración del capital como fuente de valor.⁵¹ Esta contradictoria aceptación de la "fórmula trinitaria" aparece con mucha evidencia en pasajes como el siguiente: "El salario, la ganancia y la renta del suelo son las tres fuentes originarias de todo ingreso, y de todo valor de cambio".⁵²

Ricardo, más claro y coherente en la formulación de la teoría del valor,⁵³ cae sin embargo en contradicciones en su aplicación, debido a la ausencia de una explícita teoría de la explotación. Así, por ejemplo, queda "prisionero de la apariiencia" a propósito del problema del "valor del trabajo" (o, en términos marxianos, de la fuerza de trabajo). Después de haber observado correctamente que el "valor del trabajo" (para usar el término ricardiano) está determinado "por la cantidad de medios de vida tradicionalmente necesaria en una sociedad dada para la conservación y perpetuidad de los obreros",⁵⁴ no está en condiciones de determinar las razones de este fenómeno. Observa Marx al respecto: "Pero ¿por qué? ¿Con arreglo a qué ley se determina el valor del trabajo? Ricardo no ofrece, en realidad, más contestación a esta pregunta que la de que la ley de la oferta y la demanda reduce el precio medio del trabajo a la cantidad de medios de vida física y socialmente necesarios para el mantenimiento del obrero, en una determinada sociedad. Determina, por tanto, el valor, uno de los fundamentos de todo el sistema, por medio de la oferta y la demanda, como malignamente observa Say".⁵⁵ Vale decir, recae en una típica "apariencia capitalista", que no obstante había contri-

51. Cf. el análisis marxiano de las contradicciones de Smith sobre el problema del valor en *op. cit.*, vol. IV, pp. 73-78; sobre la confusión entre plusvalía y ganancia, cf. *ibí*, pp. 86-89; sobre la consideración del capital como fuente de valor, cf. *ibí*, pp. 89-92.

52. A. SMITH, *op. cit.*, libro I, cap. VI (citado por Marx en *op. cit.*, vol. IV, p. 90).

53. No entramos aquí en el mérito de la polémica sobre la contradictoriedad o no de las variaciones aportadas en el tema de la ley del valor en las tres ediciones de los *Principles* ricardianos. Para una demostración rigurosa de la coherencia fundamental de la posición ricardiana sobre el problema del valor, remitimos a la introducción de Piero Sraffa a la edición de las obras completas de Ricardo [edic. FCE, México, 1959, t. I].

54. K. MARX, *op. cit.*, vol. IV, p. 293; y cf. D. RICARDO, *Principios de economía política y tributación*, en *Obras cit.*, t. I, cap. V, "Sobre salarios".

55. K. MARX, *op. cit.*, vol. IV, p. 293.

buido a disolver con la teoría del valor-trabajo. Agrega Marx: "En vez de hablar del trabajo, habría debido hablar de la fuerza de trabajo. Pero entonces el capital se le habría revelado como las condiciones materiales de trabajo erigidas en un poder sustantivado frente al obrero. De este modo el capital se habría manifestado inmediatamente como una *relación social determinada*".⁵⁶ Arribamos así a una última, e importante, consecuencia de la ausencia en Ricardo de una teoría de la explotación: esta ausencia impide un análisis del "despotismo de fábrica", vale decir, impide aprehender el elemento característico introducido en el proceso de trabajo por la extorsión capitalista de plus-trabajo obrero a los fines de la creación de la plusvalía.⁵⁷

A esta altura es posible reconstruir esquemáticamente los pasos fundamentales que debe realizar la economía política, según Marx, para liberarse de la "apariencia capitalista". El primer paso, condición preliminar para los sucesivos, es la adopción de la teoría del valor-trabajo (o, en términos marxianos, el reconocimiento de la ley del valor): este primer paso fue realizado por Ricardo y de una manera contradictoria, por Smith. El segundo paso consiste en la aplicación integral de la teoría del valor-trabajo a todo el funcionamiento del sistema capitalista, es decir, en la elaboración de una teoría de la plusvalía como producto de la explotación de la fuerza de trabajo obrera. No obstante que aquí o allí la ganancia sea considerada por los clásicos como una plusvalía, falta una teoría sistemática de la explotación; las contradicciones respecto de la teoría del valor-trabajo, se tornan en este nivel más numerosas y suministran otros tantos puntos de partida para el desarrollo de la economía vulgar. La ausencia de una teoría de la explotación impide a los economistas clásicos realizar un tercero

56. *Ivi*, p. 293.

57. "Ricardo arranca del hecho real de la producción capitalista. El valor del trabajo es inferior al valor del producto creado por él. El valor del producto es por tanto mayor... que el valor del salario. El remanente del valor del producto sobre el valor del salario constituye la plusvalía... Lo que no ve claro es cómo se produce este hecho. La jornada total de trabajo es mayor que la jornada de trabajo necesaria para producir el salario. ¿Por qué? No nos lo dice" (*ivi*, p. 296). Para que esto ocurra, observa Marx, "es necesario que el obrero se vea obligado a trabajar más de aquel tiempo, es decir, más que el tiempo necesario para reproducir el valor del salario, coacción que el capital se encarga de ejercer. Es lo que Ricardo no ve..." (*ivi*, pp. 296-97).

y último paso, el de distinguir en la estructura de fábrica, entre proceso de trabajo y proceso de valorización, y analizar los elementos de despotismo necesariamente vinculados al segundo.

Por esto, en su conjunto, la economía clásica, habiendo penetrado más allá de algunos aspectos de la "apariencia" del sistema, no arriba a una comprensión del sistema capitalista en su esencia, y permanece en última instancia prisionera de la apariencia que no obstante había comenzado a poner en discusión. Como toda la economía política burguesa, "incurre en el error de ver en la forma fundamental del capital, en la producción encaminada a apropiarse el trabajo de otros, no una forma histórica, sino la forma natural y eterna de la producción social. Pero a esto hay que añadir que su propio análisis conduce inevitablemente a la destrucción de este modo de ver".⁵⁸

4. EL CONCEPTO MARXIANO DE APARIENCIA.

En toda formulación del concepto de "apariencia" es implícita la remisión a una "realidad" de la que la apariencia constituye o la manifestación y revelación o (como para Marx) el ocultamiento y la deformación.⁵⁹ Se plantea entonces el problema de los procedimientos por medio de los cuales es determinada esta relación entre apariencia y realidad; vinculado a esto se suscita también el problema de las "técnicas de descubrimiento" de la propia apariencia.

En el procedimiento con el que Marx determina la relación entre "apariencia" y "realidad", la referencia central nos parece que está en el concepto de *ley*. La apariencia consiste, sustancialmente, en fenómenos no organizados en ley (u organizados en una ley "falsa");⁶⁰ pero la ley, a su vez, es una ley objetiva y no una for-

58. *Ivi*, V, p. 393.

59. Cf. N. ABBAGNANO, "Apparenza" en *Dizionario di filosofia*, Torino 1961, p. 57.

60. Así, por ejemplo, es apariencia la "fórmula trinitaria" que acepta la diversidad de los tipos de ingresos sin referirlos a través de una ley a una fuente única de valor; y es aún más prisionero de la apariencia cuando intenta fundar este reflejo particular de la realidad construyendo una ley "falsa", según la cual las fuentes del valor serían tres. Pero de un modo distinto, es prisionero también de la apariencia el análisis de los clásicos cuando, una

ma convencional de ordenamiento de los fenómenos. De aquí las características objetivas de *ambos* términos de la relación: la apariencia no es una simple visión subjetiva errónea de una realidad objetiva determinada; viceversa, la ley no es una técnica subjetiva de interpretación de esta realidad. Ley y apariencia son dos niveles igualmente objetivos de una misma realidad.

Es importante a esta altura precisar, tanto en el plano conceptual como en el plano histórico, qué tipo de "ley" constituye la referencia central de la distinción marxiana entre apariencia y realidad. Marx no ha elaborado esta distinción a un nivel general abstracto, como "criterio de interpretación de toda realidad", sino que se refirió a una situación histórica específica —la capitalista— extendiendo luego su aplicación a otras sociedades precedentes, pero siempre en conexión con la capitalista, y en función del análisis de ésta.⁶¹ Correspondientemente, la ley sobre la cual gira la distinción entre "apariencia" y "realidad" es la *ley del valor* (es decir, la *teoría del valor-trabajo*), con el conjunto de proposiciones que Marx hace derivar de ella y que constituye el núcleo teórico central de su análisis de la sociedad capitalista.

De aquí nace una serie de problemas bastante complejos, a causa de las características conceptuales peculiares de esta ley y de la teoría que Marx deriva de ella. Es útil a esta altura distinguir convencionalmente algunos "niveles" en las proposiciones que componen la teoría marxiana. Tenemos ante todo la proposición de carácter más general: "el valor de un producto está determinado por la cantidad de trabajo en él contenida".⁶² Es el fundamento

vez comprobada la existencia de la plusvalía, no sabe insertarla en una ley general de funcionamiento del sistema.

61. Sobre la relación entre el análisis del capitalismo y el análisis de fases históricas precedentes, cf. la *Introducción a la crítica de la economía política/1857* [en *Cuadernos de Pasado y Presente*, n. 1, Córdoba, 1968].

62. En esta proposición de nivel más general están mezclados en realidad dos problemas: el de la *medida* del valor y el de la *fuerza* del valor. Respecto a Ricardo, Marx desplaza el acento del primero al segundo problema, y es este desplazamiento el que le permite derivar de la ley del valor una serie de proposiciones de un contenido ideológico más acentuado. Para un análisis crítico de los "aspectos metafísicos" de la teoría del valor, cf. JOAN ROBINSON, *Filosofía económica*, Gredos, Madrid, 1966, en particular el cap. II; y de la misma autora, véase *Introducción a la economía marxista*. Siglo XXI, México, 1968.

lógico de toda la teoría marxiana, pero sin embargo no es la proposición “más significativa” en el conjunto de la teoría, y en particular no lo es por la aplicación del concepto de “apariencia”. Tal proposición, por lo demás, es común a otras teorías, como la ricardiana, pero la marxiana se distingue por las proposiciones que hace derivar de ella.⁶³ Nos interesa aquí individualizar dos de los sistemas de proposiciones derivados de ella: proposiciones referidas al cambio de los productos, y proposiciones referidas al sistema de decisiones (a la estructura de poder) de la fábrica y de la sociedad. Entre las proposiciones más generales de estos dos sistemas encontramos las proposiciones más importantes para la teoría marxiana de la explotación y para la determinación —en conexión con ésta— de la relación entre “apariencia” y “realidad”. En las del primer grupo, encontramos las leyes que regulan la compraventa de la fuerza de trabajo y sobre la cual se funda la existencia de la plusvalía.⁶⁴ En las del segundo grupo, encontramos la ley fundamental según la cual la sociedad capitalista (y en particular un subsistema suyo: la fábrica) está organizada a los fines de realizar el máximo de plusvalía posible. Esto implica la puesta en funcionamiento de todos los medios coercitivos necesarios a este fin.⁶⁵ De estas proposiciones fundamentales de dos grupos se pueden derivar muchas otras de nivel menos general, que no constituyen enunciaciones de la “esencia” del sistema (para usar términos marxianos), sino que son instrumentos de

63. El término “derivar” no debe ser entendido, como es obvio, en un sentido formalmente riguroso, como deducción realizada según reglas precisas lógico-formales. Sin embargo, el uso de este término (o del término “deducir”) no es arbitrario, porque corresponde a la formulación del propio Marx, que consideraba al conjunto de las proposiciones de su teoría como proposiciones en una relación lógica muy estricta, casi de verdadera “deducción”, con la ley del valor.

64. El obrero, vendiendo su fuerza de trabajo, recibe como salario el *valor de la fuerza de trabajo* consumida, vale decir, es pagado por el tiempo de trabajo necesario para producir los medios de subsistencia indispensables para reconstituir la fuerza de trabajo gastada y para reproducir nueva fuerza de trabajo; pero el valor que él produce con su trabajo es superior al valor de estos medios de subsistencia (o, lo que es lo mismo, él trabaja una jornada mayor de la necesaria para producir estos medios de subsistencia).

65. La “forma fundamental del capital” es “la producción dirigida a la apropiación de trabajo ajeno” (*Teorías sobre la plusvalía*, V, p. 393). Tal apropiación ocurre por medio de la prolongación de la jornada de trabajo

análisis y de previsión de aspectos particulares de su funcionamiento: por ejemplo, en el primer grupo, proposiciones concernientes a las variaciones de los salarios; en el segundo, proposiciones que analizan la organización de fábrica.

Tenemos delineado así tres "niveles" de proposiciones: 1) ley general del valor; 2) leyes generales de la compraventa de la fuerza de trabajo y del sistema de decisiones capitalista; 3) proposiciones particulares sobre la marcha de los salarios y sobre la organización de fábrica. De estos niveles, sólo el tercero consiste en proposiciones directamente sometibles a verificación empírica. El segundo consiste en proposiciones que deben suministrar una explicación e interpretación general de las proposiciones empíricamente verificables contenidas en el tercer nivel: de este segundo orden de proposiciones no se tiene, por lo tanto, posibilidades de verificación empírica directa, pero ellas resultan confirmadas o no en la medida en que dan cuenta de manera exhaustiva y satisfactoria de las proposiciones menos generales contenidas en el tercer nivel. Ellos no constituyen sin embargo el *único* modo de interpretar estas últimas: las proposiciones concernientes a la organización de fábrica o las variaciones en los salarios son interpretables también a la luz de otras "leyes".⁶⁶ Finalmente, el primer nivel está constituido por una proposición no verificable empíricamente, que tiene en la teoría marxiana la función de "funda-

más allá de la duración necesaria para retribuir el valor de la fuerza de trabajo: y esto no puede ocurrir sin imposición; de ahí que el sistema social capitalista se defina como sistema de poder orientado a imponer esta apropiación (cf. las ya citadas observaciones de Marx a Ricardo, *ivi*, IV, pp. 296-97).

66. Por ejemplo, las variaciones de los salarios son interpretables en términos de demanda y oferta, o en términos de políticas de formación de la demanda de consumos, sin hacer referencia a la ley del valor como ley que regula la compraventa de la fuerza de trabajo; la organización de fábrica es explicable en base a las distintas teorías de la organización, de la burocracia, del comportamiento de los grupos de poder, que no se fundan sobre la ley de la apropiación de la plusvalía como ley general que regula el funcionamiento de la organización de fábrica. Naturalmente, *se tratará luego de confrontar la medida en que estas distintas interpretaciones son satisfactorias, es decir, dan cuenta de los fenómenos que quieren explicar*; pero desde el punto de vista lógico importa observar que son posibles otras explicaciones, es decir que las proposiciones del "tercer nivel" no remiten necesariamente a un único tipo de explicación.

mento lógico" de las proposiciones de nivel inferior; pero, también en este caso, éstas pueden subsistir sin dicho fundamento lógico.⁶⁷ Tenemos entonces en los dos niveles superiores dos clases de proposiciones no susceptibles de verificación empírica directa, que resultan fundadas si son utilizables para derivar de ellas o para conectar entre sí otras proposiciones; estas operaciones son efectuadas por Marx, y dan lugar a proposiciones empíricamente verificables, pero no constituyen el único procedimiento para arribar a estas últimas.

¿Cómo se sitúa el concepto de "apariencia" en relación a estos niveles de proposiciones de la teoría marxiana? Dicho concepto no se refiere a un único nivel de proposiciones, sino precisamente al conjunto de estos niveles en primer lugar, a la conexión necesaria que los vincula en la teoría marxiana. Es verdad que la "apariencia" en el sentido más elemental y "vulgar" del término puede consistir en el puro y simple "desenmascaramiento" de una de las proposiciones (o "leyes") particulares, empíricamente verificables, que se sitúan en el "tercer nivel". Pero la característica más propia de la "apariencia" consiste, desde el punto de vista analítico, en la falta de conexión entre las proposiciones de los distintos niveles. Ricardo es prisionero de la apariencia cuando no explica la duración de la jornada de trabajo, o la relación cuantitativa existente entre salario y ganancia, en base a las leyes del "segundo nivel", es decir, a la extorsión de la plusvalía como prin-

67. La no-necesidad de la relación entre los dos niveles es en este caso aún más evidente que en el caso precedente. En efecto, si la teoría marxiana de la explotación, aunque no siendo la única posibilidad interpretativa de los fenómenos de la sociedad capitalista, era y es todavía la más "potente" (es decir, aquella que logra iluminar y explicar mejor el mayor número de fenómenos), ella puede —precisamente por eso— subsistir perfectamente sin ser deducida de la ley del valor, teniendo su fundamento propio en la capacidad de explicación de los fenómenos empíricos a los que ella se refiere. La existencia de un poder de decisión del que está dotado el capitalista y privado el obrero, la consiguiente capacidad del primero de "disponer" de la producción sobre la cual el obrero no tiene ningún control, las desigualdades de ingresos que de allí se derivan, son elementos suficientes para la construcción de una teoría que los unifique. Lo que agrega a esto la "deducción" de la ley del valor es inverificable (vale decir, no se puede verificar en qué medida el "valor" del que dispone el capitalista está determinado por el trabajo obrero), y no sirve para individualizar o explicar aspectos ulteriores del problema.

empírico-guía de la organización capitalista. Por consiguiente, vuelve a caer en la "apariencia" todo análisis que, reconociendo una serie de características del sistema capitalista, no las explique en base a las conexiones necesarias enunciadas por Marx en la teoría que él desarrolla de la ley del valor. Desde este punto de vista, el "segundo nivel" es la referencia fundamental, porque enuncia las características específicas del funcionamiento de la ley del valor en la sociedad capitalista. Si la economía vulgar no logra ni siquiera reconocer el punto de partida más general, es decir la ley del valor, la economía clásica está caracterizada en cambio por su incapacidad para conectar al primer nivel de proposiciones (la ley del valor), que ella misma ha enunciado, con las proposiciones que describen una serie de fenómenos de la sociedad capitalista. Esto ocurre precisamente por la falta de enunciación de una de las leyes de "segundo nivel", pero luego repercute sobre su capacidad de observación y de explicación de los fenómenos empíricos, haciendo que ella los verifique sin explicarlos (duración de la jornada de trabajo) o los descuide en el análisis (formas de dirección en la fábrica).

Pero todo esto no tiene validez sólo a nivel del análisis. Los tres niveles de proposiciones, en efecto, son para Marx el reflejo de conexiones *reales*, y ninguno de ellos es un simple instrumento convencional de explicación. La estructura de la "apariencia" en el análisis de la economía burguesa refleja, por consiguiente, una análoga estructura de la "apariencia" en la realidad capitalista. La característica general de la "apariencia", como "modo de presentarse" de los fenómenos capaz de enmascarar sus conexiones más profundas, se puede ahora precisar como enmascaramiento de las formas específicas que adquiere la ley del valor en su modo de funcionamiento capitalista.

5. APARIENCIA Y CLASES SOCIALES

El análisis marxiano no tiene como objeto directo la "conciencia de clase" capitalista u obrera. Falta un análisis sociológico sistemático de los comportamientos obreros; en cuanto a los capitalistas, se analizan preferentemente los comportamientos impuestos por las leyes objetivas del sistema, antes aún de estar determina-

dos conscientemente por él: el ejemplo típico es el funcionamiento de la ley del valor en el mercado libre, que determina los comportamientos capitalistas sin ser objetos de decisión consciente, colectiva.⁶⁸ De manera coherente con estas características generales del análisis marxiano, el concepto de “apariencia” no fue elaborado por Marx con una finalidad específicamente sociológica. Más que al análisis de las actitudes de las clases sociales, él debía servir al análisis de la estructura y del funcionamiento de la economía capitalista y a la crítica del modo en que habían sido estudiados hasta ese entonces por la economía política. Y sin embargo, la importancia social de la “apariencia” permanecía, en el fondo de este análisis, como un problema de importancia crucial para Marx, no sólo en el plano científico sino en el político. En qué medida la “apariencia capitalista” penetraba en la conciencia de la clase obrera e influenciaba sus comportamientos constituía un interrogante crucial para el análisis marxiano, aunque no existiera una tentativa por darle una respuesta sistemática. Por consiguiente, es posible a la luz de este problema vincular entre sí una serie de indicaciones que emergen de los textos marxianos y reconstruir, por medio de ellos, al menos parcialmente, la “importancia sociológica” de la apariencia capitalista.

Un punto de partida emerge con bastante claridad de los mismos fragmentos que hemos citado: las dos clases más directamente insertas en las relaciones capitalistas de producción tienden *inmediatamente* a ser víctimas de esta apariencia.⁶⁹ En todas las principales formas de “apariencia” analizadas por Marx encontramos alguna mención al modo en que una u otra clase, o ambas,

68. Ejemplo típico es la determinación de los precios, cuya correspondencia tendencial con los valores (o sea con la cantidad de trabajo contenido en los productos) se produce a través del movimiento “anárquico” de la competencia (esto al menos en el capitalismo competitivo examinado en el libro I de *El capital*; dejando a un lado los problemas más complejos analizados en el libro III). Este modo de funcionar “no consciente” de las leyes económicas constituye la “anarquía” de la sociedad capitalista, contrapuesta al “plan” de la fábrica capitalista, en la cual todas las condiciones son controladas conscientemente a los fines de la extracción del máximo posible de plusvalía.

69. Sobre esta tendencia inmediata y espontánea intervienen una serie de factores (objetivos o determinados conscientemente) que pueden complicar, contradecir o directamente anular su acción: y su acción es obviamente distinta para las dos clases “prisioneras de la apariencia” (cf. más adelante).

son "prisioneras" de aquéllas. Esto vale ante todo para la mercancía: cuando en el intercambio de las mercancías los hombres confrontan entre sí *valores de cambio* de los productos, es decir la cantidad de *trabajo abstracto* contenida en ellos, "no saben que hacen eso, pero lo hacen".⁷⁰ Cuando la economía vulgar construye en su teoría la "fórmula trinitaria" ella "se limita a traducir, sistematizar y preconizar doctrinalmente las ideas de los agentes de la producción cautivos de las relaciones de producción del régimen burgués".⁷¹ Análogamente, sobre la "forma fenoménica" del salario, es decir, sobre la "metamorfosis del valor y del precio de la fuerza de trabajo... en valor y precio del trabajo mismo", "se basan todas las ideas jurídicas del obrero y del capitalista".⁷²

Cuando el análisis marxiano examina las formas de "aparición" que afectan más directamente la condición obrera, la importancia social de la aparición y los problemas políticos a las que ella se liga en el pensamiento de Marx, emergen con mayor evidencia. La aceptación o la "demistificación" de cada una de las distintas formas de la "aparición capitalista" tiene consecuencias profundas sobre los comportamientos políticos del proletariado; e inversamente, cada proyecto tendiente a influenciar u organizar tales comportamientos debe "ajustar cuentas" con las formas de aparición propias de la esfera particular de las relaciones sociales en la que intenta intervenir.

Esta relación emerge con claridad, por ejemplo, en el "problema de las máquinas": "Hubo de pasar tiempo y acumularse experiencia antes de que el obrero supiese distinguir la *maquinaria* de su *empleo capitalista*, acostumbrándose por tanto a desviar sus ataques de los *medios materiales de producción* para dirigirlos *contra su forma social de explotación*".⁷³ La identificación de la tecnología con el uso capitalista (divulgada y sistematizada por la economía vulgar)⁷⁴ lleva así al "luddismo", es decir a proyectar contra la máquina como tal el antagonismo determinado en rea-

70. *El capital*, libro I, sec. I, p. 39.

71. *Op. cit.*, libro III, pp. 756-57.

72. *Op. cit.*, libro I, sec. VI, p. 452.

73. *Ivi*, p. 355.

74. Una vez más la economía clásica se diferencia aquí, aunque sólo sea parcialmente, de la economía vulgar. Ricardo agrega a la tercera edición de

lidad por las relaciones capitalistas en las que la máquina es introducida y usada; y podrá en otros casos llevar a aceptar estas relaciones capitalistas con la misma resignación con la que se acepta la "ineluctabilidad" de un fenómeno puramente "técnico" y como tal, objetivamente necesario.

De otro aspecto crucial de la condición obrera, del *salario*, la apariencia afecta no sólo la naturaleza fundamental (como ya vimos), sino también las variaciones históricas que puede sufrir el nivel salarial, y las leyes a las que él obedece. La fuerza de los capitalistas tiende en efecto a hacer descender el salario por debajo del nivel de subsistencia históricamente determinado,⁷⁵ y a impedir que ascienda por encima de él, presentando este "movimiento" como una *ley* económica en base a la cual el "fondo de salarios" es determinado, y un aumento de los salarios individuales se resuelve en una disminución de la producción y de la ocupación global;⁷⁶ muchos obreros son prisioneros de esta apariencia y consideran inútil, por lo tanto, una lucha salarial.⁷⁷ Marx dedica un largo informe en una reunión de la Internacional a rebatir esta posición. Y dice entre otras cosas: "Si se resignase a acatar la voluntad, los

los *Principios*, un capítulo "sobre las máquinas" donde, revisando sus concepciones anteriores, acoge alguno de los elementos del análisis crítico del neo capitalista de las máquinas desarrollada por los socialistas y por los reformadores de su tiempo (Barton, por ejemplo). Véase el reconocimiento que le otorga Marx (junto a una crítica extensa) en *Teoría sobre la plusvalía*, vol. V, p. 71, donde entre otras cosas dice lo siguiente: "Este capítulo... acredita su buena fe, cualidad que tan sustancialmente le distingue de los economistas vulgares".

75. Esta tendencia se realiza, sin embargo, sólo de manera ocasional, porque debe enfrentarse a la acción sindical de la clase obrera: el resultado de estas dos fuerzas opuestas es la adecuación, a largo plazo, del nivel salarial al valor de la fuerza de trabajo, es decir, al nivel de la subsistencia históricamente determinado (en esto, Marx difiere de numerosos partidarios suyos, de Lasalle a Liebknecht, según los cuales la tendencia de los salarios a descender por debajo del nivel de subsistencia se habría realizado a largo plazo).

76. Sobre estas teorías, cf. M. Dobb, *Salarios*, FCE, México. 1965.

77. Se trata de la intervención en respuesta a las posiciones enunciadas por el miembro del Consejo General de la Internacional, Weston, presentada en la sesión del 20 y del 27 de junio de 1865, en Londres. Fue publicada póstumamente en 1899 con el título de *Value, price and profit* y hoy conocida bajo el título de *Salario, precio y ganancia*.

dictados del capitalista, como una ley económica permanente, compartiría toda la miseria del esclavo, sin compartir, en cambio, la seguridad de éste".⁷⁸

En estos ejemplos dispersos vemos cómo repercute en la conciencia de clase —y a través de ella en los mismos comportamientos organizados, sindicales y políticos— las dos características fundamentales de la apariencia capitalista: por un lado, la confusión entre los aspectos técnico-objetivos y los aspectos socialmente determinantes de la producción,⁷⁹ por el otro, la dimensión natural y eterna que adquiere correspondientemente el sistema capitalista.

Como ya se dijo, son víctimas de esta apariencia tanto los capitalistas como los obreros, pero con consecuencias muy distintas. En efecto, hay una coincidencia inmediata entre la "apariencia" y el interés del capitalista;⁸⁰ mientras que para el obrero ser prisionero del aparato significa desviar la propia lucha hacia objetivos mistificados (como en el caso de los Ludditas), o renunciar a ella confundiendo la voluntad de los capitalistas con una ley económica permanente (como en las tendencias renunciatarias hacia la lucha salarial). En esta relación contradictoria existente entre la apariencia y el interés inmediato, de defensa del sistema de dirección patronal y del mejoramiento económico, del obrero, está la posibilidad "objetiva" —como diría Lukács— de que la visión de clase de los obreros supere los límites de la apariencia y efectúe un análisis crítico de la sociedad capitalista. Pero esta posibilidad intenta ser frenada no sólo por la "fachada fenoménica" de la realidad, sino también por la acción consciente de la propaganda y de la ideología capitalista, que erigen a la apariencia como interpretación del sistema, con el propósito deliberado de

78. *Salario, precio y ganancia*, en K. MARX - F. ENGELS, *Obras escogidas* cit., I, p. 458.

79. Es el fenómeno por el cual "las fuerzas productivas aparecen como fuerzas totalmente independientes y separadas de los individuos" y del que deriva "una totalidad de fuerzas productivas que adoptan, en cierto modo, una forma material" (*La ideología alemana* cit., p. 74).

80. Véase por ejemplo en la fórmula trinitaria: la explicación del valor como suma de los costos de producción (salario, ganancia y renta) conduce a considerar al capital, la tierra y el trabajo como igualmente creadores de valor y a legitimar de tal modo los tres tipos de ingresos como retribución respectiva de los tres factores de la producción.

81. Ya Engels observaba, por ejemplo, en *La situación de la clase trabajadora en Inglaterra* (traduc. cast. de Edit. Lautaro, Buenos Aires, 1965, p.

bloquear la revolución obrera.⁸¹ La economía vulgar, a diferencia de la economía clásica “crítica”, es un dócil instrumento de esta acción, que sólo es posible por el propio dominio de clase. “Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente”.⁸² Así escribe Marx en *La ideología alemana*, y distintas menciones a esta acción de la clase dominante aparecen en todas sus obras sucesivas.⁸³ El propósito científico de dismantelar la apariencia y de abrir el conocimiento de los nexos reales de la sociedad capitalista, adquiere así una importancia práctica muy precisa sobre el comportamiento práctico de la clase obrera. “Cuando se aprehende la interconexión, toda creencia teórica en la necesidad permanente de las condiciones existentes se derrumba antes de su colapso práctico. En este caso, por consiguiente, está en el interés práctico de las clases dominantes perpetuar esta absurda confusión”,⁸⁴ escribe Marx en una carta a Kugelmann. No es casual que esta afirmación aparezca para justificar la importancia dada por Marx en todas sus obras al desarrollo y a la explicación (también a nivel de divulgación) de la *ley del valor*. Su reconocimiento, y su aplicación en una teoría de la explotación, son en efecto para Marx el punto crucial de superación de la apariencia capitalista. A esta altura es lícito aducir —como prueba de la importancia que Marx asignaba al peso de la “apariencia” sobre los comportamientos de la clase obrera— los mismos

216): “La clase propietaria y especialmente la parte de ella que se dedica a la industria, que está en contacto inmediato con los obreros, enfila con gran violencia contra estas uniones [= coaliciones obreras para aumentar los salarios] y trata de continuo de probar a los obreros la inutilidad de las mismas, con motivos que son justos según la economía política...”

82. *La ideología alemana* cit., pp. 48-49.

83. Cf. por ejemplo, K. MARX y F. ENGELS, *El manifiesto del partido comunista*, en *Obras escogidas* cit., I, p. 39.

84. *Cartas a Kugelmann* cit., p. 67 (y también le prefacio de Lenin).

temas por él escogidos en las obras de “divulgación política”. *Trabajo asalariado y capital*⁸⁵ tiene como uno de los propósitos centrales, la demistificación de la “apariencia del salario”; *Salario, precio y ganancia*⁸⁶ quiere, como ya se dijo, destruir la apariencia según la cual el aumento salarial se vuelve inevitablemente contra los propios obreros. En una y otra obra, la referencia a la ley del valor usada como crítica de la economía política burguesa es el principal instrumento conceptual.⁸⁷

Las consecuencias de la apariencia sobre los comportamientos obreros emergen así, a veces de manera indirecta, tanto en las distintas menciones en la obra marxiana, como en la frecuencia con la que insiste en la demistificación de la apariencia en sus obras destinadas a los obreros. Sin embargo, ellas no son “conceptualizadas”: su conceptualización será intentada, en los desarrollos más recientes del marxismo, por Lukács, con la aplicación del concepto de “reificación” — derivado del análisis marxiano de la mercancía— a la conciencia de clase, sea la de los capitalistas como la de los obreros. No por casualidad la matriz del concepto es uno de los momentos centrales del análisis marxiano de la apariencia. En efecto, podríamos decir que “reificación = alienación + apariencia”. La apariencia deviene aquí explícitamente la “dimensión subjetiva” de las relaciones objetivas de alienación del capitalismo; el análisis lukacsiano de la reificación retoma los principales elementos de la “apariencia marxiana” y ve sus reflejos

85. Véase nota 18.

86. Véase nota 72.

87. Menciones a la “apariencia”, concebida como ideas falsas que la sociedad burguesa desarrolla en los obreros —tanto a través de su estructura objetiva como a través de la acción de las clases dominantes— se encuentran en las distintas obras históricas en las que Marx analiza las luchas del proletariado europeo. Aunque en estas menciones, más que una referencia específica al problema de la explotación y a la ley del valor, hay una referencia más general a las mistificaciones de la estructura de clase (que impiden individualizar con exactitud la naturaleza de la clase capitalista dominante), ellas contribuyen ulteriormente a indicar la importancia de la apariencia capitalista sobre las actitudes de las clases. Cf. por ejemplo los libros: *Las luchas de clases en Francia, El 18 Brumario de Luis Napoleón y Revolución y contra-revolución en Alemania*.

88. Cf. *Geschichte und Klassenbewusstsein* [Historia y conciencia de clase] Berlín, 1923, en particular el ensayo sobre “La reificación y la conciencia del proletariado”.

en la conciencia de las clases.⁸⁸ En la sociedad capitalista, la apariencia fija necesariamente a la conciencia de clase en su inmediatez; esto vale para los capitalistas y para los proletarios, y sin embargo hay una diferencia entre los dos, en cuanto para los segundos existe una posibilidad de superación de la conciencia reificada, que a los primeros falta. Una vez más la matriz de esta diferencia debe ser buscada en el análisis marxiano, también aquí la apariencia era funcional a los intereses capitalistas y contradictoria con los intereses obreros, y de aquí nacía la posibilidad de su superación. Lukács aplica a esta posibilidad el concepto weberiano de "posibilidad objetiva": la posibilidad objetiva propia del proletariado, de "quitar" esta reificación de la propia conciencia, deviene el elemento decisivo en la superación histórica del sistema capitalista, y en la eliminación así de las mismas raíces objetivas de la apariencia.

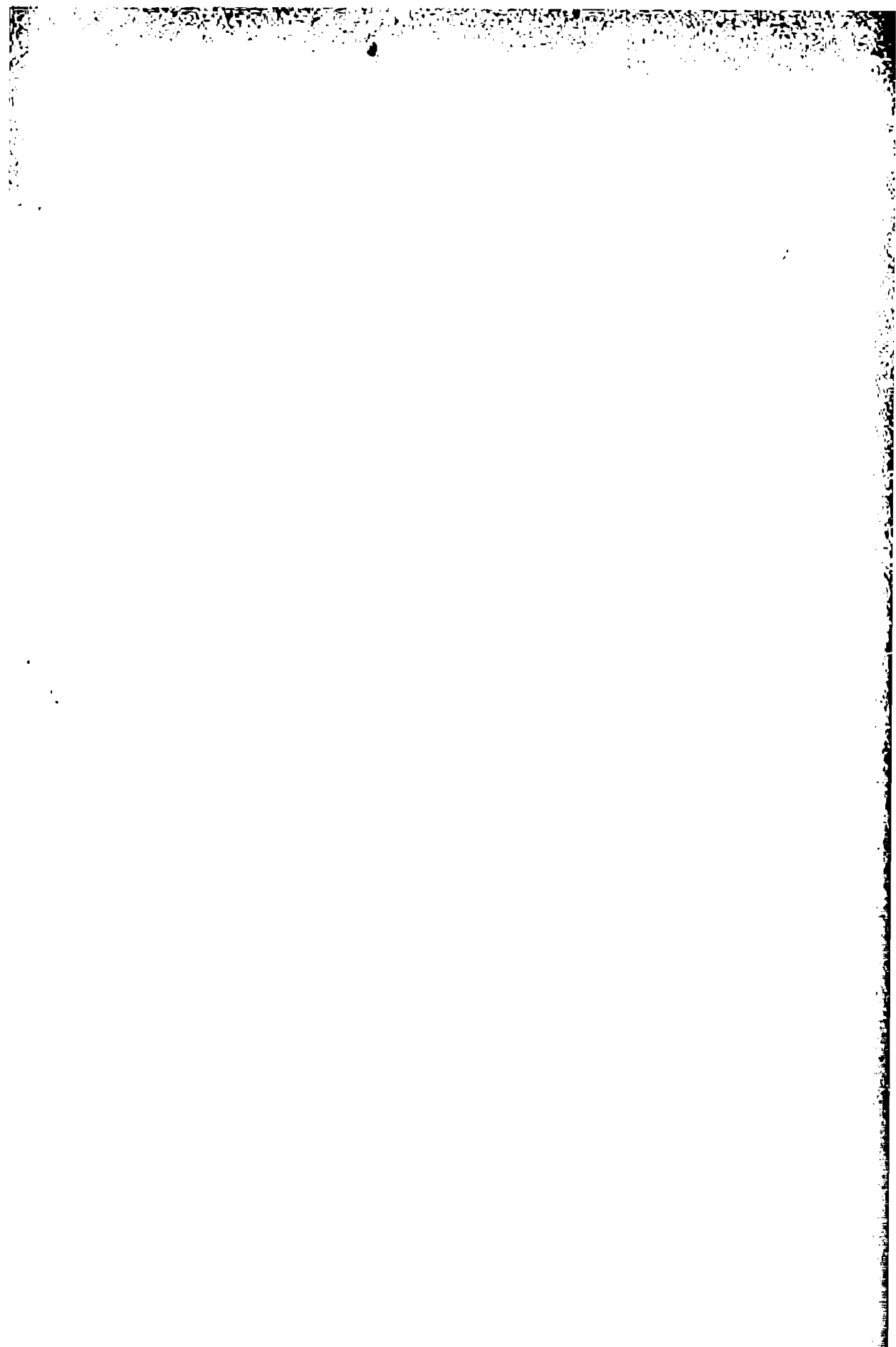
Retornando al ámbito de la obra marxiana, se ha visto cómo el análisis de la "apariencia capitalista" ilumina, aunque de manera no sistemática y con frecuencia indirecta, un problema de gran interés sociológico: los modos y las formas en las que las clases existentes en un sistema social llegan a considerarlo inmutable y tienden a ver las características de su "funcionamiento" como leyes generales del funcionamiento de todo sistema social. Si falta en Marx una formulación explícita de este problema, tal como para permitir al análisis sociológico afrontarlo, esto no es debido sin embargo sólo a la "delimitación del objeto" del análisis marxiano, sino también a las propias *características conceptuales* que asume la apariencia en ellas.

Hemos visto, en efecto, en la relación entre "apariencia" y "realidad" que se instituye en el análisis marxiano, que *ambos* términos de la relación son *objetivos*. Es objetiva la apariencia en la que los datos de una determinada realidad social se presentan no conectados entre sí, o conectados de manera parcial y deformada, como es objetiva la ley que los conecta en su relación real. Ahora bien, de esto deriva también la posibilidad de desarrollar el concepto de "apariencia" sin analizar sistemáticamente la relación entre "apariencia" y conciencia de clase. Si la apariencia tuviera sólo una dimensión subjetiva (vale decir, si consistiera en una "visión de la sociedad" o de parte de ella, que resulte "falsificable" en base a ciertos criterios), sería observable sólo a través de una comprobación empírica de la "visión de la sociedad" propia de las

distintas clases en una determinada situación. En la formulación marxiana, en cambio, ella es comprobable *con prescindencia* de este análisis empírico; y más aún, este análisis es en cierto modo *deducible* de la propia apariencia, concebida objetivamente.

Como en el caso del concepto de "alienación", también en el caso de la "apariencia" vemos emerger de la obra de Marx problemas sociológicos de gran importancia, de los que sin embargo falta en la obra marxiana una formulación adecuada. Como ya dijimos, esto es debido no sólo al ámbito particular cubierto por el análisis de Marx, sino a algunas de sus propias características conceptuales, y más específicamente a algunas características heredadas tanto del pensamiento filosófico como del pensamiento económico de la época: tal la referencia a la *esencia del hombre*, para el concepto de "alienación", y la referencia a un cierto *concepto de ley* (como "ley objetiva") y a un cierto *tipo de ley* (la del valor), para el concepto de "apariencia". Si esto es verdad, surge entonces para el análisis sociológico de hoy la tarea de reformular con instrumentos conceptuales parcialmente distintos los problemas sociológicos indicados en la obra marxiana, sin por esto realizar —como a veces se intenta hacer— una drástica reducción de su importancia, vale decir sin renunciar a la poderosa tentativa de conexión de los múltiples elementos, "objetivos" y "subjetivos", del sistema social capitalista, realizado por Marx en su obra.⁸⁹

89. Para usar los términos de C. Wright Mills, podemos decir que debe ser mantenida la "potencia" del "modelo" marxiano (como "inventario... de los elementos que debemos tomar en consideración" en el análisis del sistema capitalista), aun reformulando en parte la "teoría" construida por Marx en base a él (es decir, el conjunto de las proposiciones que vierten sobre los elementos escogidos en el "modelo"); cf. C. WRIGHT MILLS, *The Marxists*. New York, 1962, "introducción". Cf. también observaciones análogas del mismo Mills en la introducción a *Imágenes del hombre*.



**UN PSEUDO PROBLEMA: LA TEORIA DEL VALOR-TRABAJO
COMO BASE DE LOS PRECIOS DE EQUILIBRIO**

RODOLFO BANFI

”

•

•

•

•

I

El capital se inicia con el análisis de la mercancía y del dinero. Marx nunca precisó de manera orgánica *qué* mercancía, o sea *qué* hipótesis acerca de la mercancía adoptaba en la primera sección. Probablemente presuponía en el lector el conocimiento directo de Adam Smith y de Ricardo —debe recordarse que *El capital* es también la *crítica de la economía política*— y además pensaba que el contexto de la exposición, en el que mercancía y cambio son considerados en su forma más simple, revelaría por sí mismo todo cuanto quedara implícito. Es indudable que la gran mayoría de los críticos, y aun de los apologistas de Marx, no subrayaron o acogieron sólo de manera parcial la hipótesis inicial, lo que acarreó consecuencias negativas para la comprensión de la llamada “teoría del valor” de Marx. Por ello, aquí intentaremos definir ante todo la hipótesis que está en la base de la tan discutida sección primera de *El capital*, separándola en sus elementos o, si se prefiere, en sus determinaciones singulares.

En primer lugar, la mercancía de que se trata no incluye, como es obvio, todos los bienes aptos para satisfacer las necesidades humanas, sino únicamente la parte de los mismos que es destinada a la venta. Se supone además provisoriamente que los cambios no se realizan mediante el dinero (condición esta que deja de funcionar en el curso de la misma sección).

En segundo lugar, la producción social es obra de propietarios libres y autónomos de los medios de producción y del mismo producto; el único título de apropiación es el trabajo.

Con esto aparece claro el punto tercero, consecuencia necesaria del primero y del segundo, a saber: por ahora las mercancías son

solamente los productos del trabajo humano, con exclusión de los dones de la naturaleza o bienes naturales.

En cuarto lugar, nos hallamos ante una economía “de subsistencia”, para la cual no se plantea el problema del plusproducto y, por consiguiente, el de la plusvalía destinada a la acumulación.¹

El hecho de que estas cuatro condiciones se hallen estrechamente ligadas entre sí y formen la hipótesis única de la “mercancía en estado simple”, a la que Marx suele referirse, no requiere una explicación detallada. Por otra parte, es evidente que en cuanto categoría tal mercancía no es *la* mercancía en su totalidad, sino algo de mucho menor amplitud. Ello es consecuencia del hecho de que la sociedad supuesta no es la sociedad capitalista ya que se presupone que el trabajador es propietario del producto de su trabajo. El elemento común consiste simplemente en que en ambos casos se produce para vender, pero el modo de producción y el plano en el que las “cosas” (y no sólo las cosas) son mercancías difieren uno de otro no en grados sino en términos absolutos.

Por lo que hace al primer punto, delimitar la mercancía como producto destinado a la venta mediante el concepto más amplio de “bien económico”, significaría hacer una yuxtaposición mecánica de la producción para la venta con la producción para el consumo del productor, yuxtaposición que no permitiría descubrir la existencia de una *relación* entre uno y otro caso, ni la *naturaleza* de la propia relación, que es históricamente *antagónica*. Reducir el problema a los conceptos de utilidad y escasez significa renunciar *a priori* a la determinación de la diferencia específica en nombre del género máximo: los modos de producción y los modos de consumo pierden su evidencia los unos respecto de los otros de manera que la producción y el consumo se reducen a una única generalidad abstracta.

Acerca del segundo y el tercer punto (que ponen el acento en la mercancía *como* producto y en la forma de propiedad), es evidente que Marx fija su atención en un único modo de apropiación, excluyendo cualquiera otra forma que lo obligara a considerar toda la fenomenología *histórica* del modo de apropiación, o bien —como se dijera alguna vez— a intentar reducir las categorías históricas a meras categorías lógicas. Considerando como mercancía únicamente al producto del trabajo, y como único título de apro-

1. Cf. *El capital* cit., III, p. 181.

piación al trabajo del productor, se tiene la ventaja de que modo de producción y modo de apropiación se identifican, de manera que por el momento no aparecen las categorías de ganancia, renta, interés y salario. Además, estas categorías, cuando aparezcan, serán precisamente el resultado de la separación entre modo de producción y modo de apropiación. Pero no todas aparecen juntas; al principio lo hacen sólo dos: a) la ganancia como categoría general, o sea como plusvalía (sólo más adelante se determinarán en sus formas específicas la ganancia industrial y comercial, la renta de la tierra y el interés del dinero, en correspondencia con la ampliación del concepto de mercancía y, paralelamente, con la diferenciación ulterior de las relaciones sociales); b) el salario. La escisión se producirá como resultado de la separación del productor de los medios de producción. La enajenación del productor de los medios de producción se configura ante todo como *alienación* del productor mismo. En esta fase ulterior, la mercancía incluirá además de los productos del trabajo, también al trabajador no ya como "persona" (o sea como totalidad), sino como "vendedor de mano de obra", como trabajo potencial.

De tal manera se esclarece el motivo que está detrás de la antedicha definición limitada de mercancía. La generalización de la mercancía, que para Marx corresponde históricamente a la mercancía capitalista, no es la generalización del concepto de mercancía como tal, sino la generalización de la naturaleza de mercancía también para los bienes que no son productos del trabajo humano, generalización efectiva detrás de la cual se oculta la particularidad y la diferenciación de las relaciones sociales. Considerando a la mercancía únicamente como producto del trabajo y unificando producción y apropiación, la relación social es *única*, se resuelve enteramente en la división del trabajo o, de otro modo, la división social del trabajo y las relaciones sociales forman una unidad. Es claro que aquí se hace abstracción de las relaciones sociales constituídas por la familia, los residuos tribales y gentilicios etc.

Esto explica la cuarta condición: la división social del trabajo, o sea las relaciones sociales, se fundan en la autonomía de los productores propietarios. El plusproducto —bajo la forma de plusvalía— si existe no da lugar a ninguna relación social nueva distinta de la supuesta.

Volvamos ahora a la mercancía en su forma simple: puesto que

el producto es destinado al consumo de terceros, producción y consumo quedan separados en el espacio y en el tiempo. Esto implica que el producto *vendido*, no siendo "útil" al productor (o sea no estando destinado a su consumo), es para él esencialmente producto, trabajo gastado. El producto *adquirido*, en cambio, debe ser útil al comprador, que de productor se ha transformado en consumidor.

Pero ahora se nos presenta una opción: ¿es más conveniente colocarse desde el punto de vista del productor o del consumidor? La decisión depende del problema que querramos resolver, o sea, en el caso específico de la primera sección de *El capital*, la naturaleza del valor de cambio.

Consideremos como punto de partida al consumidor y a la naturaleza útil del producto. Es evidente que una investigación de este tipo referida a los medios de subsistencia nos conduciría a la descripción de los gustos del consumidor, y referida a los medios de producción, a la identificación de su rol como "funcionario" de la división social del trabajo. Se puede conjeturar que en una sociedad del tipo de la aquí examinada, los "gustos" del consumidor son bastante indiferenciados de individuo a individuo, pero no así sus respectivos roles, aunque los mismos resulten distribuidos por grupos (cultivadores de grano, criadores de ganado, herreros, carpinteros, alfareros, etc.) y sean en última instancia sintetizables en los dos sectores: medios de producción y medios de consumo.

La división del trabajo es ciertamente un dato fundamental y necesario. ¿Pero es suficiente la pluralidad de los roles y la naturaleza distinta de los medios de consumo y de producción para justificar el cambio? No creo que pueda vacilarse en afirmar que tal dato es una condición necesaria pero no suficiente para que los objetos útiles sean mercancías. Mediante dicho dato sabemos solamente que los hombres (como individuos y como sector) se hallan en relación de recíproca interdependencia; pero él no nos dice nada acerca de las formas de tales relaciones.²

Coloquémonos ahora desde el punto de vista del productor. El

2. Por este camino las relaciones de interdependencia pueden configurarse como relaciones de equivalencia técnica y psicológica (en el sentido en que los economistas de la escuela marginalista entienden la psicología) que se colocan *más allá* de las relaciones de cambio y de su forma de precio.

producto de su trabajo es *útil en general*, pero no *en particular*, no es útil para él; de otro modo no habría alienación del producto. Nuestro productor espera *de los otros*, de la alienación de su producto, los medios para satisfacer sus necesidades. Si consideramos a la sociedad bajo este aspecto, la división del trabajo se desplaza hacia el fondo, mientras en primer plano aparece la propia sociedad como consumidora de trabajo. Es importante que el *quantum* total de trabajo consumido se reparta entre los diversos sectores de la producción en proporciones tales que permitan la reproducción anual de la sociedad como productora. Pero cada productor representa una cierta fracción del trabajo anual, y es precisamente esta fracción la que cada uno aliena como producto. Por lo tanto, las contribuciones objetivas individuales al trabajo social se enfrentan entre sí y sólo el acto de la alienación imprime a la producción individual el sello de la socialidad. El hecho de que la fracción individual sea de una magnitud tal que asegure la proporcionalidad de los sectores no es por lo tanto verificable *a priori* por cada individuo, sino *a posteriori*. Para el individuo lo que cuenta es vender o no vender. En cuanto se realiza la venta (y, viceversa, la compra), lo que aparece en el caso más simple es la relación entre cantidades distintas de dos mercancías distintas, cada una *no útil* para el respectivo productor, cada una forma de existencia material de la contribución individual al trabajo social.

He aquí porque Marx prescinde del valor de uso para considerar el trabajo social como elemento que se manifiesta, por lo demás, como particularidad, en las relaciones cuantitativas entre mercancías, en la relación de cambio o valor de cambio de las mercancías; o también, como observa en las *Glosas marginales al "Tratado de la economía política de Adolph Wagner"*,³ los valores de cambio *representan* algo de *común entre ellos*. Esto no quiere decir que la sustancia común del valor de cambio sea el trabajo y que, por tanto, el mismo valor de cambio pueda ser *reducido* a trabajo.

Los productores individuales contribuyen al trabajo total de la sociedad en cuanto intercambian recíprocamente sus productos,

3. K. MARX, *Glosas marginales al "Tratado de economía política" de Adolfo Wagner*, en *El capital*, I, pp. 713 ss. En adelante, se citarán como *Glosas marginales*.

y sus relaciones representan precisamente el modo en que aparece el trabajo social de la sociedad.

Cada mercancía contiene una cierta fracción del trabajo social que constituye su valor; pero el valor no se expresa como trabajos, sino como relación de cantidades físicas de mercancías. Como es evidente, no podría expresarlo puesto que lo que se cambian son mercancías y no trabajos, de modo que el valor de cambio no se reduce a valor (o sea, a trabajo). Resulta así que la medida del valor (trabajo social) no es en modo alguno la medida del valor de cambio o, más simplemente, de los precios. Cuanto más puede decirse —en el ámbito de la hipótesis establecida— que las mercancías que se cambian contienen una cantidad igual de trabajo; pero a cuánto asciende la cantidad de trabajo no es posible deducirlo de la relación de cambio. Así, Marx subrayará repetidamente que el valor de cambio oculta las variaciones de cantidad de trabajo social.

La hipótesis inicial (las limitaciones puestas al concepto de mercancía), si por un lado conduce a la identidad necesaria entre valor y trabajo, por el otro lado lleva a reconocer en el valor de cambio no al tercer miembro de la identidad, sino a la forma del valor, que es tal no porque las mercancías sean productos del trabajo sino porque los productos del trabajo son mercancías. Las mercancías, y no el valor o el trabajo, son en realidad el sujeto, como dice Marx.

En conclusión, la mercancía (o el cambio) implica la separación 1) de la producción con respecto al consumo; 2) del valor con respecto al valor de uso; 3) del valor (trabajo social) con respecto al valor de cambio.

Estos tres puntos pueden ser expresados de la siguiente manera: la división social del trabajo (basada en trabajos útiles y valores de uso) se distingue del trabajo de conjunto de la sociedad en el sentido de que cada uno de los trabajos útiles se hallan en relación entre sí como trabajos privados no útiles para cada productor, o sea genéricamente como trabajo. El trabajo concreto se vuelve abstracto, las relaciones sociales concretas se vuelven abstractas; su abstracción, sin embargo, no aparece como trabajo general sino como la sustitución de las relaciones sociales por relaciones entre cosas (valores de cambio). Aparece, finalmente, como la reducción de las relaciones plurilaterales de las cosas entre sí a la unilateralidad de la relación de todos los productos con una única

cosa: el dinero. La naturaleza social (abstracta) y genérica (no útil) del trabajo como valor se configura en la mercancía-símbolo de la socialidad (abstracta) cuya utilidad reside precisamente en su función abstracta de dinero.

En toda la primera sección de *El capital*, Marx supone que las mercancías se cambian según su valor para poder analizar la naturaleza y la evolución de la forma de valor, del valor de cambio. Como decíamos, Marx no expone una "teoría del valor" sino una fenomenología del valor de cambio, modo en que se expresa el valor. El espíritu metafísico latente en todos los "espíritus positivos" (críticos y no críticos) ha centrado su atención, al leer *El capital*, en el valor (como esencia) y no en el valor de cambio (como apariencia), sin advertir que el "metafísico" Marx, el cripto hegeliano, el sutil leguleyo dialéctico, se ocupaba de la esencia en función de la apariencia. Una lectura no metafísica de *El capital* bastaría para aclarar la confusión.

Fijémonos ahora en la relación de cambio de las mercancías. Parece como si el valor de cambio en sí fuese algo totalmente independiente de sus valores de uso. Y en efecto, prescindiendo real y verdaderamente del valor de uso de los productos de trabajo, obtendremos el valor tal y como acabamos de definirlo. Aquel elemento común que se manifiesta en la relación de cambio o valor de cambio de la mercancía es, por lo tanto, su valor. En el curso de nuestra investigación volveremos de nuevo al valor de cambio como modo de expresión o forma fenoménica del valor, que por ahora estudiaremos independientemente de esta forma.⁴

Aun en las ya citadas *Glosas marginales*, Marx observa que si Rodbertus hubiera analizado más a fondo el valor del cambio, habría hallado que este

no hace más que expresar, bajo una forma que se ha desarrollado en el transcurso de la evolución histórica, lo que se presenta igualmente bajo todas las demás formas sociales que nos muestra la historia, aunque bajo otra forma, es decir bajo la forma del carácter social

4. *El capital*, I, p. 6.

del trabajo, en cuanto gasto de la fuerza del trabajo "social".⁵

Si en la primera sección se abstrae el valor de su forma es pues con el fin de comprender mejor el valor de cambio o, más en general, la mercancía. *Inmediatamente después*, en efecto, Marx retoma el análisis de la mercancía para obtener genéticamente de la contraposición entre formas relativas y forma equivalencial, la forma general de valor y por lo tanto la forma dinero.

En consecuencia, la crítica de la teoría del valor-trabajo a partir de la consideración de que los precios no son reductibles a cantidades de trabajo, es una crítica que no se aplica a Marx. La verdadera crítica a Marx debería probar por el contrario que en una sociedad donde el cambio constituye la trama de la división del trabajo social, el trabajo social no se expresa en la forma de valor de cambio. Y esto parece un tanto difícil de probar. La observación de que Marx ha construido arbitrariamente (y aquí se olvida siempre de agregar: "por el momento") el marco excluyendo "cosas" que aunque no son productos del trabajo tienen un "valor", no cambia en nada el asunto, pues tal observación lleva a constatar que existen sociedades en las cuales la apropiación y la transformación de las "cosas" en mercancías no coincide con el hecho de que las mismas sean productos del trabajo. Marx investiga las razones históricas de este hecho; sus críticos —profesionales del empirismo y portavoces prácticos del "*common sense*"— recurren a la rareza, que recuerda para peor las "universales" de escolástica memoria.

Böhm-Bawerk basa su crítica a Marx precisamente en la exclusión de los "bienes naturales", sin advertir las limitaciones ulteriores a que es sometido el concepto de mercancía. Él ve en tal exclusión un artificio hábilmente presentado que consiste en considerar sólo los productos de trabajo para poder concluir fácilmente en que tales productos tienen todos la cualidad común de ser productos del trabajo. Pero, continúa Böhm-Bawerk, ¿con qué derecho Marx abstrae de la *circunstancia general* el hecho de que las mercancías sean valores de uso? Sólo en base a un acto arbitrario que no tiene fundamento lógico alguno. Y que esto no se puede hacer es una verdad "que el mismo Marx se ve obligado a

5. *Glosas marginales*, p. 723.

admitir en varias partes".⁶ En consecuencia, continúa, se puede afirmar "no en broma sino muy seriamente" que allí donde Marx hace abstracción del valor de uso e identifica al trabajo como elemento común, se podrían cambiar los términos sin que resultara el más mínimo cambio desde el punto de vista lógico.⁷

Cierto es que si se hace abstracción del trabajo y se considera sólo el valor de uso, como "elemento común", este último es mucho más válido que cualquier otro, puesto que —dejando de lado el *modo* en que las cosas se convirtieron en mercancías— abarca también a los "bienes naturales". Pero en este punto volvemos a caer en el mismo artificio lógico que Böhm-Bawerk reprocha a Marx.

Resulta curioso que Böhm-Bawerk —que a diferencia de Wagner vio perfectamente que Marx comienza con el análisis de la mercancía y encuentra en ésta dos "cualidades": la de valor de uso y la de valor de cambio, y que descubre además que la "noción" de valor no es idéntica a la de valor de cambio— incurra después en la misma confusión de Wagner afirmando que la "noción" de valor mantiene relaciones íntimas e inseparables con la "noción" de valor de cambio y que ella

es de algún modo la esencia conceptual del valor de cambio; es, para usar las palabras de Marx, "aquel elemento común que se manifiesta en la relación de cambio o en el valor de cambio de la mercancía..." E inversamente, el valor de cambio es el "modo de expresión necesario o forma fenoménica del valor..."

6. Las citas de Böhm-Bawerk son extraídas del fragmento de *Geschichte und Kritik der Kapitalzins-Theorien* (Innsbruck 1914, pp. 501-544) publicado en el número 7-8 de *La rivista trimestrale*, 1963 (pp. 632-658), p. 646. B. B. había publicado una crítica análoga de Marx separadamente como *Zum Abschluss des Marschen System* en 1896, a la cual Rudolf Hilferding respondió en 1904 con el ensayo "Böhm-Bawerk's - Mark Kritik", publicado en *Marx Studien*. La réplica de Hilferding ha sido ignorada por *La rivista trimestrale*, si bien Paul Sweezy la había juzgado digna de ser reeditada (en la traducción inglesa de 1920) junto con el trabajo de B. B. y el artículo de L. von Bortkiewicz sobre la "transformación de los valores en precios de producción" (Augustus M. Kelly, New York, 1949). En adelante, las referencias al fragmento en cuestión serán citadas con la sigla B. B., r.t. y la indicación de la página. El subrayado me pertenece.

7. B. B., r. t., p. 648.

8. *Ibid.*, p. 634.

Ahora bien, es cierto —como ya se dijo— que Marx jamás incurrió en el evidente absurdo de considerar al valor como “esencia” de la propia forma. Si Böhm-Bawerk hubiera leído más atentamente los dos pasajes de Marx hubiera advertido que “manifestarse” no significa “ser la esencia”.

Pero conviene insistir utilizando las palabras del mismo Marx:

Yo no digo... que “la sustancia social común del valor de cambio” sea el “trabajo”; y, como trato por extenso en un apartado especial, de *la forma de valor*, es decir, del desarrollo del valor de cambio, sería peregrino pretender reducir esta “forma” a la “sustancia social común”, al trabajo.

También Böhm-Bawerk, al igual que Wagner, olvida en el curso de pocas líneas aquello que él mismo había destacado, a saber “que para mi [Marx] no son sujetos ni el ‘valor’ ni el ‘valor de cambio’, sino... la mercancía”.⁹

Aunque las críticas de Wagner son mucho más groseras que las de Böhm-Bawerk, el tema común (la valorización del concepto del valor de uso o, genéricamente, de utilidad) hace que las *Glosas marginales* sean en gran parte válidas también para las críticas del economista austriaco. Marx, que se habría burlado mucho si hubiera podido imaginar que Böhm-Bawerk volvería contra él un tipo de razonamiento idéntico al de Wagner, escribe que:

Después que Wagner ha calificado simplemente con el título de “*valor en general*”, de “*concepto de valor*” a lo que ordinariamente se denomina “*valor de uso*”, no puede dejar de recordar que “el valor así (!) deducido” (!) es el “*valor de uso*”.

Y más adelante, a propósito de la crítica de Wagner según la cual Marx sería culpable de una ilógica división del valor de uso y del valor de cambio, continúa:

Todo esto es pura “charlatanería”. Ante todo, yo no parto de “conceptos”, no por tanto del “concepto de valor”, y por ello no debo en modo alguno “dividir” este concepto. De donde yo parto es de la forma social más simple en que se presenta el producto del trabajo

9. *Glosas marginales* cit., pp. 713-714.

en la sociedad actual, y esta forma es la "*mercancía*". Analizo ésta fijándome ante todo en la *forma bajo la cual se presenta*. Aquí descubro que ella es, por una parte, en su forma natural, un *objeto de uso* alias *valor de uso*, y, por otra parte, la *encarnación del valor de cambio* y, desde este punto de vista, "*valor de cambio*" ella misma. Un análisis más profundo de éste último me revela que el valor de cambio no es más que una "*forma fenoménica*", un modo de presentación independiente del *valor* contenido en la mercancía, y paso después al análisis del valor...; Yo no divido pues el valor en valor de uso y valor de cambio como opuestos en que se descompone lo abstracto, el valor, sino que digo que la *forma social concreta* del producto del trabajo, la "*mercancía*", es, por una parte, valor de uso y, por otra, "*valor*", no valor de cambio, pues éste no es más que una simple *forma fenoménica* y no su propio *contenido*.¹⁰

En sustancia, lo que los críticos, y a veces también los defensores, de Marx no comprendieron, es el objeto de la sección primera, que era el de mostrar que la riqueza de la sociedad capitalista se presenta "*prima facie*" como un inmenso arsenal de mercancías: este es el dato "empírico" que constituye el punto de partida. Se sobreentiende que la mercancía, si es tomada en la acepción capitalista, incluye las "cosas" más disparatadas, que van desde el traje confeccionado por el artesano a las instalaciones de una acería, desde el cesto de fruta llevado al mercado local por el campesino a los automóviles salidos en serie de una gran fábrica moderna. Si quiere evitarse la confrontación de "cosas" que expresan relaciones sociales e históricas tan dispares y contradictorias, se debe recurrir por fuerza a la abstracción para aislar la mercancía y el cambio en el *nivel más simple*, y de allí elevar mercancía y cambio al *nivel más complejo*, modificando progresivamente las condiciones iniciales. Tal como se afirmó, en la sección segunda será suprimida de hecho la hipótesis según la cual las condiciones de producción y el producto son propiedad del mismo trabajador.

10. *Ibid.*, pp. 717-718.

En el curso de tal procedimiento se evidencia un aspecto de *El capital* que escapa a menudo al lector: la *crítica de la economía política*. Marx se propone superar los errores metodológicos de los economistas de la escuela clásica, en especial de Adam Smith y David Ricardo. En Smith, la superposición mecánica de la conexión aparente y de la conexión íntima de los fenómenos económicos; en Ricardo, el error de colocar *junto* a la mercancía todas las otras categorías más desarrolladas.¹¹ Acerca de la mercancía y del valor, en particular, conviene citar nuevamente a Marx:

Uno de los defectos fundamentales de la economía política clásica es el de no haber conseguido jamás desentrañar del análisis de la mercancía, y más especialmente del valor de la mercancía, la forma del valor que lo convierte en valor de cambio. Precisamente en la persona de sus mejores representantes, como Adam Smith y Ricardo, estudia la forma del valor como algo perfectamente indiferente o exterior a la propia naturaleza de la mercancía. La razón de esto no reside solamente en que el análisis de la magnitud del valor absorbe por completo su atención. La causa es más honda. La forma del valor que reviste el producto del trabajo es la forma más abstracta y al mismo tiempo la más general del régimen burgués de producción, caracterizado así como una modalidad específica de producción social y a la par, y por ello mismo, como una modalidad histórica. Por tanto, quien vea en ella la forma natural eterna de la producción social, pasará por alto necesariamente lo que hay de específico en la forma del valor y por consiguiente en la forma mercancía, que al desarrollarse conduce a la forma dinero, a la forma capital, etc. He aquí por qué aún en economistas que coinciden totalmente en reconocer el tiempo de trabajo como medida de la magnitud del valor, nos encontramos con las ideas más variadas y contradictorias acerca del dinero, es decir, acerca de la figura definitiva en que se plasma el equivalente general.¹²

11. K. MARX, *Historia crítica de las teorías sobre la plusvalía*, F.C.E., México, 1945, II, pp. 9 ss.

12. *El capital*, I, p. 45, nota 35.

Es ridículo entonces afirmar, como hace Böhm-Bawerk, que Marx aceptó como dogma la llamada teoría del valor de Smith y de Ricardo. Por el contrario, Marx reprocha a uno y a otro el defecto de haber realizado una extensión arbitraria del valor, pasando sin transición, de un modo acrítico, del valor a los precios. Siempre polemizando con Wagner, Marx escribía con razón que era fácil destacar la diferencia entre *El capital* y el pensamiento de Ricardo, quien "sólo se ocupó del trabajo en tanto que *medida de la magnitud del valor*, sin encontrar por tanto el nexo entre su teoría del valor y la naturaleza del dinero".¹³ Ciertamente es que Böhm-Bawerk se refiere al valor y no a la forma. Pero esto nos plantea un segundo problema. Sabemos que para Marx el valor de cambio no se reduce al *valor* (trabajo) sino que el valor se *expresa* mediante el valor de cambio. ¿Cuál es pues la naturaleza de la relación, valor y forma? ¿Era éste el camino por el que Marx pretendió construir un modelo lógico de la economía?

II

Para Marx el valor de cambio es la forma necesaria pero no fiel del valor. Sobre la necesidad de la forma no nos detendremos aquí; baste recordar la crítica del mismo Marx a todos los proyectos de bonos-trabajos o de dinero-trabajo. A los fines del presente trabajo interesa más detenerse en la *no fidelidad* de la forma. Ya Ricardo había destacado la cuestión que Marx desarrolla: dada una cierta relación de cambio entre dos mercancías, las variaciones del valor dan lugar a variaciones del valor de cambio que reflejan fielmente las variaciones de valor *sólo* en el caso que la variación se produzca en una sola mercancía, permaneciendo constante el valor de la otra. Pero este único caso carece totalmente de importancia apenas se considera el proceso de circulación de las mercancías en su conjunto.

Puesto que las mercancías representan su valor en el dinero (recuérdese que Marx se refiere a la mercancía-oro como dinero), el precio es exponente de la magnitud de valor de la mercancía,

13. *Glosas marginales*, p. 714.

y por lo tanto, exponente de la relación de cambio de la mercancía con el dinero. Pero de ello no se deduce necesariamente lo inverso, esto es, que el exponente de la relación de cambio de la mercancía con el dinero sea el exponente de la magnitud de valor de la mercancía. No sólo porque las variaciones de valor de las mercancías y del dinero no son expresadas fielmente por los precios, sino también porque el precio expresa el hecho de que la mercancía sea vendida por debajo o por encima de su valor. Como escribe Marx:

La forma precio envuelve ya, de suyo, la posibilidad de una incongruencia cuantitativa entre el precio y la magnitud del valor, es decir, la posibilidad de una desviación entre el primero y la segunda. Y ello no supone un defecto de esta forma; por el contrario, es eso precisamente lo que la capacita para ser la forma adecuada de un régimen de producción en el que la norma sólo puede imponerse como un ciego promedio en medio de toda ausencia de normas.

o sea un régimen donde el trabajo privado es sólo mediatamente social. Además, añade Marx, la forma admite también la posibilidad de una incongruencia cualitativa, en el sentido de que las cosas pueden tener un precio sin tener un valor.

Aquí, la expresión dinero es algo puramente *imaginario*, como ciertas magnitudes matemáticas. Por otra parte, puede también ocurrir que esta forma imaginaria de precio encierre una producción real de valor o una relación derivada de ella, como sucede, por ejemplo, con *el precio de la tierra no cultivada*, que no tiene *ningún valor*, porque en ella no se materializa trabajo humano alguno.¹⁴

Si el dinero es considerado como medio de circulación puede ser sustituido (en cuanto papel moneda de curso forzoso) por el signo de sí mismo, por cuanto "su existencia funcional absorbe su existencia material". En última instancia, el valor —que primariamente se manifiesta en la forma del valor de cambio y después en el equivalente general dinero, como "figura acabada" de la for-

14. *El capital*, I, pp. 63-64.

ma— se esfuma en el símbolo de la figura de la forma. La enajenación de la forma del valor en el ámbito de la hipótesis es total. La reducción de la forma al contenido aparece una vez más como un absurdo lógico, como negación de la función de la forma de precio.

Sabemos que a partir de la sección segunda la hipótesis inicial cambia, en el sentido de que “las condiciones de producción” se separan del trabajador, quien sin embargo permanece libre. En segundo lugar, la apropiación del producto presupone la preexistente propiedad de los medios de producción y la “facultad de arrancar trabajo ajeno”. Con ello, de un lado se restringe el área de los propietarios mientras que la propiedad —desprendida del producto— se torna “abstracta” y cubre en potencia una superficie mucho más amplia que la de los productos del trabajo. Finalmente, de una economía de subsistencia se pasa a una economía cuyo propósito es el acrecentamiento del plusproducto en la forma específica de plusvalía, y la acumulación del mismo.

El antagonismo *histórico* de la producción para la venta y de la producción para el consumo del producto, se reproduce aquí en una forma totalmente nueva. No se trata de dos modos distintos de producción sino de un único modo dentro del cual se contraponen de un lado el consumo individual y del otro el consumo productivo como vía del proceso de acumulación. Se continúa produciendo para la venta, pero mientras en la primera hipótesis la venta es en última instancia el camino obligado que lleva al consumo (individual y productivo) del productor, en la segunda, vender es la vía obligada que media el proceso de acumulación.

Puesto que el modo de producción comporta la alienación de fuerza libre de trabajo a los propietarios de los medios de producción, se separa del modo de apropiación. Mientras antiguamente las relaciones sociales se resolvían en relaciones entre productores-propietarios autónomos y éstas coincidían con la división social del trabajo, ahora las relaciones sobre las cuales se funda la división del trabajo se refiere a relaciones entre empresas, o sea entre entes y no entre hombres, en el interior de las cuales se determina una ulterior división del trabajo, que aparece como una verdadera relación social, pero cuya estructuración es “técnica” y no coincide con la primera. Por último, y simultáneamente, bajo la forma de la división social y empresarial del trabajo subyace una verdadera relación social, resultado de la separación del tra-

bajador de las condiciones de la producción: la relación entre obreros y propietarios de los medios de producción. Una ulterior complicación surgirá a medida que los propietarios de los medios de producción —mediante el desarrollo del crédito— se desplacen hacia la zona difusa de la separación entre propiedad y gestión.

En el momento en que comienza la sección segunda de *El capital*, la unidad originaria se escinde. Sin embargo, se adoptan inicialmente dos hipótesis: la primera considera que las mercancías son vendidas a su valor (fuerza de trabajo incluida); en cuanto al plusproducto, bajo su forma de plusvalía es considerado sólo en forma de ganancia industrial que abarca la totalidad de la plusvalía, con exclusión por tanto de las otras formas fenoménicas de la plusvalía. Aquí, el capitalista es al mismo tiempo industrial, comerciante, terrateniente y banquero. El trabajador, por el contrario, sólo es el productor, o sea el obrero, con exclusión del contador, del empleado dedicado a compras y ventas, del bancario, etc., así como del propietario-productor individual (artesano o campesino).

En consecuencia, la relación social o de clase es vista en su forma simple, no ya porque a juicio de Marx ella se agote en la relación entre capitalista industrial y obrero (error singular en el que a menudo cayeron marxistas y no marxistas), ni tampoco porque considere irrelevante la perduración de formaciones sociales distintas de la típica, sino únicamente por razones de método.

Veamos ahora qué sucede con el valor en el ámbito de esta fase. Es sabido que el punto central del análisis marxista del proceso de producción del capital es la distinción entre trabajo y valor de la fuerza de trabajo. En lo que respecta al valor de la fuerza de trabajo, la mercancía-obrero es una mercancía singular: el monto de los salarios es igual a la suma de cada uno de los salarios individuales. Pero no ocurre así con el trabajo, dado que el que actúa en la fábrica es un obrero colectivo, cuya masa de trabajo es obviamente *distinta* de la suma de cada uno de los trabajos. Y no sólo por esto, sino porque en la medida en que el obrero colectivo pasa definitivamente de *sujeto* (manufactura) a *objeto* del proceso de producción por efecto de la subordinación al sistema de máquinas (sistema al que por otra parte se traslada, objetivándose, la división empresarial del trabajo), la mecanización —como consecuencia del aumento de la productividad e intensidad del

trabajo— multiplica por un coeficiente ulterior la cantidad de trabajo, o sea la masa de valor creado.

En otros términos, la relación trabajo vivo-valor, que en la primera hipótesis de la circulación simple de las mercancías resultaba inmediata, en la hipótesis del proceso de producción del capital pasa a ser medida por el trabajo colectivo y por el trabajo pasado. La cantidad anual de valor creado lejos de ser la suma de los trabajos individuales es el resultado del trabajo social (en la empresa), el cual resulta a su vez del grado de desarrollo de la mecanización. Basta una lectura superficial de *El capital* para que se haga evidente que una cosa es el traspaso del valor ya existente (capital constante) al valor del nuevo producto, y otra el efecto del capital constante sobre la creación del valor o también sobre el proceso productivo como proceso de valorización.

Con respecto al acrecentamiento del capital constante podemos anotar dos consideraciones:

1) El aumento de la productividad del trabajo, aun en condiciones en que aumenta el salario real, abarata cada vez más la fuerza de trabajo. En consecuencia, el mismo valor en capital variable pone en movimiento más fuerza de trabajo y por lo tanto más trabajo. Al mismo tiempo, aunque no cambia la cantidad de trabajo, crece la cantidad de valor-capital pretérito que se traslada al producto. He aquí por qué el aumento de la productividad no se agota en el efecto de disminuir el valor unitario del producto, permaneciendo igual la cantidad de trabajo por unidad de tiempo.

2) Si se tiene en cuenta el aumento de la intensidad del trabajo, en tal caso crece la cantidad de trabajo por unidad de tiempo y los efectos del aumento de la productividad sobre el valor unitario del producto son compensados en medida variable conforme a la relación intensidad-productividad. Si el aumento de intensidad corre parejo al aumento de productividad, el valor unitario del producto no cambia, pero al término de la misma jornada de trabajo se tendrá una mayor cantidad de producto y conjuntamente una mayor cantidad de valor. Si el aumento de intensidad es inferior a la variación de la productividad, el valor unitario del producto disminuye en menor medida que la variación de la productividad, y el valor total creado al término de la jornada de trabajo resultará de cualquier modo aumentado.

La relación productividad-intensidad del trabajo es analizada por

Marx, junto con las variaciones en la duración de la jornada de trabajo, en el capítulo XVII del Libro I de *El capital*, dedicado a las variaciones en la relación de magnitud entre plusvalía y valor de la fuerza de trabajo. Esto hizo perder de vista a muchos lectores las consecuencias que tienen estos dos factores (productividad e intensidad) sobre la masa de valor y sobre su repartición. Y es evidente que el citado capítulo XVII podía ser considerado bajo el primer punto de vista, lo que aquí se hizo sólo en medida limitada, separando aquello que bastaba para los fines del presente trabajo. Pero queda claro que aunque fuese posible expresar directamente las variaciones de valor, no se expresaría fielmente las variaciones reales en la cantidad de trabajo, sino su resultado final sintético. Y es este último el que se manifiesta bajo la forma de precio, es decir, bajo una forma en la que las variaciones reales son ulteriormente mistificadas.

Podemos pasar ahora al problema de la transformación de los valores en precios y al significado de las famosas tablas y ecuaciones de la reproducción ampliada del capital. Pero antes es preciso recordar el origen de dichas "ecuaciones". En la historia del pensamiento —aunque Marx no lo afirmara repetidamente— el precedente lo constituye como es obvio el *Tableau economique* de los fisiócratas. Además, los esquemas de la reproducción simple y ampliada nacen en el pensamiento de Marx persiguiendo inicialmente el mismo propósito que el de los fisiócratas: señalar cómo el producto anual, determinado en el valor, se reparte a través de la circulación de manera que en determinadas circunstancias pueda producirse su reproducción. En efecto, estos esquemas aparecen como conclusión del Libro II de *El capital*, que trata del proceso de circulación, precisamente en la sección tercera dedicada a la "reproducción y circulación del capital social en conjunto". La hipótesis de que los productos se cambian según su valor debe ser integrada por la otra, que afirma que es necesario que no aparezca ninguna variación de valor en las partes constitutivas del capital productivo. La razón de tal hipótesis es expuesta por Marx con mucha claridad:

Mientras examinábamos la producción de valor y el valor del producto del capital individualmente considerado, la forma natural del producto-mercancía era de todo punto indiferente; tanto daba que se tratase, por

ejemplo, de máquinas, de trigo o de espejos. Cualquier producto concreto no pasaba de ser un ejemplo y lo mismo podía servir de ilustración una rama de producción que otra. Entonces, nos interesaba el proceso inmediato de producción, que se revelaba en cada uno de sus puntos como proceso de un capital individual. Desde el punto de vista de la producción del capital, bastaba con partir del supuesto de que, dentro de la esfera de circulación, la parte del producto-mercancía que representaba valor-capital encontraría los medios necesarios para volver a convertirse en sus elementos de producción y, por tanto, para recobrar su forma de capital productivo; del mismo modo que bastaba partir de la premisa de que capitalista y obrero encontrarían en el mercado, dispuestas para ser utilizadas, las mercancías en qué invertir su plusvalía y su salario, respectivamente. Pero este método puramente formal de exposición no basta ya, cuando se trata de estudiar el capital social en su conjunto y el valor de su producto. La reversión de una parte del valor del producto a capital y la incorporación de otra parte al consumo individual de la clase capitalista y de la clase obrera constituyen un movimiento que se efectúa dentro del mismo valor del producto en que se traduce el capital global; y este movimiento no es solamente reposición de valor, sino reposición de materia, por cuya razón se halla condicionada tanto por la relación mutua entre las partes integrantes del valor del producto social como por su valor de uso, por su figura material.¹⁵

Aunque no esté dicho expresamente, las citadas hipótesis permanecen también en el marco de la reproducción ampliada. El hecho de que una alícuota de la plusvalía sea invertida

sólo presupone una distinta combinación o una distinta determinación funcional de los diversos elementos que forman el producto dado, y que, por tanto, en cuanto al volumen de valor, no es, por el momento, más que

15. *Ibid.*, II, pp. 351-352.

una reproducción simple lo que cambia... ¹⁶

En otros términos, la reproducción y circulación del capital social en conjunto no puede ser entendida sino sobre la base de la división del trabajo, de la que Marx proporciona un esquema simplificado mediante los dos sectores, de modo que el "valor de uso" vuelve al primer plano. Sobre este punto, o sea sobre el papel que desempeña el valor de uso en el pensamiento de Marx (mucho más importante de lo que comúnmente se cree), habría mucho que decir pero esto nos alejaría bastante del argumento central.

En esta fase Marx se mantiene todavía en la hipótesis de que los productos se venden por su valor. La hipótesis no tiene el mismo alcance que la utilizada en la sección primera del Libro I de *El capital*, el contenido es sustancialmente distinto. En el análisis de la mercancía, la hipótesis se limita a no tomar en consideración el más o el menos que puede resultar de la forma precio. En el análisis del capital, la hipótesis consiste en hacer abstracción de la forma fenoménica del valor: tal abstracción era legítima en tanto se analizaban (Libro I) "los fenómenos que el proceso de producción capitalista presenta como proceso de producción inmediato" y sucesivamente (Libro II) el proceso de circulación como mediación del proceso de reproducción social, poniendo en relieve la unidad de los procesos de producción y de circulación. Pero la abstracción no es ya posible cuando (Libro III) "se trata ... de descubrir y exponer *las formas concretas* que brotan del *proceso de movimiento del capital, considerado como un todo*". ¹⁷

Sabemos además que la hipótesis no implica en absoluto la posibilidad de reducir la forma de valor a valor; antes bien, es a través de ella que Marx destaca que el precio es la forma necesaria, adecuada pero no fiel del valor.

Sigamos a Marx:

El modo como la plusvalía se convierte en la forma de la ganancia mediante la transición a través de la cuota de ganancia, no es sino la prolongación de la inversión de sujeto y objeto operada ya durante el proceso de producción. Ya allí veíamos cómo todas las fuerzas productivas subjetivas del trabajo se presentaban como

16. *Ibid.*, p. 450.

17. *Ibid.*, III, p. 45.

fuerzas productivas del capital cf. Tomo I, p. 269. Por una parte, el valor, el trabajo pretérito que domina sobre el trabajo vivo, se personifica en el capitalista; por otra parte, el obrero aparece, a la inversa, como una fuerza de trabajo objetivada, como una simple mercancía. Y esta relación invertida hace surgir necesariamente, ya en el plano de las simples relaciones de producción, una idea invertida congruente, una conciencia traspuesta, que los cambios y modificaciones del verdadero proceso de circulación se encargan luego de desarrollar.¹⁸ El capital —agrega Marx— aparece como una relación consigo mismo.¹⁹

El procedimiento de análisis seguido en el Libro III de *El capital* tiene mucha semejanza con el libro I: se trata ante todo de distinguir bien la ganancia de la plusvalía, resultando la primera forma fenoménica de la segunda o, si se quiere, representación mistificada de la misma plusvalía. Y puesto que la plusvalía ya ha sido analizada, la investigación se desenvuelve en torno a la forma. La conclusión es muy clara y ya prevista por Marx:

...en distintas ramas industriales, con arreglo a la distinta composición orgánica de los capitales, y también, dentro de los límites señalados, con arreglo a sus distintos períodos de rotación, rigen cuotas desiguales de ganancia y... por tanto, aun a base de la misma cuota de plusvalía, sólo tratándose de capitales de composición orgánica igual —presuponiendo la igualdad de los períodos de rotación— rige (en cuanto a la tendencia general) la ley de que las ganancias se comportan entre sí como las magnitudes de los capitales respectivos y de que, por consiguiente, capitales iguales arrojan, en períodos de tiempos iguales, ganancias iguales. Lo que dejamos expuesto rige sobre la base que ha venido sirviendo hasta aquí, en general, de base de toda nuestra investigación, a saber: que las mercancías se vendan por sus valores. Por otra parte, no cabe la menor duda de que en la realidad, si prescindimos de diferencias acci-

18. *Ibid.*, III, p. 60.

19. *Ibid.*, III, p. 63.

denciales, fortuitas y que se compensan entre sí, la diferencia en cuanto a las cuotas medias de ganancia no existiría ni podría existir en las distintas ramas industriales sin que ello representase la anulación de todo el sistema de la producción capitalista. Parece pues que la teoría del valor es aquí incompatible con el movimiento real, con la real fenomenología de la producción y que debe por ello renunciarse a comprender estos fenómenos.²⁰

¿Qué ha cambiado respecto al análisis de la mercancía considerada en su estado simple? La cantidad de trabajo gastada por la sociedad se expresaba en un comienzo a través de la relación de cambio, en la que la cantidad de mercancías realmente cambiadas contenía igual cantidad de trabajo social; ahora, en cuanto mercancía "capitalista", la posibilidad de que la relación de cambio exprese una mayor o menor cantidad de valor se ha convertido no en un hecho accidental, sino en la regla. El precio de la mercancía no se descompone más, como valor, en trabajo pretérito y trabajo vivo, sino en precio de costo y en un excedente constituido por la ganancia. Suponiendo que el precio de costo refleja fielmente el costo y que la ganancia corresponda a la tasa media, el precio individual de las mercancías no tiene más relación con su *valor real* como cantidad de trabajo.

Pero desde un comienzo sabemos que el valor de la mercancía es expresión del trabajo social. El problema para Marx consiste, por lo tanto, en analizar la relación entre el *quantum* de trabajo social contenido en la mercancía y el precio de producción; tal relación no puede lógicamente manifestarse en el ámbito de cada uno de los cambios, antes bien sólo puede hacerlo a nivel del proceso de reproducción y circulación del capital en su conjunto. Aquí, la ganancia que resulta de la ganancia media, se transforma en alícuota de la plusvalía social.

Actualmente, es obra del azar el que la plusvalía y, por tanto, la ganancia obtenida en una esfera concreta de producción coincidan con la ganancia que se contiene en el precio de venta de la mercancía. Por regla gene-

20. *Ibid.*, III, p. 160.

ral, la ganancia y la plusvalía, no solamente sus cuotas correspondientes, son magnitudes realmente distintas.

Para la sociedad en su conjunto y para la clase capitalista en general, lo que cuenta es la masa de plusvalía y la tasa de explotación; pero lo que aparece en cada esfera de la producción es la ganancia y la tasa de ganancia, cuya naturaleza y origen permanecen ocultas. La ganancia se configura como algo exterior al valor inmanente de la mercancía; en efecto,

la ganancia añadida al precio de costo, cuando se enfoca una esfera determinada de producción, no se determina por los límites de la formación de valor que dentro de ella misma se opera, sino completamente al margen de ella.²¹

En otros términos, la pérdida del nexo entre el valor y el precio está en el hecho de que la división social del trabajo se ha separado de las relaciones sociales de producción; parafraseando a Marx²², la "necesidad social" (o sea lo que regula el principio de la demanda) no resulta de la relación intrínseca entre los distintos sectores de la producción (incluyendo en ella la reproducción de la especie humana), salvo como *extrema ratio*, sino que:

...se halla esencialmente condicionada por la relación de las distintas clases entre sí y por su respectiva posición económica; es decir, en primer lugar, por la proporción existente entre la plusvalía total y el salario...

Allí donde —como en el caso de la hipótesis de que se parte en el análisis de la mercancía— no existe separación entre el trabajador y las condiciones de producción, las diferencias de la tasa de ganancia no tienen importancia alguna, pero cuando la separación se ha producido y las mercancías se venden no simplemente como tales, como productos de trabajos, sino como productos de capital, la escena cambia en el sentido de que se hace presente la tasa media de ganancia. Como una ulterior complicación, la participación de cada capitalista en la plusvalía total se efectúa en proporción al capital anticipado. Tal distorsión no es pues el resultado de un simple proceso lógico por el que la forma necesaria de existencia

21. *Ibid.*, III, p. 174.

22. *Ibid.*, III, p. 185.

de la plusvalía es la ganancia, sino también el resultado de un proceso histórico.

Desde un ángulo lógico, Böhm-Bawerk habla de tautología a propósito de la identidad de valor y precio de producción en el conjunto del producto nacional. Y tendría perfecta razón si éste fuera el objeto de la investigación de Marx. Pero a Böhm-Bawerk se le escapa el verdadero objeto de la investigación misma, la forma fenoménica. Una vez más, no se trata de reducir la forma fenoménica "precio" a la sustancia "valor", sino por el contrario de remontarse de los valores a los precios de producción. Ello coincide con el hecho de que el valor aparece históricamente como el *prius* de los precios de producción:

Esto se refiere a los regímenes en que los medios de producción pertenecen al obrero, situación que se da tanto en el mundo antiguo como en el mundo moderno respecto al labrador que cultiva su propia tierra y respecto al artesano.²³

De allí deriva —tanto desde el punto de vista lógico como histórico— que la producción de mercancías y la existencia genérica de las clases no constituyen condiciones suficientes para que aparezca el cambio a precios de producción; para que ello ocurra es preciso que la producción de mercancías haya alcanzado un grado determinado de desarrollo capitalista no sólo en *extensión* sino también en *intensidad*,²⁴ y por lo tanto, que se haya impuesto el modo capitalista de producción, cuyo índice es el peso específico creciente del capital constante. Este es el punto en el que se detiene Engels en sus "consideraciones suplementarias" al Libro III de *El capital*.

III

Podemos señalar ahora una primera conclusión respecto al modo en que Paul M. Sweezy plantea²⁵ el problema de la transforma-

23. *Ibid.*, III, p. 182.

24. *Ibid.*, III, p. 181.

25. PAUL M. SWEETZ, *Teoría del desarrollo capitalista*, F.C.E., México, 1963. 1ª edic., cap. VII: "La transformación de los valores en precios".

ción de los valores en precios. Como se sabe Sweezy, siguiendo a L. von Bortkiewicz, parte del esquema de la reproducción simple expuesto por Marx en el Libro II. Allí, las relaciones entre los sectores que producen los medios de producción y los medios de consumo son expresadas en términos de valor, en el sentido de que el valor de las mercancías se descompone en capital constante, capital variable y plusvalía, para aplicar a los mismos esquemas el principio de la tasa media de ganancia. El resultado de tal operación es que el equilibrio entre los sectores desaparece inmediatamente porque el capital constante y el capital variable son expresados en términos de *valor*, mientras que las ganancias lo son en términos de *precio*. Se trata pues de completar la "reducción" de los valores a precios. El problema se convierte ahora, observa Garegnani,²⁶ en

cómo es posible determinar el sistema de los *valores relativos* de las mercancías utilizando como *dato* la cantidad de trabajo incorporado; y esto en el caso general en que las mercancías no se cambien en *proporción al* trabajo a ellas incorporado.

O sea, se trata de hallar un sistema de precios por el cual el precio de las mercancías producidas por cada uno de los tres sectores sea igual a la cantidad de trabajo contenida en las partes (capital constante, capital variable y plusvalía) constitutivas del valor (trabajo) del producto total.

Pero es claro que el problema *no se puede plantear desde el punto de vista de Marx*, puesto que replantea un método que Marx rechazó desde un principio. En efecto, la cuestión de la transformación de los valores en precios de producción, o sea de la *génesis* de una forma particular de existencia de los valores, deviene en su contraria: la de la resolución de tales formas fenoménicas en valores. No se trata ya de que Marx —como observa Sweezy— considerase el problema del cálculo del precio como de importancia secundaria; se trata de que Marx lo consideraba como un pseudo problema y no se cansaba de repetirlo.

26. P. GAREGNANI, *Il Capitale nelle teorie della distribuzione*, Milano, Giuffrè, p. 44 ss., el cual, aunque destaca el hecho de que Marx no utilizó en el Libro III los esquemas de la reproducción simple, acepta sin embargo el "problema" como un problema de Marx.

Además, cuando Marx se ocupa de los precios de producción no desarrolla en modo alguno el esquema de la reproducción simple. Suministra algunas tablas con carácter ejemplificativo, en las que trata de capitales individuales. Este hecho debiera haber alertado contra la aplicación de los precios de producción al esquema de la reproducción simple y a la identificación de un “error de Marx” creado gratuitamente por esa aplicación. Que la “solución” del “error” resuelve el problema sólo parcialmente, lo ha demostrado eficazmente Garegnani en el libro citado.

Desde el punto de vista del contenido, el problema planteado por Bortkiewicz y por Sweezy implica necesariamente que la finalidad de Marx fue la construcción de una teoría del equilibrio económico. Pero el equilibrio es considerado por Marx sólo como una hipótesis “para enfocar los fenómenos en la forma que corresponde a las leyes que los rigen, con arreglo a su concepto”, y “para descubrir y fijar, en cierto modo, la tendencia real de su movimiento”.²⁷ Ahora bien, la ley del valor es para Marx la trama de fondo que debe remitir constantemente a las variaciones de las fuerzas productivas cuyo movimiento resulta de los valores de cambio; de la forma de precio y de los precios de producción en forma mistificada y sin embargo real.

Buscar los errores —aunque sea para superarlos— de un modelo de equilibrio general en un pensamiento que jamás elaboró tal modelo y que por el contrario se dio como objetivo la búsqueda de las leyes del cambio de los fenómenos, su paso de una forma a otra, me parece que sólo puede ser aceptable a condición de demostrar que el objeto de *El capital* era otro que el asignado por su autor.

Maurice Dobb no parece compartir esta opinión. En su introducción a la edición italiana de *El capital*, confiere particular importancia a la solución de Bortkiewicz y a los desarrollos de la misma por Francis Seton, aludiendo también a Piero Sraffa, para concluir afirmando que:

El resultado de una discusión sostenida a lo largo de más de medio siglo es que Marx estaba acertado al suponer que los precios de producción, como reales “precios de equilibrio” de una economía capitalista competitiva, podían ser considerados como determinados por

27. *El capital*, III, p. 193.

las condiciones y las relaciones de producción, incluyendo en estas últimas a la tasa de plusvalía.²⁸

El adjetivo “determinados” y el concepto “precios de equilibrio”, son en mi opinión inaceptables. Aquí se hace referencia a un sistema de ecuaciones “determinado” en el sentido matemático de la palabra, que no es desde luego el usado por Marx, quien escribía de modo inequívoco:

En toda la producción capitalista... la ley general del valor sólo se impone como una tendencia predominante de un modo muy complicado y aproximativo, como una media jamás susceptible de ser fijada entre perpetuas fluctuaciones.²⁹

Si se hubiera empeñado en la construcción de un modelo matemático, Marx habría llegado probablemente a la conclusión del segundo capítulo de *Producción de mercancía por medio de mercancías*, de Piero Sraffa,³⁰ a saber: que el número de incógnitas es superior al número de las ecuaciones.

28. K. MARX, *Il Capitale*, Editori Riuniti, Roma, I, p. 15. [Véase pp. 13-14 del presente volumen].

29. *El capital* cit., III, p. 167.

30. Desde este punto de vista, el abandono por Piero Sraffa de la teoría del valor-trabajo puede ser visto como la interpretación más correcta de la teoría de Marx: una aparente paradoja que debe ser referida al “preludio a una crítica de la teoría económica”, que constituye el subtítulo del libro *Producción de mercancías por medio de mercancías* [Barcelona, Ediciones Oikos -Tau, 1965].

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
CHICAGO, ILL. 60607
1975

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
CHICAGO, ILL. 60607
1975

**GLOSAS MARGINALES AL "TRATADO DE ECONOMIA
POLITICA" DE ADOLPH WAGNER**

KARL MARX

[...] *Valor*. Según el señor Wagner, la teoría del valor de Marx es "*la piedra angular de su sistema socialista*" (p. 45). Como yo nunca he construido un "*sistema socialista*", esto es una fantasía de los Wagner, Schäffle y *tutti quanti*. Después: Marx "*encuentra la sustancia social común del valor de cambio*, el único al que aquí se alude, en *el trabajo*, la *medida de la magnitud del valor de cambio* en el tiempo de trabajo socialmente necesario, etc."

Yo no hablo en parte alguna de "*la sustancia social común del valor de cambio*"; digo, por el contrario, que los valores de cambio (pues *el valor de cambio* sólo existe cuando hay por lo menos dos) representan algo que *les es común*, algo "en absoluto independiente de sus valores de uso" (es decir, aquí, de su forma natural), a saber: el "valor". Así, en el Libro primero de *El capital*, se dice: "Aquel algo común que toma cuerpo en la relación de cambio o valor de cambio de la mercancía es, por tanto, *su valor*. En el curso de nuestra investigación volveremos de nuevo al valor de cambio, como expresión necesaria o forma obligada de manifestarse el valor, que por ahora *estudiaremos* independientemente *de otra forma* (p. 13)."

Yo no digo por lo tanto que la "sustancia social común del valor de cambio" sea el "trabajo"; y como trato ampliamente, en un apartado especial, de la *forma del valor*, es decir, del desarrollo del valor de cambio, sería extraño pretender reducir esta "forma" a la "sustancia social común", al trabajo. El señor Wagner olvida también que para mí no son sujetos ni el "valor" ni el "valor de cambio", sino que lo es solamente la *mercancía*.

Otra cosa: "Pero esta teoría [de Marx] no es tanto una teoría

general del valor como una *teoría del costo* inspirada en Ricardo" (*ibid.*) El señor Wagner habría podido darse cuenta, lo mismo leyendo *El capital* que la obra del señor Sieber (si supiese ruso), la diferencia que media entre Ricardo y yo, pues aquél sólo se ocupó del trabajo en tanto que *medida de la magnitud del valor*, sin encontrar por tanto el nexo entre su teoría del valor y la naturaleza del dinero.

Cuando el señor Wagner dice que ésta "no es una teoría general del valor", tiene mucha razón desde su punto de vista, ya que para él formular una teoría general del valor significa hacer elucubraciones en torno a la palabra "valor", lo que le permite quedarse en la confusión, tradicional en los profesores alemanes, entre "valor de uso" y "valor", ya que ambos tienen en común la palabra "valor". Pero cuando dice que se trata de una "*teoría del costo*" incurre en una redundancia o en una falsedad. En una redundancia, porque las mercancías, en la medida en que son valores, es decir, en que sólo representan algo *social*, trabajo humano, y en la medida en que la *magnitud del valor* de una mercancía se determina precisamente, en mi opinión, por la *cantidad de tiempo de trabajo que encierra*, etc., o sea por la masa normal de trabajo que cuesta producir un objeto, etc., y el señor Wagner prueba lo contrario al asegurar que esta teoría, etc., del valor no es "general", porque no responde a la opinión del señor Wagner sobre "la teoría general del valor". En una *falsedad*: Ricardo (tomándolo de Smith) confunde valor y costo de producción; en mi *Contribución a la crítica de la economía política* y en las notas a *El capital*, he indicado expresamente que los valores y los precios de producción (estos últimos no hacen más que expresar en dinero los costos de producción) no coinciden. ¿Por qué no? Esto *no* se lo he dicho al señor Wagner.

Además, dice que "procedo arbitrariamente" porque "me limito a reducir el costo a la llamada prestación de trabajo en el sentido más estricto. Esto presupone siempre que se haya previamente demostrado, lo que nadie hizo hasta ahora, que el proceso de producción puede desarrollarse sin la mediación de esa actividad de los *capitalistas privados* que crea e invierte capitales" (p. 45).

En vez de imponerme la carga de probar hechos futuros, el señor Wagner habría debido comenzar a la inversa, demostrando que en las numerosísimas sociedades que *existieron antes de aparecer los capitalistas privados* (comunidades de la antigua India, comu-

nidades familiares de los esclavos meridionales, etc.) no existía *un proceso social de producción*, por no hablar del proceso de producción en general. Por lo demás, todo lo que Wagner podía decir es que la explotación de la clase obrera por la clase capitalista, o más brevemente, el carácter de la producción capitalista tal como la describe Marx, es una realidad, pero se equivoca al considerar esta economía como transitoria, al revés que Aristóteles, quien se equivocó al considerar como no transitoria la *economía basada en la esclavitud*.

“Mientras no se haya hecho esta demostración” (en otros términos, mientras exista el régimen capitalista) “la *ganancia del capital* será también (aquí está madre del borrego), *de hecho*, un elemento ‘constitutivo’ del valor y no, como quieren los socialistas, algo que se le *sustra* o se le ‘*roba*’ al obrero” (pp.45-46). Qué significa esta “*sustracción en detrimento del obrero*”, sustracción de su piel, etc., es difícil imaginarlo. Ahora bien, en mi exposición, en efecto, “la ganancia del capital” no es “sólo una *sustracción* o ‘*robo*’ en detrimento del obrero”. Por el contrario, yo represento al capitalista como un funcionario necesario de la producción capitalista, y muestro ampliamente que él no sólo *sustra*” o “*roba*”, sino que arranca la *producción de la plusvalía*, es decir que comienza por ayudar a crear lo que ha de *sustraer*. Demuestro también ampliamente que incluso en el cambio de mercancías, *sólo* se cambian *equivalentes* y que el capitalista, siempre que pague al obrero el valor real de su trabajo, estará plenamente en su derecho —es decir, el derecho correspondiente a este modo de producción— de apropiarse la *plusvalía*. Pero todo esto no convierte a la “ganancia del capital” en un elemento “constitutivo” del valor, sino que se limita a probar que en el valor, no “constituido” por el trabajo del capitalista, hay una parte que éste puede apropiarse “legalmente”, es decir, sin violar el derecho correspondiente al cambio de mercancías.

“Esta teoría considera de un modo demasiado unilateral un único elemento en la determinación del valor (1. Tautología: la teoría es falsa porque Wagner tiene una “teoría general del valor” que no coincide con ella; en efecto, su “valor” es determinado por el “valor de uso”, como lo prueba, particularmente, su sueldo de profesor; 2. El señor Wagner sustituye el valor por el “precio de mercado” corriente —o precio de las mercancías basados en aquél— que es algo muy distinto del valor), los costos, y no el otro factor;

la utilidad, el empleo, el *momento de la necesidad*". (Lo cual significa que no confunde "valor" y *valor de uso*, como desearía ese embrollón nato que es Wagner). Ella no sólo no corresponde a la *formación del valor de cambio en el comercio actual* (se refiere a la *formación del precio*, la cual no alterna en lo más mínimo la *determinación del valor*: por lo demás, en el *comercio actual* se operan evidentemente, como lo sabe todo especulador, falsificador de mercancías, etc., una *formación de valor de cambio*, que no tiene nada que ver la *formación del valor*, sino que tiende solamente a valores ya "formados"; además, al determinar, por ejemplo, el *valor de la fuerza de trabajo*, parto del supuesto de que su valor se paga realmente, lo que de hecho no ocurre. El señor Schäffle, en *Capitalismo*, etc., piensa que esto es "generoso" o algo parecido. No se refiere a otra cosa que a un procedimiento científico necesario), sino que tampoco corresponde a las relaciones que deberían necesariamente formarse en el *hipotético Estado social de Marx*, como lo demuestra excelentemente y sin duda de manera definitiva (!) también Schäffle en su *Quintaesencia* y, sobre todo, en el *Cuerpo social*". (Por consiguiente, el Estado social, que el señor Schäffle ha tenido la gentileza de "formar" para mí, se convierte en el "Estado social de Marx", y no en el Estado que es atribuido a Marx en la hipótesis de Schäffle). "Esto puede demostrarse de manera convincente mediante el ejemplo típico de los cereales u otro semejante, cuyo *valor de cambio* —por ser variables las cosechas y la demanda, poco más o menos constante— tendrá necesariamente que regularse, incluso en un sistema de "*tarifas sociales*", de otro modo que *por el simple costo*". Cada palabra es una tontería. En primer lugar, yo no he hablado en parte alguna de "*tarifas sociales*", y, en el estudio sobre el valor, sólo me atengo a las relaciones burguesas y no a la aplicación de esta teoría del valor a un pretendido "Estado social" que ni siquiera he creado, sino que el señor Schäffle lo ha construido por mí. En segundo lugar, si a consecuencia de una mala cosecha sube el precio de los cereales, lo que primero sube es su *valor* ya que una cantidad dada de trabajo se ha realizado en un producto menor; y después sube aún más su *precio de venta*. ¿Qué tiene esto que ver con mi teoría del valor? Cuanto más por encima de su *valor* se venda el trigo, más *por debajo de su valor* se venderán otras mercancías, ya sea en la forma natural o bajo la forma de dinero, y esto aun cuando su propio precio en dinero no descienda. La *suma de valor* sigue siendo la misma, aun-

que aumente la expresión en dinero de toda esta *suma de valor*, aunque aumente, por lo tanto, según el señor Wagner, la suma del “valor de cambio”. Esto es lo que ocurre si admitimos que la *baja de precio* en la suma de las demás mercancías no cubra el *precio* que excede el valor (el excedente de precio) del grano. Pero en este caso el valor de cambio del dinero habrá descendido por lo tanto por debajo de su valor; la suma de valor de todas las mercancías permanece *idéntica*, incluso en su *expresión en dinero*, si también el dinero es incluido entre las mercancías. Además, el aumento del precio del trigo por encima del aumento de su valor provocado por la mala cosecha será en todo caso menor en el “Estado social” que con los actuales especuladores de granos. Pero entonces el “Estado social” organizará de repente la producción de modo que el aprovisionamiento anual de trigo sólo dependa en proporciones mínimas de los cambios atmosféricos. El volumen de la producción, el aprovisionamiento y el consumo estarán regulados racionalmente. Por último, ¿qué puede probar la “tarifa social” en pro o en contra de mi teoría del valor, suponiendo que se realicen las fantasías de Schüffle a este respecto? Tan poca cosa como las medidas obligatorias que adoptadas en caso de penuria de víveres a bordo de un barco, en una plaza sitiada o durante la Revolución francesa, etc., que no se preocupaban en absoluto del *valor*; Y qué terrible cosa para el “Estado social” infringir las *leyes del valor* del “Estado capitalista” y, por tanto, la teoría del valor! ¡Todo esto parece un juego de niños!

El propio Wagner cita complacido el siguiente pasaje de Rau: “Para evitar cualquier malentendido es necesario dejar bien sentado lo que hay que entender por *valor en general*; en la lengua alemana se acostumbra tomar en este sentido el término de *valor de uso*” (p. 46).

[...] Otra derivación del concepto de valor:

Valor subjetivo y valor objetivo. Subjetivo: y en el sentido más general, el valor de una cosa = a la importancia que se “atribuye al bien por su utilidad... no calidad de las cosas en sí, aunque objetivamente esto suponga la utilidad de una cosa (y, por lo tanto, suponga el valor ‘objetivo’) ... En sentido objetivo se entiende entonces por ‘valor’, ‘valores’ los bienes que tienen valor, de suerte (!) que bien y valor, bienes y valores, se convierten en ideas esencialmente idénticas” (pp. 46, 47).

Después que Wagner ha calificado simplemente con el título

de "*valor en general*", de "*concepto de valor*" a lo que ordinariamente se denomina "*valor de uso*", no puede dejar de recordar que "el valor así (!) deducido" (!) es el "*valor de uso*". Después de dar al valor de uso el título de "*noción de valor*" en general, de "*valor en sí*", descubre con retraso que no ha hecho más que divagar sobre el "*valor de uso*", que lo ha "*deducido*", pues hoy divagar y deducir son "*esencialmente*" operaciones idénticas del pensamiento. Pero en esta ocasión venimos a descubrir qué concepción subjetiva corresponde a la "*objetiva*" confusión conceptual propia del profesor Wagner. Este nos revela en efecto un secreto. Rodbertus le había escrito una carta que puede leerse en la *Tübinger Zeitschrift* de 1878, en la que (Rodbertus) explica por qué "no hay más que una clase de valor", el valor de uso. "Yo (Wagner) he adoptado este criterio, cuya importancia había subrayado ya en mi primera edición". Acerca de lo dicho por Rodbertus, escribe Wagner: "Esto es perfectamente exacto y nos obliga a modificar la ilógica '*división*' del '*valor*' en *valor de uso* y *valor de cambio*, división que yo adoptaba todavía en el parágrafo 35 de mi primera edición" (p. 48, nota 4). Y el mismo Wagner me coloca entre las personas (p. 49, nota) que piensan que el "*valor de uso*" debe ser completamente apartado de la ciencia".

Todo esto es pura "charlatanería". Ante todo, yo no parto de "conceptos", ni por lo tanto del "concepto de valor", y por ello no debo en modo alguno "dividir" este concepto. De donde yo parto es de la forma social más simple en que se presenta el producto del trabajo en la sociedad actual, y esta forma es la "*mercancía*". Analizo ésta fijándome ante todo en la *forma bajo la cual se presenta*. Aquí descubro que ella es, por una parte, en su forma natural, un *objeto de uso* alias *valor de uso*, y, por otra parte, la *encarnación del valor de cambio* y, desde este punto de vista, "*valor de cambio*" ella misma. Un análisis más profundo de éste último me revela que el valor de cambio no es más que una "*forma fenoménica*", un modo de presentación independiente del *valor* contenido en la mercancía, y paso después al análisis del valor. Por eso digo expresamente: "Al comienzo de este capítulo decíamos, siguiendo el lenguaje tradicional: la mercancía es valor de uso y valor de cambio. En rigor, esta afirmación es falsa. La mercancía es valor de uso, objeto útil y '*valor*'. A partir del momento en que su valor reviste una *forma fenoménica* propia, *distinta* de su forma natural, la del valor de cambio, etc." Yo no divido pues el

valor en valor de uso y valor de cambio como opuestos en que se descompone lo abstracto, el valor, sino que digo que la *forma social concreta* del producto del trabajo, la “mercancía”, es, por una parte, valor de uso y, por otra, “valor”, no valor de cambio, pues éste no es más que una simple *forma fenoménica* y no su propio *contenido*.

En segundo lugar, solamente un vir obscurus que no haya entendido una sola palabra de *El capital* puede argumentar así: puesto que Marx, en una nota a la primera edición de *El capital*, rechaza en general toda esa cháchura profesoral alemana sobre el “valor de uso” y remite a los lectores que quieran saber algo acerca de los verdaderos “valores de uso” al “*conocimiento pericial de las mercancías*”, el *valor de uso* no desempeña según él ningún papel. No desempeña naturalmente el papel del término antagónico suyo, el “valor”, que nada tiene de común con él salvo la palabra “valor”, que reaparece en la expresión “valor de uso”. También habría podido decir que el “valor de cambio” fue dejado de lado por mí, ya que no es más que una forma fenoménica del valor, pero no el “valor”, puesto que para mí el “valor” de una mercancía no es ni su valor de uso ni su valor de cambio.

Cuando se trata de analizar la “mercancía” —que es el concreto económico más simple— hay que apartar todos los aspectos que no tengan relación con el objeto que se analiza. Lo que hay que decir de la mercancía en cuanto valor de uso, lo he dicho en unas pocas líneas, pero haciendo resaltar por otra parte la *forma característica* en la que aparece el valor de uso, el producto del trabajo, a saber: “Un objeto puede ser útil y producto del trabajo humano sin ser mercancía. Quien, con su producto, satisface sus propias necesidades, crea indudablemente valores de uso, pero no mercancías. Para producir mercancías *no basta producir valores de uso, sino que es menester producir valores de uso para otros, valores de uso sociales*”. (Aquí está la raíz del “*valor de uso social*” de Rodbertus). Con esto, el valor de uso —en cuanto valor de uso de la “mercancía”— adquiere por sí mismo un carácter histórico-específico. En las comunidades primitivas, en las que, por ejemplo, los medios de subsistencia son producidos y repartidos en común entre los componentes de la comunidad, y el producto común satisface directamente las necesidades vitales de cada miembro de la comunidad, de cada productor —el carácter social del producto, del valor de uso se encuentra en su *carácter comunitario*. (El señor Rodbertus, por el contrario, transforma el valor de uso

social de la *mercancía* en el valor de uso social simplemente; en otras palabras, divaga).

Como se desprende de lo anterior, sería pura divagación si en el análisis de la *mercancía* —por el hecho de que ella se presenta por una parte como valor de uso o bien, y por la otra como “valor”— se aprovechara la ocasión para “empalmar” toda suerte de reflexiones triviales sobre aquellos valores de uso o bienes que no caen bajo el dominio del mundo de las mercancías, como los “bienes estatales”, “bienes de la comunidad”, etc. —como hace Wagner y los profesores alemanes en general— o acerca del bien “salud”, etc. Allí donde el Estado mismo es un productor capitalista, como ocurre con la explotación de las minas, los bosques, etc., su producto es “mercancía” y posee por consiguiente el carácter específico de cualquier otra mercancía.

Por otra parte nuestro vir obscurus no se ha dado cuenta de que, ya al hacer el análisis de la *mercancía*, yo no me detengo en la doble modalidad bajo la que se presenta, sino que paso inmediatamente a demostrar que en esta doble modalidad de la *mercancía* se manifiesta el doble *carácter del trabajo* del que aquélla es producto, a saber: del trabajo *útil*, es decir de las modalidades concretas de los trabajos que crean valores de uso, y del *trabajo abstracto*, del *trabajo como inversión de fuerza de trabajo*, cualquiera que sea el modo “útil” en que se invierta (sobre lo cual se basa luego el estudio del proceso de producción); que en el desarrollo de la *forma de valor de la mercancía*, y, en última instancia, de su forma dinero y, por tanto, del *dinero*, el *valor* de una mercancía se expresa en el valor de uso, es decir, en la forma natural de la otra mercancía; que la propia plusvalía se deriva de un *valor de uso “específico” de la fuerza de trabajo*, que corresponde exclusivamente a ésta, etc., etc.; que, por consiguiente, en mi obra, el valor de uso desempeña un papel tan importante como en la economía anterior, pero sólo se plantea —nota bene— allí donde tal planteamiento surge del análisis de una formación económica dada y no de especulaciones abstractas acerca de los conceptos o de las palabras “valor de uso” y “valor”.

Por eso, en el análisis de la *mercancía*, ni aun a propósito de su “valor de uso” son introducidas inmediatamente definiciones del “capital”, puesto que ellas deben resultar un puro contrasentido mientras permanezcamos inicialmente en el análisis de los elementos de la *mercancía*.

Pero lo que molesta al señor Wagner, en mi exposición, es que no le haya dado el gusto de seguir los “esfuerzos” germano-patrióticos de nuestros profesores, que tienden a confundir valor de uso y valor. La sociedad germana, aunque muy *post festum*, ha ido pasando poco a poco de la economía natural feudal, o al menos, de la preponderancia de ella, a la economía capitalista; pero los profesores, como es natural, siguen teniendo un pie en la vieja basura. De siervos de los terratenientes se han convertido en siervos del Estado, *vulgo*, del gobierno. Por eso nuestro vir obscurus —que ni siquiera se ha dado cuenta de que mi método *analítico*, que no parte *del* “hombre” sino de un período económico dado de la sociedad, no tiene nada que ver con ese método de entrelazamiento de conceptos que gustan emplear los profesores germanos (“con palabras es fácil combatir, con palabras se puede construir un sistema”) — dice: “En consonancia con la concepción de *Rodbertus* y también con la de *Schäffle*, yo doy preminencia al carácter de *valor de uso de todo valor*, y tanto más hago resaltar la apreciación del valor de uso *cuanto que* la apreciación del valor de cambio no es en absoluto aplicable a un gran número de bienes económicos de los más importantes” (¿qué lo obliga a buscar excusas? Ya sabemos que es su condición de servidor del Estado la que lo obliga a confundir valor de uso y valor); “así, por ejemplo, no es aplicable *al Estado* ni a sus servicios, y ni tampoco a otras relaciones de economía pública” (p. 49, nota). Esto nos recuerda a los viejos químicos, antes de que existiera una ciencia de la química: como la manteca comestible, que en la vida corriente se llama simplemente manteca (según una costumbre nórdica), tiene una consistencia blanda, dieron el nombre de materias mantecosas caldos butíricos a los *cloruros*, a la *manteca de cinc*, a la *manteca de antimonio*, etc., y por eso sostuvieron, para hablar como el vir obscurus, el carácter *mantecoso* de todas las combinaciones de cloruros, cinc y antimonio. Tales charlatanerías concluyen en esto: dado que ciertos bienes, principalmente *el Estado* (¡el Estado, un bien!) y sus “servicios” (o sea, las prestaciones de sus profesores de economía política) *no son* “mercancías”, los caracteres opuestos contenidos en las propias “mercancías” (que aparecen también *expresamente* bajo la *forma de mercancía* del producto del trabajo) deben ser confundidos entre sí. Por otra parte, sería difícil sostener que Wagner y consortes ganen más cuando sus *servicios* sean apreciados según su “valor de uso”, según su

"contenido" material, que cuando sean apreciadas según su "*contenido/sueldo*" (fijado por las "tarifas sociales", como dice Wagner), o sea según su remuneración

(La única cosa clara que hay en el fondo de esta confusión germana es que, en la lengua, las palabras *valor* o *valer* (Wert oder Würde) fueron inicialmente aplicadas a las cosas útiles que existían desde largo tiempo atrás, incluso como "productos del trabajo", antes de convertirse en *mercancías*. Pero esto tiene tanto que ver con la definición científica del "valor de las mercancías" como el hecho de que en un principio los Antiguos aplicasen la palabra sal a la sal comestible, y que, por consiguiente, el azúcar, etc., figuren también desde Plinio como *variedades* de sal [es decir, entre los cuerpos sólidos, incoloros, solubles en agua y con un gusto especial] y, por tanto, la categoría química "sal" incluya el azúcar, etc.).

Pasemos ahora al fiador del vir obscurus, a Rodbertus (cuyo estudio puede verse en la *Tübinger Zeitschrift*). He aquí el pasaje de Rodbertus por aquél citado:

"Sólo existe *una clase de valor*, que es el valor de uso. Este puede ser valor de uso *individual* o valor de uso *social*. El primero se enfrenta con el individuo y sus necesidades, sin guardar la menor relación con una organización social" (p. 48). (Y esto es ya una tontería). Confróntese *El capital*, donde se dice en cambio que el *proceso de trabajo*, como actividad racional encaminada a la producción de valores de uso, etc., "*es común a todas las formas sociales* [de la vida humana] *por igual e independientemente de ellas*". (En primer lugar, lo que se enfrenta con el individuo no es la expresión "valor de uso", sino *valores de uso concretos*, y *cuáles de estos valores concretos* "están en frente" del individuo [para estos hombres *todo es, todo es estado*] depende solamente del grado alcanzado por el proceso social de producción y no corresponde nunca, por tanto, a "una organización social". Pero si Rodbertus sólo quiere decir algo tan trivial como que el valor de uso, que efectivamente se enfrenta a un individuo como objeto de uso, se enfrenta como valor de uso individual para él, esto no pasa de ser una tautología trivial o una falsedad, puesto que, para no hablar de cosas como el arroz, el trigo, el maíz o la carne que para un hindú no está frente a él como alimento, para un individuo la necesidad de un título de profesor o de consejero de gobierno, o de una condecoración, es posible sólo en una determinada "organiza-

ción social"). "El segundo es el *valor de uso* que tiene un organismo *social*, compuesto por muchos organismos individuales (o sea, por muchos individuos)" (p. 48) ¡Qué lenguaje! ¿Se trata aquí del "valor de uso" del "organismo social" o de un valor de uso que se encuentra en posesión de un "organismo social" (como, por ejemplo, la tierra en las comunidades primitivas), o bien de la forma "social" concreta del valor de uso, en un *organismo social*, como por ejemplo allí donde la producción de mercancías es el régimen dominante, el valor de uso que suministra un productor es "valor de uso para otros", debiendo ser considerado, en este sentido, como "valor de uso social"? Con tal confusionismo no se puede ir a ninguna parte.

Pasemos, pues, a la otra proposición del Faustus de Wagner: "El valor de cambio no es más que ropaje, el apéndice histórico del valor de uso social de un determinado período histórico. Cuando se contrapone al valor de uso *un* valor de cambio como *antítesis lógica*, se pone en *antítesis lógica* un concepto histórico con un concepto lógico, lo cual es contrario a la lógica" (p. 48, nota 4). "Y esto es perfectamente justo" exclama *ibidem* Wagnerus jubilosamente. ¿Pero quién es "la persona" que comete este error? No cabe duda que Rodbertus se refiere a mí, puesto que según R. Meyer, su *famulus*, él escribió un voluminoso y denso manuscrito contra *El capital*. ¿Quién establece una *antítesis lógica*? El señor Rodbertus, para quien el "valor de uso" y el "valor de cambio" son ambos, por naturaleza, meros "conceptos". En realidad, en toda lista corriente de precios, vemos que en ella cada clase concreta de mercancías incurre en este proceso ilógico de distinguirse como *bien*, o *valor de uso*, como algodón, hilo, hierro, grano, etc. de las otras mercancías, de representar un "bien" *toto coelo* cualitativamente distinto de los otros, a la par que su *precio* es de la *misma naturaleza* que los precios de las otras mercancías, cualitativamente igual y sólo cuantitativamente distinta. Una mercancía se presenta en su forma natural para quien necesita de ella, y también bajo la *forma de valor*, muy diferente de la primera y "común" a todas las mercancías, como *valor de cambio*. Aquí, existe una *antítesis "lógica"* sólo para Rodbertus y sus allegados, los profesores-maestros de escuela alemanes, que parten del "concepto" de valor y no de la "cosa social", de la "mercancía", dejando que este concepto se divida en dos para luego discutir cuál de los dos fantasmas es el verdadero Jacob!

Pero en el tenebroso fondo de estas frases ampulosas se oculta simplemente el descubrimiento inmortal de que en todas las circunstancias el hombre debe comer, beber, etc. (y no cabe añadir, vestirse, o utilizar cuchillo y tenedor, o camas, o habitaciones, porque esto no es cierto *en todas las circunstancias*); en una palabra, que en todas las circunstancias debe encontrar en la naturaleza, ya dispuestos, objetos exteriores para la satisfacción de sus necesidades y adueñarse de ellos o prepararlos con las materias naturales que encuentre; en este comportamiento suyo el hombre se vincula siempre a ciertos objetos exteriores como “valor de uso”, es decir, los trata siempre como objetos para su uso. Por ello el valor de uso es según Rodbertus un concepto “lógico”: por lo tanto, dado que el hombre necesita respirar, el “respirar” es un concepto “lógico”, pero de ninguna manera, ¡Dios nos libre!, un concepto “fisiológico”. Toda la superficialidad de Rodbertus, se revela, sin embargo, en su contraposición de concepto “lógico” e “histórico”. Sólo concibe al “valor” (el económico en antítesis al *valor de uso* de la mercancía) en su forma fenoménica, como valor de cambio; y dado que él aparece sólo allí donde al menos una parte de los productos del trabajo, de los objetos de uso, funciona como “*mercancía*”, lo que no ocurre desde un comienzo, sino únicamente en un cierto período del desarrollo social, por consiguiente, sólo en un estadio determinado del desarrollo histórico, nos encontramos con que el *valor de cambio* es un concepto “*histórico*”. Ahora bien, si Rodbertus hubiera analizado ulteriormente el valor de cambio de las mercancías —más adelante diré por qué no lo hizo— ya que éste existe solamente allí donde el término *mercancía* aparece en plural, vale decir donde existan distintas clases de mercancías— habría encontrado detrás de esta forma fenoménica al “valor”. Si hubiera continuado su análisis del valor, habría encontrado además que aquí la cosa, el “valor de uso”, vale como pura y simple *objetivación* de trabajo humano, como *gasto de una fuerza igual de trabajo humano* y que por ello este contenido es presentado como carácter *objetivo* de la cosa, como [carácter] que corresponde *a ella* objetivamente, aunque esta objetividad *no* aparezca en su forma natural (lo cual hace que sea necesaria una *forma de valor* particular). Habría hallado, pues, que el valor de la mercancía no hace más que expresar, bajo una forma que se ha desarrollado en el transcurso de la evolución histórica, lo que se presenta igualmente bajo todas las demás formas sociales que

nos muestra la historia, aunque bajo otra forma, es decir bajo la forma del carácter social del trabajo, en cuanto gasto de la fuerza de trabajo "social". Si el valor de la mercancía no es, pues, más que una forma histórica concreta, algo que existe en todas las formas de sociedad, ocurre lo mismo con lo que él llama "valor de uso social", o sea el "valor de uso" de la mercancía. El señor Rodbertus toma de Ricardo la medida de la magnitud del valor, pero, al igual que Ricardo, no ha investigado ni comprendido la sustancia misma del valor: por ejemplo, el carácter "común" del proceso de trabajo en la comunidad primitiva, como organismo colectivo de las fuerzas de trabajo asociadas, y por tanto el [carácter común] de su trabajo, es decir, del gasto de estas fuerzas.

Sería superfluo agregar más sobre las charlatanerías de Wagner.

SINTESIS DE LOS DESCUBRIMIENTOS DE MARX EN ECONOMIA

1

Aunque una sociedad haya encontrado el rastro de *la ley natural con la cual se mueve* —y la finalidad última de esta obra es, en efecto, descubrir la ley económica que preside el movimiento de la sociedad moderna—, jamás podrá saltar ni descartar por decreto las fases naturales de su desarrollo. Podrá únicamente acortar y mitigar los dolores del parto (*El capital*, I, p. XV).

2

La forma valor, que cobra cuerpo definitivo en *la forma dinero*, no puede ser más sencilla y llana. Y sin embargo, el espíritu del hombre se ha pasado más de dos mil años forcejeando en vano por explicársela, a pesar de haber conseguido, por lo menos de un modo aproximado, analizar formas mucho más complicadas y preñadas de significado. ¿Por qué? Porque es más fácil estudiar el organismo desarrollado que la simple célula... La *forma de mercancía* que adopta el producto del trabajo o la *forma de valor* que reviste la mercancía es la *célula económica* de la sociedad burguesa (*El capital*, I, p. XIII).

3

Es curioso que este granuja [Eugen Dühring] no se de cuenta de los tres elementos fundamentalmente nuevos que se contienen en el libro:

1º Que, por oposición a todos los economistas anteriores, que estudian desde *el primer momento* los fragmentos especiales de la plusvalía, con sus formas fijas de renta del suelo, ganancia e interés, como formas dadas, yo empiezo estudiando la forma general de la plusvalía, en la que todo eso se contiene todavía en bloque, disuelto por decirlo así.

2º Que a todos los economistas sin excepción se les escapa algo tan simple como el que si la mercancía encierra el doble aspecto de valor de uso y valor de cambio, el trabajo por ella representado tiene que poseer también necesariamente un doble carácter, mientras que el simple análisis del trabajo, *sans phrase*, como un Smith, Ricardo, etc., tropieza siempre forzosamente con confusiones. Aquí es, en efecto, donde se encierra todo el secreto de la concepción crítica.

3º Que, por vez primera, se presenta el salario como forma irracional de manifestarse una relación oculta tras él, estudiándose a esto con toda precisión en las dos formas del salario: el salario por tiempo y el salario por piezas (el hecho de que en las matemáticas superiores aparezcan con frecuencia fórmulas de éstas, me ha servido de ayuda). (A Engels, 8 de enero de 1868).

4

[...] La tendencia progresiva de la tasa general de ganancia a bajar sólo es, pues, una *expresión característica del régimen capitalista de producción*, del desarrollo ascendente de la fuerza productiva social del trabajo. [...] La ley, como se ve por lo que llevamos expuesto, no puede ser más sencilla y, sin embargo, ningún economista, [...] había logrado descubrirla hasta hoy. Los economistas veían el fenómeno y se torturaban en intentos contradictorios para explicárselo. Pero, dada la gran importancia de esta ley para la producción capitalista, bien puede decirse que es el misterio en torno a cuya solución viene girando toda la economía política desde Adam Smith y que, desde este autor, la diferencia existente entre las diversas escuelas consiste precisamente en los distintos intentos hechos para resolverlo (*El capital*, III, p. 215).

Lo mejor de mi libro es: 1º (en esto descansa toda la comprensión de los hechos) el *doble carácter del trabajo*, que se pone de relieve ya en el *primer* capítulo, según que se exprese en valor de uso o en valor de cambio; 2º el estudio de la *plusvalía independiente de sus formas específicas*, como son la ganancia, el interés, la renta del suelo, etc. En el segundo tomo es donde mejor se revelará esto. El modo cómo la economía clásica estudia las formas específicas, confundiéndolas constantemente con la forma general, es una olla podrida. (A Engels, 24 de agosto de 1867).

Yo demuestro que es precisamente porque el valor de la mercancía está determinado por el *tiempo de trabajo* que el precio medio de las mercancías no puede jamás ser igual a su valor. [...] Una sola excepción: cuando la tasa de ganancia individual en un sector particular de la producción, es decir la ganancia determinada por la plusvalía producida en ese sector, es igual a la tasa media de ganancia del capital total. (*Teorías sobre la plusvalía*, en *Werke*, XXVI, t. II, p. 28)

Si abandonamos la explicación dada por Rodbertus de la renta territorial [...] sólo queda en pie el núcleo siguiente [...] la agricultura figura entre las ramas industriales de producción en que el capital variable guarda una proporción más alta con el capital constante que lo que ocurre, por término medio, en las ramas industriales. Por eso la plusvalía, calculada sobre la base del costo de producción, tiene que ser necesariamente más alta en la agricultura que en la generalidad de las ramas industriales. Lo que a su vez, quiere decir que la tasa especial de ganancia de aquélla es superior a la tasa de ganancia media o a la tasa general de ganancia. De donde se deduce a su vez que la tasa especial de ganancia de cada rama de la producción —siempre y cuando que la tasa de la plusvalía no varíe y que se parta de una plusvalía dada—

depende de la proporción existente entre el capital variable y el capital constante dentro de cada rama especial. De este modo se proyectaría sobre cada rama industrial específica, la ley general expuesta por nosotros. (*Teorías sobre la plusvalía, Werke*, vol. XXVI, t. II, p. 85 sq.) .

8

Me permito recordar aquí al lector que he sido yo quien ha empleado por vez primera las categorías de *capital variable* y *constante*. Desde Adam Smith, la economía política confunde los conceptos en ellos contenidos con las dos modalidades formales del capital *fijo* y *circulante*. En el libro segundo, sección segunda, trataremos de esto más en detalle. (*El capital*, I, p. 515).

9

El buen hombre [Faucher] hace la mayor de las concesiones posibles al reconocer que, si el valor ha de entenderse algo, no hay más remedio que suscribir mis conclusiones. El infeliz no ve que, aunque en mi libro no figurase ningún capítulo sobre el "valor", el análisis de las condiciones reales que yo trazo encerraría ya la prueba y la demostración de la relación real del valor. [...] El economista vulgar no tiene ni la más remota idea de que las relaciones diarias y reales del cambio y las magnitudes de valor no pueden ser directamente idénticas. El *hic* de la sociedad burguesa consiste precisamente en eso, en que *a priori* no existe en ella una regulación consciente, social, de la producción. Lo racional y lo naturalmente necesario sólo se imponen en ella como un ciego promedio. A. Kugelman, 11 de julio de 1868).

10

La verdadera diferencia de magnitud entre la ganancia y la plusvalía —y no sólo entre la tasa de ganancia y la tasa de plusvalía— en las distintas ramas de producción oculta enteramente la verda-

dera naturaleza y el origen de la ganancia no sólo para el capitalista, interesado en engañarse desde este punto de vista, sino también para el obrero. Con la transformación de los valores en precios de producción, perdemos de vista lo que constituye la base de la determinación del valor. [...] El hecho de que esta trabazón interna se descubre por vez primera aquí, de que [...] los economistas anteriores, o bien prescindiesen violentamente de las diferencias entre la plusvalía y la ganancia, la tasa de plusvalía y la tasa de ganancia, para poder retener como base la determinación del valor, o bien renunciasen con esta determinación del valor a toda base de razonamiento científico para atenerse a aquellas diferencias manifiestas en la superficie de los fenómenos; esta confusión de los teóricos revela mejor que nada cómo el capitalista práctico prisionero de la lucha de la competencia e imposibilitado para ahondar en modo alguno de debajo de la superficie de sus fenómenos, tiene que sentirse completamente incapaz para captar a través de la apariencia la verdadera esencia interior y la estructura interna de este proceso. (*El capital*, III, pp. 173-174).

11

El capitalista individual (o la totalidad de los capitalistas en cada esfera especial de producción), cuya mirada no alcanza muy lejos, cree con razón que su ganancia no procede exclusivamente del trabajo empleado por él o en su rama de producción. Y esto es completamente cierto, en lo que a su ganancia media se refiere. Hasta qué punto esta ganancia se deba a la explotación del trabajo en su conjunto por el capital total, es decir, por todos sus colegas capitalistas, esta trabazón, constituye para él un misterio completo, tanto más cuanto que ni los teóricos burgueses, los economistas políticos han sabido descubrirlo hasta ahora. (*El capital*, III, p. 175).

12

Quiero comunicarte una “pequeñez” que se me ha ocurrido solamente con mirar mi manuscrito sobre la tasa de ganancia. De este modo se resuelve con toda sencillez uno de los problemas más di-

ficiles. Trátase, en efecto, de saber cómo explicarse que al bajar el valor del dinero o del oro aumente *la tasa de ganancia* y disminuya, en cambio, al aumentar aquél. [...] Toda la dificultad del problema estriba en que se confunde la *tasa de plusvalía* y la *tasa de ganancia*. (A Engels, 22 de abril de 1868).

13

Lo único que yo tengo que probar *teóricamente* es la *posibilidad* de la renta absoluta sin infringir la ley del valor. Es éste el punto en torno al cual gira el problema *teórico* desde los fisiócratas hasta nuestros días. Ricardo niega esta posibilidad; yo la afirmo. Y afirmo al mismo tiempo que el negarla obedece a un dogma *teóricamente* falso y tomado de Adam Smith: el dogma de la supuesta identidad entre los *cost-prices* y los *values of commodities* (A Engels, 9 de agosto de 1862).

14

Hasta aquí los señores economistas no se han dado cuenta de algo sencillísimo, de que la igualdad 20 v. de lienzo = 1 levita no es más que la base embrionaria de la igualdad de 20 v. de lienzo = 2 L. y, por lo tanto, de que la forma más simple de la mercancía, aquélla en que su valor no aparece todavía como una relación o proporción con todas las demás mercancías, sino que se expresa solamente como algo *distinto* de su propia forma natural, encierra *todo el secreto de la forma dinero* y, por tanto, in nuce, *de todas las formas burguesas del producto del trabajo*. (A Engels, 22 de junio de 1867).

15

En mi escrito. *Misere de la philosophie*, [...] he demostrado [...] por primera vez que la división manufacturera del trabajo es una forma específica del modo de producción capitalista. (*El capital*, I, p. 295).

En el Museum, entre otros, he estudiado a fondo los últimos escritos sobre el ordenamiento de la marca, de las aldeas, etc. alemanas del viejo Maurer... El demuestra en detalle que la propiedad privada de la tierra ha surgido en un segundo momento, etc. [...] La tesis por mi expuesta según la cual en Europa, sobre todo las formas asiáticas de propiedad, respectivamente indias, constituyen el punto de partida, tiene aquí una nueva confirmación. (A Engels, 14 de marzo de 1868).

1. The first part of the text is a list of names and dates.

2. The second part of the text is a list of names and dates.

3. The third part of the text is a list of names and dates.

I N D I C E

VII Advertencia

MAURICE DOBB

- 1** *El capital* de Marx y su lugar en el pensamiento económico

GIULIO PIETRANERA

- 21** La estructura lógica de *El capital*

NICOS POULANTZAS

- 89** Teoría e historia en la interpretación de *El capital*

VITTORIO RIESER

- 101** La “apariencia” del capitalismo en el análisis de Marx

RODOLFO BANFI

- 139** Un pseudo-problema: la teoría del valor-trabajo como base de los precios de equilibrio

KARL MARX

- 169** Glosas marginales al “Tratado de economía política” de Adolph Wagner

- 185** Síntesis de los descubrimientos de Marx en economía